



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**

INTELECTUALES, CONOCIMIENTO Y PODER

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADA EN SOCIOLOGÍA

PRESENTA

PAOLA PATRICIA VÁZQUEZ ALMANZA

ASESOR: DR. XAVIER RODRÍGUEZ LEDESMA

CIUDAD UNIVERSITARIA, 2010



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres, Patricia y Rogelio, a quienes quiero y agradezco el ejemplo de vivir con ímpetu , responsabilidad y dedicación.

A Alma, por ser la mejor de las amigas y acompañarme en este viaje que es la vida.

A Víctor Hugo, por el cariño, el apoyo y la alegría.

ÍNDICE

Introducción.....	4
Capítulo 1: Función y características principales del intelectual.....	14
1. División entre trabajo intelectual y trabajo manual	16
1.1. Tres aparentes posibilidades y personalidades del intelectual.....	22
1.1.1. Intelectual: Hombre de ideales/poseedor de una conciencia superior.....	23
1.1.2. El intelectual como guía y legitimador de la sociedad/ re/productor de bienes simbólicos.....	29
1.1.3. Ser crítico.....	43
Capítulo 2: Autonomía: el campo del intelecto y su relación con los demás campos sociales.....	51
2.1 Autonomía=aislamiento: del arte x el arte y del mito de la torre de marfil.....	52
2.2 Autonomía relativa: existe relación con distintos campos sociales pero éstos no determinan por completo los productos del campo intelectual.....	62
2.2.1 El campo intelectual y su efecto en lo social.....	64
2.2.2 Los demás campos sociales y su efecto en lo intelectual.....	68
2.2.2.1. El periodismo como ejemplo de la mercantilización del trabajo.....	70
2.2.2.2. La profesionalización/especialización como ejemplo.....	77
Capítulo 3: Compromiso: Un campo intelectual que reconoce sus relaciones con los demás campos e intenta delimitar su función, alcances y responsabilidades.....	83
3.1. El surgimiento del compromiso intelectual moderno.....	85
3.2. La noción de compromiso a partir del caso Dreyfus: Sartre y la Postguerra, América Latina y la Revolución Cubana.....	87
3.2.1. Sartre y la Postguerra.....	89
3.2.2. América Latina y la Revolución Cubana.....	91
3.2.3. El debate sobre el compromiso intelectual durante las décadas de 1960 y 1970.....	96
3.3. El compromiso después del arrebato revolucionario, el ocaso del siglo XX.....	106
Conclusiones.....	115
Bibliografía consultada.....	132
Anexo:.....	142

INTRODUCCIÓN. INTELLECTUALES, *MEN OF IDEAS*, *HOMMES DE LETTRES*...

A lo largo de la historia han existido individuos que han sido conocidos como *gens de lettres*, *maestros de la palabra*, *Literaten*, *arbitristas*, *men of intellect*, *pensadores*, *geistigen*, *bonvivants*, *bohemios*, *alquimistas*, *hommes de lettres*, *sofistas*, *filósofo-médicos*, *letrados*, *aristócratas de la inteligencia*, *ideólogos*, *demiurgos*, *hombres de pluma*, *eruditos*, *men of ideas*, *hombres de cultura*, *sabios*, *sapiens*, *philosophes*, *difusores del conocimiento*, *Männer des Geistes*, *intérpretes de realidades*, *sabedores*..., los que, para bien y para mal, se han encargado de re/producir imágenes del mundo, bienes simbólicos y códigos, y por lo tanto, han asumido un papel de capital importancia dentro del espacio público.

Aproximarse al tema de la figura intelectual y estudiarla es disponerse a contemplar un vitral inmenso cuyas piezas difieren en tonalidad, textura, resplandor y silueta. En cada pieza-representación del vitral se pueden contemplar aspectos peculiares y característicos de una de las figuras más típicas en el ámbito de la re/producción de ideas, la confección de las homilías modernas y la divulgación de diferentes representaciones del mundo.

Mi primera idea para comenzar la difícil tarea de acercarme al tema fue explorar la historia de los intelectuales, y es que la actividad intelectual -y por tanto el intelectual mismo- se registra en una breña de temporalidades y de períodos históricos diversos, no pudiendo reducir su existencia al período contemporáneo.

Primeramente realicé una amplia cartografía que abarcaba la imagen de los sujetos que cumplían el papel de intelectuales en la Antigüedad y el Medievo (chamanes, sacerdotes, jocalores, etc.), llegando a los intelectuales contemporáneos anegados en los procesos de la celebridad y el *Star System*. Debido a la desmesurada ambición de hacer una “historia de los intelectuales”, terminé con tres capítulos históricos y teóricos que no acababan de problematizar o describir la figura del intelectual, y con una base de datos con más de cincuenta

definiciones del intelectual dividida por temas como: autonomía, compromiso, función del intelectual, período histórico en el que aparece según cada autor, principales características, la relación con el espacio público y, la idea de ambivalencia en la definición del intelectual (este cuadro se presenta en esta tesis como un anexo).

Al término de esa exhaustiva revisión bibliográfica, me percaté de una cuestión que ahora, con un poco de distancia, parece obvia, pero que en aquel momento identifiqué como una de las causas de los problemas que estaba teniendo para dar inicio a mi investigación sobre la “sociología de los intelectuales”. En ninguno de los textos y estudios revisados en torno al intelectual, encontré una definición del concepto o una problematización de los intelectuales que realmente me dejara claro quiénes eran y qué hacían estos sujetos. Así, cada autor tenía su propia interpretación, construía sus propias nociones y categorías, y problematizaba sus funciones de forma particular. De tal manera, tuve que modificar radicalmente aquella primera idea con la que había empezado a acercarme al tema, idea que sugería que para adentrarme en el objeto de estudio constituido por los intelectuales habría de encontrar una definición (“la” definición) redonda y completa de la cual pudiera partir para hacer mi análisis. Interesante: los pasos metodológicos empezaban a cumplirse. Una primera revisión de lo escrito sobre el tema me había echado la luz suficiente para replantear y ajustar lo que podría y tendría que hacer.

Fue entonces cuando decidí, dado lo abrumador del tema de acuerdo a aquella primera intención, concentrarme en realizar un estudio sobre las definiciones o concepciones del intelectual. Al observar con detenimiento y clasificar las nociones del intelectual, distinguí que *muchas de las malinterpretaciones de lo que éste debe hacer y los vacíos en el análisis tienen su origen en la concepción o noción que se hace de él*. Por ejemplo, en varias definiciones se puede apreciar la tendencia a pensarlo como un ser que está por encima de las cosas, que posee algo de místico, y por lo tanto, al momento de

actuar se espera que se comporte como un superhombre que únicamente se preocupa por descubrir la verdad por la verdad misma.

En este punto del desarrollo de mi investigación, comencé a preguntarme la pertinencia de que en una tesis de sociología se abordara el tema de los intelectuales, justo en una coyuntura social marcada por problemas muy agudos y fenómenos por demás interesantes y susceptibles de ser convertidos en objetos de investigación sociológica. La respuesta que construí para transitar por esa crisis y llegar a mi interés investigativo -*el ser y el quehacer de los intelectuales*- fue que el objeto de estudio elegido -además de interesante- es muy importante, ya que, por ejemplo, uno de los discursos que más ha influido en la opinión pública este año, y que de alguna manera se ha encargado de adormecer la inconformidad, la crítica y la reflexión, es el del dichoso festejo del bicentenario de la Independencia de México y el centenario de la Revolución ¿Quién, con el apoyo gubernamental y de los medios de comunicación, se encarga de construir la memoria, de reflexionar en torno al pasado mexicano? ¿A quién se le encomienda hacer un balance entre lo que se padecía hace doscientos, hace cien años y lo que se vive actualmente? ¿Quiénes deben explicar el pasado, no para una contemplación nostálgica, sino para exponer los fallos y errores actuales? Yo respondería: los intelectuales, esos sujetos encargados de re/producir los bienes simbólicos en la sociedad. Los intelectuales son aquellos que tienen en sus manos “la definición de la realidad mexicana, la definición de grandes problemas nacionales y su crítica”¹, nos dice Roger Bartra.

Otro punto respecto a la actual importancia de trabajar el tema de los intelectuales, es el referido a la necesidad de comprender las razones del silencio en el que éstos se encuentran sumidos. Asimismo, considero necesario entender por qué han tomado su lugar como movilizadores de la opinión pública y

¹ Citado por Rodríguez Ledesma, Xavier, *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*, México, UPN, CONACULTA, 2001, p. 63.

re/productores de bienes simbólicos, comunicólogos, deportistas, artistas, reporteros, etc.

Finalmente, me pareció significativo estudiar a los intelectuales teniendo presente los resultados negativos de los diagnósticos sobre los niveles educativos existentes en nuestro país, ya que justamente es un sector de ese gran universo constituido por mi tema de investigación quien se encarga de asesorar en la elaboración de los planes de estudios, la escritura de los libros de texto y las estrategias de enseñanza.

De tal forma, hoy en día es necesario repensar el tema de los intelectuales desde la sociología, pues, entre otras cosas, es esencial cuestionar la falta de discusión y crítica entre los intelectuales mexicanos -me refiero a la indiferencia y apatía con la que conviven los diversos “grupos” de intelectuales y académicos en los supuestos espacios de discusión, sin mencionar los múltiples contratos en los que algunos intelectuales firman su “derecho” a hablar sobre lo que quieran en sus espacios de intervención, como son revistas, periódicos o programas de televisión con la única condición de no criticar a los “suyos” ni dar cobertura a lo que hacen los “otros” intelectuales de tal o cual grupo-. Así, surgen diversas preguntas: ¿Qué sucede ahora? ¿Por qué no hay crítica? ¿Por qué, por ejemplo, un comunicólogo disfrazado (literalmente) de payaso tiene más que decir (y más peso e influencia) sobre la sociedad que un intelectual? ¿Acaso la función del intelectual se ha desdibujado? *¿Actualmente de qué hablamos cuando hablamos de intelectuales?*

Avanzar en las posibles respuestas a estas preguntas fue uno de los objetivos de esta tesis. Mi interés no fue por el lado de una sociología cuantitativa que echaría mano de encuestas y números que le indiquen cuántos miembros del Sistema Nacional de Investigadores hay, cuánto ganan, con qué partido político militan, cuánto y qué publican, si siguen siendo figuras públicas o no, cuántos se limitan a la Academia, etc. Ese tipo de estudio, si bien válido, legítimo e interesante, no era lo que yo quería hacer. Mi interés plasmado en mi objetivo fue hacer un rastreo de las diversas definiciones del intelectual. Esto me parece

fundamental, pues la multitud de acepciones que el término tiene nos habla de la enorme cantidad de imágenes, funciones, descripciones y contenidos que se les asigna a ese grupo específico. Y aunque a menudo se encuentren temas recurrentes en las distintas definiciones, no significa que tengan el mismo sentido o significado, por lo que es necesario sistematizar puntiliosamente los conceptos. Incluso, cualquier estudio cuantitativo habrá de definir con toda precisión cuáles son los parámetros conceptuales desde los que se buscará la información, los “datos duros” para cubrir su tema investigativo, para lo cual es necesario tener claras las categorías analíticas que habrán de guiar ese tipo de trabajos. Este aspecto es nodal y en él se inserta el presente trabajo. Parafraseando a Giovanni Sartori: es sumamente importante establecer los confines de una definición, saber qué se encuentra incluido en el concepto y por lo tanto qué está excluido².

Mi investigación es estrictamente teórica. Su valor se encuentra en servir como base para construir una sociología del intelectual que nos explique quiénes son los intelectuales contemporáneos y cuál es su función en estos tiempos revueltos. Y a pesar de que en mi trabajo se pueden encontrar hilos sueltos, paréntesis y temas que no se explotan al máximo, espero que sirva para sugerir otras preguntas, para que se critique y cuestione con mayor frecuencia la figura del intelectual y las características y funciones que se le han asignado -y que él mismo ha asumido-.

En esta tesis realizo, en suma, una clasificación de las múltiples definiciones de intelectual que se encuentran en los libros que se enfocan en esta figura, y a partir de dicha clasificación analizo algunos de los problemas que surgen de las diversas formas de concebir al intelectual. La justificación académica y social de este tema, repito lo que mencioné antes, está dada por la multiplicidad de definiciones alrededor de una categoría más frecuentemente referida en unos u otros términos que delimitada con rigor y precisión.

² Sartori, Giovanni, *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, México, FCE, 1995, p. 68.

Quisiera, antes de dar parte de la estructuración formal del trabajo, resaltar una nota de tipo procedimental. He dicho ya que mi objetivo radica en rastrear una *cierta* taxonomía de los intelectuales construida a su vez bajo *ciertos* criterios. El ángulo y corte selectivos de ello guarda estricta relación con el fin de subrayar lo que pese a distintas tramas histórico-espaciales o tradiciones teóricas de estudio, ostenta determinada continuidad en las impresiones y tratamientos que sobre la figura del intelectual existen. Ese cometido, no lo desconozco, pudiera colindar con el riesgo de detectar rasgos comunes en contextos a veces muy distintos. Ahí, sin embargo, en contextos que por sus disimilitudes podría esperarse que lo impidiesen (pienso, por ejemplo, en Le Goff y sus reflexiones sobre el intelectual en el Medioevo), la permanencia de ideas compartidas sobre el intelectual resulta todavía más interesante. La peculiaridad de mi taxonomía está montada, precisamente, sobre cierta continuidad que trasciende las diferencias obvias que no pretendo disminuir.

El trabajo se divide en tres capítulos:

- 1) En el primer capítulo se agrupan las definiciones que se caracterizan por especificar la función y características principales del intelectual. En este capítulo se estudia la tendencia que existe entre los especialistas del tema a dividir el trabajo intelectual del manual, y cómo esta decisión influye en las nociones que se tienen del intelectual. Desarrollaré tres principales conceptos de intelectual y sus características que aparecen a lo largo de la literatura especializada: a) Hombre de ideales y poseedor de una conciencia superior; b) Guía de la sociedad y re/productor de bienes simbólicos y c) Ser crítico. Estas distintas características y funciones que se le otorgan al intelectual serán analizadas puntualmente y se plantearán algunos de los problemas que surgen de dichas conceptualizaciones.
- 2) El segundo capítulo se encarga de desentrañar las nociones de intelectual que aportan o dicen algo sobre el tema de la autonomía intelectual. Siguiendo las definiciones de los diversos autores, se identifican y estudian

dos de las posturas teóricas frente al problema de la autonomía: a) El campo intelectual/artístico es un espacio independiente, no responde a situación social alguna y no le interesa el influjo que tiene en los otros ámbitos, su única función es producir conocimiento/arte; b) El campo intelectual/artístico tiene relación con la esfera política, económica, social, moral y ético; se reconoce una especie de “autonomía relativa” que no ignora sus vínculos con la sociedad, pero que tampoco plantea un sometimiento absoluto a las condiciones sociales o a los intereses y luchas específicas de los ámbitos político, económico, ético, etc. Dentro de este mismo capítulo se analizarán temas vinculados con la autonomía intelectual, como el efecto de lo intelectual en la sociedad y viceversa.

- 3) En el tercer capítulo se estudia la noción de compromiso intelectual. Debido a la complejidad del tema se inicia el análisis con una breve contextualización histórica que explica los orígenes de la idea moderna de compromiso intelectual. Se expondrán algunos temas y fenómenos históricos primordiales para comprender la raíz de la noción del compromiso, como son: el caso Dreyfus, Jean-Paul Sartre y la postguerra europea, América Latina y la Revolución Cubana, entre otros. Después de establecer una base histórica de la idea del intelectual comprometido, se describirán los principales debates que surgieron sobre el tema a lo largo de las décadas de 1960 y 1970. Finalmente, se discutirá la actual noción de compromiso dentro del campo intelectual.

Ahora bien, es muy probable que el título elegido sugiera diversos contenidos que el lector no encontrará aquí. Por ello tienen sentido las siguientes precisiones. No realizo una problematización a profundidad de temas éticos y morales; tampoco hago una descripción puntillosa de los fenómenos políticos y sociales que conviven con el campo intelectual. Ambos aspectos, aunque importantes, son periféricos al objeto central de mis inquietudes respecto al tema de los intelectuales. Asimismo, en virtud del carácter teórico de esta investigación,

no hay en ella una gran cantidad de descripciones, largas contextualizaciones históricas o elaboración de tablas con “datos duros”.

Otro aspecto que es necesario aclarar es que aquí, dado ese mismo carácter teórico general de mi trabajo, no desentraño cuestiones específicas de la historia cultural de México u otras latitudes. Esto no significa que los debates y reflexiones surgidas en la región alrededor de los intelectuales, sean irrelevantes o hayan aportado pocas cuestiones sustanciales para ubicar sus funciones y vínculos, sino que únicamente me limito a recuperar las nociones del intelectual que surgen de este contexto sin desentrañar las polémicas y luchas intelectuales en América Latina.

Así, queda claro que con respecto a lo intelectual y a los intelectuales, son muchos los temas que faltan explorar en una tesis de licenciatura. Las siguientes son algunas de la infinidad de preguntas que quedan por estudiar: ¿Qué tan grande es la influencia de la labor intelectual en la construcción del sistema de ideas de una sociedad? ¿A través de qué elementos el intelectual hace que la sociedad asimile sus ideas? ¿Por qué una porción de la sociedad, en la que la figura del intelectual sigue siendo importante, espera que éste diga qué se ha de pensar y cómo se han de resolver los problemas actuales? ¿A través de qué herramientas el intelectual adquiere el poder de legitimar y deslegitimar algo? ¿Siguen teniendo alguna consecuencia en la opinión pública los comentarios de los intelectuales?

Quisiera también subrayar un aspecto de este gran tema constituido por los intelectuales que considero fundamental, pero que habrá que trabajar más adelante. Me refiero a un abordaje desde una perspectiva de género que cuestione por qué entre las redes de conocimiento encontramos a tan pocas mujeres, pues tal parece que el ámbito intelectual (cultural, académico y político) es referido por completo a cuestiones de género masculino. Por ejemplo, en el ámbito cultural, las mujeres se han visto obligadas en muchos sentidos a adoptar

los modelos y pautas estéticos masculinos para hacer arte³. Muestra de este fenómeno es que en la poesía de mujeres como Vicenta García Miranda, Amalia Fenallosa o Robustiana Armiño, se aprecia la contaminación del lenguaje erótico masculino⁴. Por otra parte, el ámbito político, ligado a la labor intelectual, sigue siendo implícitamente patrimonio de los varones. Pierre Bourdieu apunta al respecto: “menos politizadas y menos a la izquierda que los varones, las mujeres participan menos de las responsabilidades sindicales, leen menos diarios y diarios menos políticos.”⁵ Aunque a primera vista los contenidos culturales parezcan ser neutrales, en realidad forman parte de una visión masculina del mundo⁶, y este fenómeno a mi parecer es un importante objeto de estudio.

Finalmente, me gustaría comentar que esta tesis ha significado la posibilidad de reflexionar sobre la re/producción del conocimiento, el oficio del intelectual y sobre las implicaciones sociales de formar parte, ya sea como estudiante o como investigador, de una institución cultural. De igual manera, este trabajo me ha permitido concluir el ciclo de aprendizaje que conforma la licenciatura, y me ha generado una serie de expectativas profesionales e investigativas entre las que se encuentra el desarrollo de una tesis de maestría que se enfoque más en el planteamiento de una definición propia del intelectual, y partiendo de ella, un estudio de la intelectualidad mexicana desde la década de

³ El travestismo de Amandine Aurore Lucile Dupin, mejor conocida como George Sand, es sólo un ejemplo de lo difícil que ha sido para la mujer ingresar a un espacio público, cultural y político ocupado por hombres. Como se sabe, Sand no sólo adoptó los códigos estéticos y artísticos masculinos, sino también la vestimenta y conducta.

⁴ Para leer más sobre el tema, véase: Ballarín, Pilar, *Historia de las mujeres*, España, Taurus, 2006.

⁵ Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude, *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Argentina, Siglo XXI, 2003, p. 92.

⁶ George Simmel afirmaba que el Derecho era construido a partir de una visión masculina del mundo: “Se acentúa con frecuencia la <extranjería respecto del derecho> de las mujeres, su oposición contra normas y juicios jurídicos. Pero esto no necesita significar en modo alguno una extranjería frente al derecho en general, sino sólo frente al derecho *masculino*, el único que tenemos, y que por ello nos parece como el derecho por antonomasia –al igual que la moral que tenemos, históricamente determinada, individualizada por la época y el lugar, nos parece que satisface el concepto de moral en general-.” Simmel, Georg, “Cultura femenina” en *Sobre la aventura*, España, Península, p. 366.

1960, desentrañando sus redes de conocimiento y problematizando sus encuentros y desencuentros con el ámbito político, económico y social.

CAPÍTULO UNO. FUNCIÓN Y CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES DEL INTELECTUAL

Antes de traer a discusión temas fundamentales, espinosos e inagotables como el compromiso y la autonomía intelectuales, el poder del conocimiento y su vínculo con el poder político y todo guirigay relacionado con el campo intelectual, es necesario realizar una revisión de las definiciones que se han hecho del intelectual e intentar resolver las siguientes preguntas básicas: ¿Cuál es la función o papel que ha de cumplir el intelectual? ¿Cuáles son las características principales de lo que se denomina intelectual?

En los trabajos consultados encontré, que para dar respuesta a estas interrogantes los estudiosos del tema utilizan cuatro estrategias distintas: a) Servirse de la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual para definir la característica, para ellos capital, del intelectual; b) revestir el trabajo intelectual, y por ende al intelectual, de un aura de “espiritualidad superior” que lo diferencia y separa del resto de los oficios y profesiones; c) concebir al intelectual como un guía que legitima y orienta a través de la re/producción de bienes simbólicos y d) considerar que la cualidad que define al intelectual y su labor en la sociedad es el ser un crítico del poder.

Tenemos entonces cuatro formas de acercarnos al intelectual tomando en cuenta su función y características principales esbozadas en la literatura sobre intelectuales. Éstas, a pesar de aludir e implicar distintos niveles de explicación y complejidad, sirven para realizar una primera aproximación al tema.

1. Partiendo de la división del trabajo manual y el trabajo intelectual.
2. Considerándolo como un sujeto de conciencia y espíritu superior alejado de la vida cotidiana.
3. Acentuando su capacidad de guiar, legitimar y orientar a través de la re/producción de bienes simbólicos.

4. Concibiendo su carácter crítico como aquella cualidad que le da su razón de ser.

Estas cuatro distinciones no tienen por parte de los autores un uso excluyente entre sí, sino lo contrario: un mismo autor suele navegar entre ellas según las necesidades o visión que su trabajo privilegie. El análisis de Richard Hofstadter, ejemplificando el cruce de estas categorías, atraviesa la división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, el debate entre la autonomía y el compromiso, y la idea del intelectual dueño de una “conciencia superior”. El pensamiento de los autores que utilizo no se agota, pues, en una sola categoría; de ahí el uso de ellos en varios momentos y capítulos de esta tesis.

En este apartado se ha decidido dividir las nociones de intelectual en diversas secciones para hacer más dinámica y sencilla la explicación, pero no se debe de olvidar que los cuatro ejes en los que se ha dividido las concepciones del intelectual son sólo eso: grandes rubros donde se pueden ubicar en un primer acercamiento las concepciones de intelectual. Pero, evidentemente, cada una de ellas se diferencia de las otras y cada una fue concebida desde una perspectiva distinta, desde un contexto histórico específico.

También es importante aclarar que en los diversos apartados en ocasiones se repiten pensadores. Esto se debe, como se mencionó anteriormente, a que un mismo autor puede utilizar más de una de las posibilidades o aproximaciones para hablar del intelectual. Otra aclaración importante: las definiciones presentadas en cuadros son síntesis del pensamiento de diversos analistas del intelectual, construidas a partir del estudio y revisión de las obras de los respectivos autores. Como pie de página de cada cuadro que se vaya presentando, se enlistarán los textos que se utilizaron para elaborar la síntesis.

Aclarados estos puntos, comencemos con la definición más básica de intelectual, aquella que comienza con la división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual.

1. 1 DIVISIÓN ENTRE TRABAJO INTELECTUAL Y TRABAJO MANUAL

Para definir al intelectual, ciertos autores se enfocan primeramente en diferenciar el trabajo intelectual del trabajo manual, muchas veces llevando hasta ahí su afán por definir la figura del intelectual, su función y sus características principales.

Autores como José Ortega y Gasset, Robert Michels, Marc Bloch, Julien Benda, Lewis A. Coser, Juan F. Marsal, Norberto Bobbio, Gabriel Careaga y Richard Hofstadler definen el trabajo intelectual como lo contrario al trabajo manual, ubicando entonces al intelectual en una especie de esfera extramundana en la que el intelectual vive y existe únicamente para la búsqueda y producción de ideas. Al ubicar a los intelectuales en esta “Noosfera” o “Reino de las ideas”, se le otorga un carácter y una función singular, fuera de lo común y, en algunas ocasiones, “espiritualmente superior”.

Ahora bien, no todas las definiciones de los autores referidos tienen únicamente como base la simple separación entre trabajo manual y trabajo intelectual. Varias presentan matices y tonos distintos que permitirán hacer una rica e interesante reconstrucción de las diversas formas de pensar al intelectual. A continuación se irán exponiendo cada una de las definiciones y se analizará la profundidad y complejidad de cada una.

Comencemos con las nociones de intelectual utilizadas por José Ortega y Gasset, Robert Michels y Lewis A. Coser:

Autor *	Definición
José Ortega y Gasset	Intelectual es el hombre de una vocación, una profesión como cualquier otra. Lo discutible es si se tiene talento o se carece de él. Pero todo aquél que viva de, para y por las ideas y que, por tanto, lo preocupen y ocupen, es un intelectual.
Robert Michels	Son quienes se ocupan vocacionalmente de las cosas de la mente.
Lewis A. Coser	Los intelectuales sienten la necesidad de ir más allá de la tarea concreta e inmediata y de penetrar en un reino más general de significados y valores. Se diferencia de muchas e importantes maneras de un número mayor de personas que están dedicadas a la manipulación de símbolos en las artes, la ciencia y la religión. Los intelectuales son hombres que nunca parecen estar satisfechos con las cosas como son, y que no apelan a los usos y costumbres. Ponen en duda la verdad actual, en términos de una verdad más elevada y extensa; se oponen a recurrir a la realidad invocando una nadería no práctica.

Para los primeros dos autores, Ortega y Gasset y Michels, la diferenciación/separación del trabajo manual y el intelectual es la característica definitoria del intelectual, es decir, éste se encarga exclusivamente de las cosas de la mente, de las ideas. Esta noción aparentemente básica y elemental influye

* Como se mencionó anteriormente los datos e información contenida en los cuadros son síntesis de los textos que se han revisado de cada autor. En este caso las obras que se utilizaron para elaborar la síntesis son las siguientes:

José Ortega y Gasset: Ortega y Gasset, José, "Verdad y perspectiva" en *El espectador*, México, Arca de sabiduría, 2002; Ortega y Gasset, José y Reyes Heróles, Jesús, *Dos ensayos sobre Mirabeau. Mirabeau o el político, Mirabeau o la política*, México, FCE, 1993; Suárez-Iñiguez, E., *El papel de los intelectuales*, México, FCPyS, 1989; Suárez-Iñiguez, E., *Los intelectuales en México*, México, El caballito, 1980.

Robert Michels: Citado en Godoy Urzúa, Hernán, "La sociología intelectual en América Latina" en Marsal, Juan F. (dir.), *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, Argentina, Instituto Torcuato di Tella, 1970, p.111. Citado en Camp, Roderic, *Los intelectuales y el Estado del siglo XX*, México, FCE, 1995, p. 56.

Lewis A. Coser: Coser, Lewis, *Hombre de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, FCE, 1973; Coser, Lewis A., "Los diferentes roles de los intelectuales en Francia, Inglaterra y Estados Unidos en la actualidad" en Marsal, Juan F., *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, Argentina, Instituto Torcuato di Tella, 1970.

significativamente en la manera de entender al intelectual. Con esta sencilla división, el intelectual se hace acreedor de características específicas que sin tregua lo separan del mundo práctico, cotidiano, mundano, vulgar, y se abre una brecha infranqueable entre aquellos que se dedican al pensamiento (a estudiarlo, re/producirlo) y los que se dedican a lo práctico, a lo manual (a recibir y considerar como ciertas las ideas que genera el “hombre de ideas”).

Frente a ellos, Lewis A. Coser agrega a las definiciones anteriores una connotación idílica, reviste al intelectual de cierta espiritualidad y capacidad de reflexión privilegiada. Coser entiende al intelectual como un sujeto que no persigue los fines prácticos, que se encarga exclusivamente de manipular símbolos en las artes, la ciencia y la religión. Esta definición es quizá una de las más difundidas y manidas, un ejemplo de ello es que es muy similar a la que podemos encontrar en cualquier Diccionario de la Real Academia Española⁷. Desafortunadamente, como apunta Daniel Cosío Villegas⁸, aplicarle el más breve examen a este tipo de definición denuncia su ligereza.

Se pueden encontrar muchos autores que definen al intelectual de modo semejante al de Coser. Por ejemplo, Juan F. Marsal considera que el intelectual es un sujeto capaz de alejarse de las tareas inmediatas y pragmáticas, dedicándose únicamente a la producción y distribución del pensamiento. Por su parte, Gabriel Careaga separa de igual manera las esferas de lo intelectual y lo manual, distingue entre el mundo pragmático y el mundo del pensamiento, y nos plantea que el intelectual es aquel que “habita en el mundo de las ideas”.

⁷ **Intelectual** (Del latín *intellectuālis*).

1. adj. Perteneciente o relativo al entendimiento.

2. adj. Espiritual, incorporeal.

3. adj. Dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias y las letras. U. m. c. s.

⁸ Cosío Villegas, Daniel, “El intelectual mexicano y la política” en Zaid, Gabriel, *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*, México, FCE, 1985, p. 67.

Autor*	Definición
Juan F. Marsal	Los intelectuales, en tanto que diferentes de los técnicos mentales, muestran capacidad para despedirse de las tareas inmediatas y pragmáticas que se presentan. Están entregados a un amplio conjunto de valores generales que trascienden los estrechos compromisos ocupacionales o profesionales. Están comprometidos en la producción y distribución de ideas y cultiva una actividad crítica hacia las ideas recibidas.
Gabriel Careaga	Habita en el mundo de las ideas.

La definición de Norberto Bobbio también se apoya en la separación trabajo manual/trabajo intelectual. El intelectual, afirma éste, es aquel que en lugar de hacer cosas, reflexiona sobre las cosas. Bobbio igualmente menciona que el intelectual tiene por herramientas los símbolos y las ideas, a diferencia del trabajador manual que utiliza máquinas u otros instrumentos materiales.

Autor**	Definición
Norberto Bobbio	Los intelectuales son aquellos para los cuales el transmitir mensajes es la ocupación habitual y consciente, no sólo, y para decirlo en un modo que puede parecer brutal, casi siempre representa también el medio de ganarse el pan. El que no hace cosas, sino que reflexiona sobre las cosas, que no maneja objetos, sino símbolos, y cuyos instrumentos de trabajo no son máquinas, sino ideas. La tarea del intelectual es agitar ideas, sacar a la luz problemas, elaborar programas o bien, sencillamente, teorías generales; la tarea del político es tomar decisiones.

* **Juan F. Marsal:** Marsal, Juan F. (coord.), *Los intelectuales políticos*, Argentina, Nueva Visión, 1971; Marsal, Juan F., *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, Editorial del Instituto (Torcuato DiTella), Argentina, 1970.

Gabriel Careaga: Careaga, Gabriel (comp.), *Los Intelectuales y el poder*, México, SEP/SETENTAS, 1972.

** **Norberto Bobbio:** Norberto, Bobbio, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, España, Paidós, 1998; Baca Olamendi, Laura, *Bobbio: los intelectuales y el poder*, México, Océano, 2002.

Otra definición, quizá con una visión más quimérica del intelectual, es la de Richard Hofstadler, quien nos dice que el intelectual posee un sentido de dedicación hacia la vida de la mente que casi es un compromiso religioso. Hofstadler le otorga al intelectual un aura sagrada, lo concibe como un ser espiritualmente superior. De nuevo, encontramos otra definición que defiende la idea del intelectual alejado de la vida cotidiana, de lo pragmático, de lo material.

Esta idea del intelectual como un ser alejado de la vida cotidiana y práctica es, como vemos, muy popular. Más adelante, cuando se discuta el tema de la autonomía del intelectual, se estudiará la tendencia a pensar al intelectual como un ser distinto al resto, poseedor de una visión más completa del mundo y de una espiritualidad singular que ve con cierto desdén las “tareas cotidianas y mundanas”.

Volviendo al análisis de definiciones de este primer enfoque, observamos que Julien Benda y Marc Bloch le atribuyen tareas “metafísicas” y privilegiadas al intelectual. Benda señala que el intelectual no está guiado por objetivos prácticos, sino que más bien, nos dice el autor, su gozo está en la práctica de un arte, una ciencia o la especulación metafísica. Por su parte, Marc Bloch sostiene que la labor y derecho del intelectual es sosegar su hambre intelectual, produciendo conocimiento como un fin en sí mismo, sin considerar los resultados perjudiciales o provechosos que el conocimiento generado pueda tener.

Autor*	Definición
Richard Hofstadter	Su trabajo y vida intelectual posee una significación moral de primer orden. Busca la justicia y el orden. Posee un sentido

* **Richard Hofstadter:** Richard, Hofstadter, *Anti-intelectualismo en la vida norteamericana*, España, Tecnos, 1969.

Julien Benda: Benda, Julien, *La traición de los intelectuales*, Chile, Editorial Ercilla, 1941; Bobbio, Norberto, *La duda y la elección, La duda y la elección*, España, Paidós, 1998; Maldonado, Tomás, *¿Qué es un intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*, Argentina, Paidós, 1998; Ory Pascal y Sirinelli, Jean-François, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, España, Publicaciones de la Universitat de València, 2007.

Marc Bloch: Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, México, FCE, 2003.

<p>Julien Benda</p>	<p>de dedicación hacia la vida de la mente que casi es un compromiso religioso.</p> <p>Los auténticos intelectuales son aquellos cuya actividad no está esencialmente guiada por objetivos prácticos, todos aquellos que ponen su gozo en la práctica de un arte, una ciencia o la especulación metafísica, o dicho más brevemente, en la posesión de ventajas no materiales, y consiguientemente en cierto modo parece decirnos: Mi reino no es de este mundo. El intelectual, en su fuero interno, podría reconocerse por su apego a los enfoques abstractos, por su desdén de lo inmediato, por un equilibrio soberano entre la intransigencia en los principios y la pasión coyuntural.</p>
<p>Marc Bloch</p>	<p>Los intelectuales que consideraban la generación de conocimiento como un fin en sí mismo no eran traidores y considerarlos como tales, sería infligir a la humanidad una extraña mutilación si se le negase el derecho de buscar, fuera de toda preocupación de bienestar, cómo sosegar un hambre intelectual, ya que, es imposible decidir de antemano si las especulaciones en apariencia más desinteresadas no se revelarían algún día asombrosamente provechosas para la práctica.</p>

La consideración de una división entre trabajo manual y trabajo “de la mente”, notoria en las definiciones recién revisadas, sirve como un primer acercamiento a la conceptualización y definición del intelectual, en el que destaca cierta tendencia a considerarlo como integrante de una especie de “clase suprasocial” alejada de lo pragmático y cotidiano. Este desarraigo o alejamiento de lo “mundano” afecta profundamente la manera en la que se plantean y estudian las relaciones entre el campo intelectual y los campos económico, político, social, etc., y, por tanto, en las ideas que se tienen del compromiso y de la autonomía intelectual. Pero ese será un tema que se tratará más adelante.

1.2 TRES POSIBILIDADES Y PERSONALIDADES DEL INTELLECTUAL

Después de analizar la aproximación más elemental del intelectual, referida a la división entre trabajo intelectual/manual, es momento de analizar tres perspectivas o aproximaciones un poco más complejas. Como se había mencionado, estas son otras posibles aproximaciones desde las que se pueden observar y explicar las funciones y características del intelectual según la literatura especializada:

- a) Considerándolo como un sujeto de conciencia y espíritu superior alejado de la vida cotidiana (Hombre de ideales/poseedor de una conciencia superior).
- b) Acentuando su capacidad de guiar, legitimar y orientar a través de la re/producción de bienes simbólicos (Guía y legitimador de la sociedad/ Re/productor de bienes simbólicos).
- c) Concibiendo su carácter crítico como aquella cualidad que le otorga su razón de ser (Ser crítico).

Estas tres perspectivas desde las que se pueden explicar la función y las características del intelectual, a pesar de ser a primera vista algo imprecisas y vagas, con bastante facilidad suelen ser adjudicadas al intelectual como una especie de “barba postiza” que, como diría Milan Kundera⁹, a pesar de ser falsa puede decir dos o tres cosas de la persona que la trae pegada. Y en este caso, también puede decir mucho de quienes las ven y adjudican al intelectual: los teóricos y académicos que definen al intelectual y así mismos¹⁰.

⁹ Kundera, Milan, “Eduard y Dios” en *El libro de los amores ridículos*, México. Tusquets, 2008, p. 271.

¹⁰ La creación interesada de una identidad de los intelectuales responde, según Bernard Lahire, al prestigio que otorga ser identificado como alguien sagaz, desmitificado y desmitificador, que juega al desencantado y al desencantador. De este modo, se mantiene el *status* privilegiado del conocimiento, de los productores del conocimiento y de aquellos que hablan sobre el tema. Para ahondar en el tema revísese, Lahire, Bernard, *El espíritu sociológico*, Argentina, Manantial, 2007.

1.2.1 INTELLECTUAL: HOMBRE DE IDEALES/POSEEDOR DE UNA CONCIENCIA SUPERIOR

Uno de los resultados de la supuesta “espiritualidad” innata del intelectual, que lo aleja de lo cotidiano y pragmático de la que se habló en el primer apartado, es la idea del intelectual como un hombre de ideales, de pensamiento universal y de conciencia superior a la mayoría de las personas. Para comenzar con el análisis de esta posibilidad o máscara del intelectual, recordemos la definición que elabora Edward Shils de intelectual.

Autor*	Definición
Edward Shils	Forma parte de una minoría de personas que, más que el común de sus congéneres, permanecen a la búsqueda y desean estar en comunión frecuente con símbolos que, por una parte, son más generales que las situaciones concretas inmediatas de la vida diaria y, por la otra, aparecen más alejados en sus referencias tanto temporales como espaciales. Esta minoría experimenta la necesidad de exteriorizar la búsqueda en discursos orales y escritos, en expresiones poéticas o plásticas, en la reminiscencia o la evocación escrita de la historia, en la realización de rituales y actos de culto. Esta necesidad interior de penetrar más allá de la pantalla de la experiencia concreta inmediata marca la existencia de los intelectuales en todas las sociedades. El intelectual posee una sensibilidad inhabitual para lo sagrado, una conciencia fuera de lo común sobre la naturaleza del universo en el que se mueven y sobre las leyes que gobiernan su sociedad.

Shils nos plantea que los intelectuales forman parte de una minoría de personas capaces de estar “en comunión con símbolos” más generales que las situaciones inmediatas que se presentan en la vida cotidiana. El intelectual como parte de dicha minoría necesita expresar y difundir su pensamiento por medio del

* **Edward Shils:** Shils, Edward, *Los intelectuales en las sociedades modernas*, México, DIMELISA, 1976; Shils, Edward, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, México, Ediciones 3 tiempos, 1976.

discurso, ya sea oral o escrito, y así, ir más allá de la “pantalla de la experiencia concreta inmediata”.

Entre las características principales que Shils le atribuye al intelectual, vale destacar, a efecto de mis intereses:

- 1) La “inhabitual sensibilidad para lo sagrado”.
- 2) Una conciencia fuera de lo común “sobre la naturaleza del universo” y sobre las leyes que gobiernan la sociedad en la que vive.

Estas dos características que Shils le confiere al intelectual coinciden con las otorgadas por otros autores como Pierre-Henri Simon, Pierre Drieu La Rochelle, Charles Sanders Peirce, Richard Hofstadler, Florian Znaniecki, Ronald D. Laing, Henri Barbusse, Dionys Mascolo, Miguel Palacios Macedo y Pablo Lucas Verdú. A continuación de manera breve se mencionarán las definiciones de dichos autores.

El francés Pierre-Henri Simon considera que la labor del intelectual es buscar las razones más profundas en pos de la verdad, de la justicia y de las exigencias del espíritu. Otro francés, Drieu La Rochelle, supone que el intelectual tiene intereses y deberes superiores a otros miembros de la sociedad, ya que él está encargado de “probar los caminos de la Historia”.

Autor*	Definición
Pierre-Henri Simon	El intelectual busca las razones más profundas, evalúa los fines mismos en el orden de la verdad y de la justicia. Plantea, en el juicio de los hechos y en la elección de los actos, las exigencias del espíritu.

* **Pierre-Henri Simon:** Ory Pascal y Sirinelli, Jean-François, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, España, Publicaciones de la Universitat de València, 2007.

Pierre Drieu La Rochelle: Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, España, PUV, 2003.

**Pierre Drieu La
Rochelle**

El intelectual tiene deberes y derechos superiores a los de los demás. Ha de adelantarse al acontecimiento, intentar probabilidades que son riesgos, probar los caminos de la Historia.

El intelectual, vemos en las definiciones anteriores, resulta el encargado de alcanzar y expresar “la verdad”, buscar la justicia y el orden en beneficio de la sociedad, así como poseer una conciencia superior y suprasocial que revista positivamente de racionalidad y verdad el mundo¹¹. Para Hofstadter, por ejemplo, el trabajo del intelectual, y su propio modo vida, ostenta una significación moral de primer orden: dedicar su vida al pensamiento, y cual si fuera un compromiso religioso, alcanzar la justicia y orden del mundo.

Por su parte, Dionys Mascolo, además de considerar que la búsqueda de la verdad es la meta del intelectual, escribe que para éste el pensamiento es una fuerza o herramienta que se crea para el bien de todos en el mundo.

Lucás Verdú señala, por su parte, que el intelectual es hipersensible a las injusticias sociales, y por tanto, es responsable de mejorar el mundo a través de su uso de la razón.

Siguiendo estas ideas, Laing va un poco más allá al suponer que la función del intelectual es la de explicar la realidad, el mundo, para servir a la verdad y al bien común no sólo del mundo, sino del cosmos. En esta misma línea, Miguel Palacios Macedo se aventura a decir que el intelectual podría ser considerado como un profeta, un individuo llamado a decir la verdad.

¹¹ No todos los estudiosos de los intelectuales coinciden en la idea “positiva” del trabajo intelectual. Por ejemplo, los teóricos del riesgo hacen particular énfasis en los efectos no esperados, y muchas veces perjudiciales, que ha tenido el trabajo intelectual en la sociedad. En el apartado sobre el tema de la autonomía se hablará más sobre este aspecto.

Autor*	Definición
Richard Hofstadter	El intelectual busca la justicia y el orden. Su trabajo y vida intelectual posee una significación moral de primer orden. Posee un sentido de dedicación hacia la vida de la mente que casi es un compromiso religioso.
Dionys Mascolo	Para el intelectual la búsqueda de la verdad es su fin. Para él el pensamiento es una fuerza en el mundo para el bien de todos.
Rosa Luz Alegría	El intelectual debe ser alguien que tenga una obligación con la sociedad, es una persona representativa de su tiempo, y nada le resulta extraño.
Pablo Lucas Verdú	La inteligencia, los intelectuales, suelen ser hipersensibles a las injusticias sociales.
Roland D. Laing	La función del intelectual es dilucidar la realidad al servicio de la verdad o el bien común del cosmos. El intelectual dice lo que piensa acerca de cómo van las cosas, medita y lanza ideas y teorías.
Miguel Palacios Macedo	Intelectual es una persona que podría ser considerada como profeta, una persona llamada a decir la verdad, a examinar lo que existe en cada país. Es una actitud.

Veamos ahora como se trata la noción de verdad dentro de este tipo de definiciones del intelectual. Barbusse argumenta que el cometido del intelectual es, a través de fórmulas, leyes u obras, establecer y ordenar la verdad innumerable, llamar las cosas por sus nombres, dirigir creencias. Pierce lo dice escuetamente y sin chistar: el intelectual busca únicamente la verdad por la verdad. Znaniecki dirá, en tono semejante, que el intelectual busca la verdad para

* **Richard Hofstadter:** Richard, Hofstadter, *Anti-intelectualismo en la vida norteamericana*, España, Tecnos, 1969.

Dionys Mascolo: Mascolo, Dionys, *Los intelectuales y la revolución: después de mayo 1968*, Argentina, Editorial, Rodolfo Alonso, 1973.

Pablo Lucas Verdú: Lucas Verdú, Pablo, *Política e inteligencia*, España, Tecnos, 1965.

Roland D. Laing: Laing, Ronald D., *Los locos y los cuerdos*, México, CONACULTA, Grijalbo, 1990.

Miguel Palacios Macedo: Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el estado en el México del Siglo XX*, México, FCE, 1995.

redimir la dignidad interna del hombre al hacerlo consciente de su posibilidad de revelar la verdad absoluta a través de la razón.

Autor*	Definición
Henri Barbusse	El intelectual tiene el don casi divino de llamar las cosas por sus nombres. Su función es la de fijar y poner en orden la verdad innumerable, mediante fórmulas, leyes u obras. Rectifica y dirige las creencias y los hechos.
C.S. Peirce	El intelectual (el científico, el filósofo) busca únicamente la verdad. Dicha búsqueda de la verdad por la verdad, no tiene ninguna relación directa con la defensa de los intereses de la sociedad o el fomento de una convivencia más democrática entre los hombres.
Florian Znaniecki	Su función es reivindicar la dignidad interna del hombre afirmando su capacidad para descubrir la verdad absoluta mediante el uso de la razón. Su obra se integra como componente dinámico en el conocimiento total del género humano.

En las definiciones presentadas en este pequeño apartado, observamos que uno de los temas más consabidos es el de la verdad, la razón, la justicia... pero en ningún momento los autores se detienen a exponernos qué entienden por verdad, razón absoluta, justicia y orden del cosmos, ni cómo los intelectuales alcanzan realmente esos conceptos. Tampoco los autores de estas definiciones dan alguna explicación de por qué el intelectual que plantean ha de poseer atributos espirituales tan altos, ni por qué al intelectual se le otorga estas cualidades y no al resto de la humanidad¹².

* **Henri Barbusse:** Buci-Glucksmann, Chritine, *Gramsci y el Estado*, España, Siglo XXI, 1978.

C.S. Pierce: Bouveresse, Jacques, *La demande philosophique*, Francia, Éditions de l'Éclat, 1996.

Florian Znaniecki: Znaniecki, Florian, *El papel social del intelectual*, México, FCE, 1944.

¹² Por ser un hombre cercano al cultivo de las ideas, sobre el intelectual (valdría ensayar esta hipótesis) sobrevuela la idea platónica de la potencia ética del conocimiento. Para Platón (recuérdense las tesis de sus diálogos con los sofistas), la *episteme* (conocimiento) conduce a la virtud. El vicio y la maldad, juzga Platón, es fruto de la ignorancia, del no conocimiento.

Parece primordial, después de echar un vistazo a estas definiciones, preguntarse de qué verdad se nos está hablando realmente, ¿se puede alcanzar algún tipo de verdad en este mundo colmado de discursos? ¿No será más bien que se trata de una verdad, no absoluta, sino más bien aceptada dentro de un campo limitadísimo como sería el campo intelectual? Vale explicar que se está entendiendo al campo intelectual como lo hacía Bourdieu¹³, es decir, se considera que el campo intelectual es una especie de universo/espacio en el que conviven los sujetos e instituciones que re/producen los bienes culturales (arte, literatura, ciencia), y que se rige por reglas específicas distintas a los demás universos/campos sociales (campo político, económico, etc.).

El campo intelectual, siguiendo estas coordenadas, es un espacio de luchas y fuerzas por cambiar el orden del mismo y por construir un discurso dominante autorizado para discernir lo verdadero de lo falso, y establecer lo que se entiende por justicia, razón, arte, etc¹⁴. Este campo es relativamente autónomo, pues a pesar de tener su propia lógica y leyes, está de alguna manera sometido a las leyes sociales más generales. Esto quiere decir que el campo intelectual no escapa del todo las coacciones de los demás campos sociales (la política, la economía, la moral, lo social, etc.) o del macrocosmos, como lo llama Bourdieu; por tanto sólo es parcialmente independiente.

El hecho de que el campo intelectual sea relativamente autónomo, derriba la posibilidad de que se alcance un “conocimiento puro”, una “verdad absoluta” o un “arte por el arte”, pues como escribe Bourdieu, el campo intelectual es lugar, como los otros espacios sociales (campo político, social, económico, moral, etc.), “de nacionalismos y de imperialismos, y los intelectuales vehiculizan, casi tanto como los otros, prejuicios, estereotipos, ideas recibidas, representaciones muy

¹³ Para una explicación más amplia y detallada de lo que es el campo intelectual y su lógica, véase: Bourdieu, Pierre, *Los usos sociales de la ciencia*, Argentina, Nueva Visión, 2003.

¹⁴ A propósito, Mauricio Tenorio Trillo escribe que “con el afán por la verdad, y consciente o inconscientemente, devienen las ganas de poder, la legitimidad y autoridad de quien habla bien y verdad.” Tenorio Trillo, Mauricio, *De cómo ignorar*, México, FCE, 2000, p. 128.

sumarias, muy elementales, que se nutren de los accidentes de la vida cotidiana, de los malentendidos (...).¹⁵

Muchas son las preguntas y reflexiones que nos pueden sembrar las definiciones antedichas, y aunque esta tesis no intenta agitar este tipo de problemas, resulta capital mencionarlos. Aclaro que no voy ahondar en estos problemas no sólo por falta de tiempo, sino porque para afirmar que los vacíos en los estudios sobre intelectuales se debe a una determinada manera de construir el concepto de intelectual (mi propósito en este trabajo), debo exponer de manera puntillosa las definiciones considerando sus fallas y aciertos. Continuo así con la hoja de ruta previamente trazada.

1.2.2. EL INTELLECTUAL COMO GUÍA Y LEGITIMADOR DE LA SOCIEDAD / RE/PRODUCTOR DE BIENES SIMBÓLICOS

Para iniciar con el tema del intelectual guía y legitimador de la sociedad, resulta ilustrativo retomar la clasificación de los intelectuales hecha por Tomás Maldonado. Este autor en su libro *¿Qué es un intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*, divide a los intelectuales en dos grupos: los heterodoxos y los ortodoxos. Los heterodoxos serían aquellos que suelen contraponerse a los dogmas, a las doctrinas, a los códigos y pautas de comportamiento, al poder y a los ordenamientos simbólicos; son los “rebeldes, impugnadores, antagonistas, transgresivos, en resumen, disidentes por vocación, y en ciertos casos abiertamente subversivos, revolucionarios.”¹⁶ Por otro lado, nos dice el autor, están los intelectuales ortodoxos que son los encargados de reproducir los bienes simbólicos establecidos para fortalecer y legitimar el *status quo* de una sociedad.

¹⁵ Bourdieu, Pierre, *Los intelectuales, político y poder*, Argentina, Eudeba, 2005, p. 160.

¹⁶ Maldonado, Tomás, *¿Qué es el intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*, España, Paidós, 1998, pp. 28-29.

Aunque a primera vista la tarea de los ortodoxos y la de los heterodoxos parezcan antagónicas, ambas se entrelazan y forman parte de un mismo proceso. Ya sea manteniendo el orden de las cosas o derrumbando viejos dogmas para erigir nuevos, los dos grupos guían, legitiman y reproducen los bienes simbólicos dentro de la sociedad. Me parece importante tener claro, de acuerdo a estas interpretaciones, que los intelectuales, sean ortodoxos o heterodoxos, se encargan de construir cosmovisiones, símbolos, signos, ideas, medios de orientación, es decir, construyen buena parte del sistema de ideas de una sociedad.

Esta imagen del intelectual como guía, legitimador y re/productor de bienes simbólicos, está presente en una cantidad significativa de definiciones del intelectual. Aquí sólo se retomarán algunas como las de Federico Campbell, Jacques Le Goff, Régis Debray, Hernán Godoy Urzúa, Seymour M. Lipset, Michael Löwy, François Bourricaud, Luis Villoro, Antonio Gramsci, Edward Said y Henri Barbusse, y se darán un par de ejemplos para ilustrar las funciones y características antes mencionadas del intelectual.

En el cuadro siguiente se pueden observar algunas definiciones representativas de la tendencia a considerar al intelectual como guía, legitimador y re/productor de bienes simbólicos.

Autor*	Definición
Federico Campbell	El intelectual se encarga de elaborar y transmitir conocimientos, teorías, doctrinas, ideologías, concepciones del mundo y opiniones, lo cual conforma los distintos sistemas de ideas de una época o una sociedad.

* **Federico Campbell:** Campbell, Federico, "Los intelectuales y el poder" en Baca Olamendi, Laura (comp.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX, Tomo I*, México, FLACSO, 1997.

Hernán Godoy Urzúa: Godoy Urzúa, Hernán, "La sociología intelectual en América Latina" en Marsal, Juan F. (dir.), *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, Argentina, Instituto Torcuato di Tella, 1970.

Régis Debray: Brunner, José Joaquín y Flisfisch, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura, Tomo I*, México, ANUIES/UAM-Azcapotzalco, 1989; Schlesinger, Philip y Kosteki, M.J., *Los intelectuales en la sociedad de la información*, España, Anthropos, 1987.

Jacques Le Goff: Le Goff, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media*, España, Gedisa, 2001.

Hernán Godoy Urzúa	Expresa imágenes interpretativas del hombre, de la sociedad y de la cultura. Es creador de símbolos, mitos e ideologías.
Régis Debray	Transmite lo que piensa a los otros hombres, es el hombre de la comunicación
Jacques Le Goff	El intelectual escribe o enseña o ambas cosas, profesionalmente tiene una actividad de profesor y de sabio. La reflexión personal y su difusión es lo que caracteriza al intelectual.

Autor*	Definición
Michael Löwy	Productor directo de la esfera ideológica-cultural.
François Bourricaud	Productor y consumidor de ideologías, sobre todo políticas. Garantiza la circulación de conceptos comunes que conciernen al orden social.
Luis Villoro	Especialista o científico que va más allá de su propia área y presenta ideas o interpretaciones de gran alcance. Puede hacer una contribución a diversas disciplinas o áreas de estudio.
Henri Barbusse	El intelectual posee el don divino de llamar las cosas por sus nombres. Rectifica y dirige las creencias y los hechos.
Edward Said	Ofrece representaciones articuladas a su público superando todo tipo de barreras. Tiene vocación para el arte de representar, ya sea hablando, escribiendo, enseñando o

* **Micheal Löwy:** Löwy, Micheal, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios (la evolución política de Lukacs 1909-1929)*, México, Siglo XXI, 1978.

François Bourricaud: Bourricaud, François, *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, México, UNAM, 1990.

Luis Villoro: Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el estado en el México del Siglo XX*, México, FCE, 1995.

Henri Barbusse: Buci-Glucksmann, Chritine, *Gramsci y el Estado*, España, Siglo XXI, 1978.

Edward Said: Said, Edward W., *Las representaciones del intelectual*, España, Paidós, 1996.

Antonio Gramsci: Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, México, Ediciones Era, 2001; Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967; Buci-Glucksmann, Chritine, *Gramsci y el Estado*, España, Siglo XXI, 1978; Suárez-Iñiguez, E., *El papel de los intelectuales*, México, FCPyS, 1989; Bobbio, Norberto, *La duda y la elección*, España, Paidós, 1998.

apareciendo en televisión.

Antonio Gramsci Los intelectuales desempeñan una función central en la organización de una clase, otorgándole homogeneidad en el campo económico, en lo social y en lo político. Son los “empleados” del grupo dominante a quienes se les encomienda las tareas subalternas en la hegemonía social y en el gobierno político.

Como primer elemento, se encuentra la capacidad que tiene el intelectual de elaborar, como menciona Campbell, teorías, doctrinas, ideologías, concepciones del mundo y opiniones. Löwy acepta dicha idea del intelectual como demiurgo, pero desde un punto de vista teórico distinto lo llama “productor directo de la esfera ideológica-cultural”. Barbusse, Villoro, Said, Bourricaud, Le Goff, Debray y Godoy Urzúa concuerdan con esta apreciación general -el intelectual como constructor del sistema de ideas de un determinado momento histórico y sociedad-, aunque cada uno hace énfasis en elementos distintos.

La segunda constante en las definiciones que se presentan en el cuadro es la imagen del intelectual que, al elaborar ideas, signos, mitos, símbolos, teorías, ideologías, etc., tiene la capacidad de transmitir, representar, enseñar o expresar aquel conocimiento adquirido o producido. Ya sea como sabio-profesor (Le Goff), como invitado a un programa de televisión que ha de opinar sobre temas de actualidad (Said) o como un especialista o científico que trasciende su campo de conocimiento para hacer aportes a otras disciplinas o campos de conocimiento (Villoro), la tarea del intelectual como guía, legitimador, y por tanto re/productor de bienes simbólicos, es primordial para comprender las características y las funciones del intelectual.

Considero que el caso de los cristianos medievales que cumplían el papel de instructores a través de la difusión del *exempla*, constituye una buena forma de ejemplificar la tarea del intelectual de transmitir, enseñar y expresar ideas, mitos, ideologías, cosmovisiones y medios de orientación en el mundo, y la suma

importancia de esta labor y sus alcances. Sin embargo, antes de comenzar con el ejemplo, es importante comentar en términos generales los conceptos de “instrucción” y “enseñanza”¹⁷. La instrucción es una forma de poder y asimismo herramienta de los poderosos; esto se debe básicamente a que la producción de conocimiento implica que se ordene y se clasifique la realidad bajo un punto de vista específico acorde a ciertas metodologías y teorías que la mayoría de las veces son respuesta a una serie de intereses ajenos al campo intelectual¹⁸. Se puede decir entonces que el conocimiento, al ser un tipo de capital, puede ser comprado, y muchas veces utilizado como justificación ideológica de la autoridad o del poder, de ahí la importancia de analizar qué es lo que se enseña y cómo.

Después de tomar en cuenta la importancia del conocimiento y su transmisión, retomemos el *exempla*. El *exempla* era una anécdota instructiva destinada principalmente al uso de oradores o predicadores para que sus fieles asimilaran mejor la religión cristiana. Este producto ideológico destinado al gran consumo, “alcanza inmenso éxito a partir de fines del siglo XII dentro del marco de las órdenes mendicantes”¹⁹. En el *exempla* está impresa claramente la “actitud

¹⁷ Como bien me ha comentado el Dr. Xavier Rodríguez, existe un matiz muy importante entre los conceptos de “instrucción” y “enseñanza”. El primero se refiere a una acción unidireccional de poder, y el segundo a un proceso más amplio y complejo de construcción del conocimiento (esta no es una acción unidireccional). También, si se deseara apreciar los matices de las diversas formas de difundir el conocimiento, habría de tomarse en cuenta la idea de “aprendizaje”. A pesar de que no se profundice más en la diferencia entre la instrucción, la enseñanza y el aprendizaje, me parece que se entiende en términos generales el sentido de los ejemplos y situaciones que se refieren a dichos conceptos.

¹⁸ Para apreciar lo significativo de los sistemas de clasificación, vale la pena recordar la enciclopedia china imaginada por Jorge Luis Borges y comentada por Michel Foucault en *El orden de las cosas*. En este libro Foucault afirma que el sistema de clasificación inventado por Borges es significativo debido a lo inconcebible de concebirlo, ya al enfrentarnos a un conjunto ininteligible de categorías, se transparenta la arbitrariedad en la que se clasifican las cosas. Ordenamos el mundo de acuerdo con las categorías que nos son impuestas, aquellas que damos por supuestas sencillamente porque están dadas, y al encontrarnos con una manera extraña de organizar la experiencia, percibimos la fragilidad de nuestras categorías; así, a la manera en la que Marcuse proponía, se puede cuestionar, analizar y hasta incluso rechazar la manera en la que clasificamos, ordenamos, percibimos, conocemos y sentimos. Sobre estas cuestiones, también resultan interesantes los cuestionamientos que hace Paul Boghossian en su libro *El miedo al conocimiento* a las concepciones relativistas y constructivistas de la verdad y del conocimiento.

¹⁹ Le Goff, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, España, Gedisa, 2002, pp. 116-117.

fundamental de la ideología cristiana medieval que sólo se interesa por los demás, por los seres marginados y excluidos²⁰, en la medida en que puedan servir a la salvación de los cristianos. Ese es el caso del pobre, el mendigo, el leproso y también el judío²¹.

El predicador cristiano del siglo XII era capaz, a través de la instrucción y la difusión del *exempla*, de confeccionar, en efecto, visiones del mundo, de reproducir los códigos de conducta y de inculcar los valores cristianos. Al igual que el intelectual moderno, el predicador poseía ciertos instrumentos de conocimiento y de comunicación que hacían posible el consenso sobre el sentido del mundo, procurando así, la reproducción del orden social. Se puede decir que el consenso sobre el sentido del mundo se alcanzaba a través de la comunicación/instrucción de aquello que Elias²² llama “medios de orientación”, los que serían figuras o ideas creadas para que el sujeto se ubique en el mundo a partir de grandes explicaciones. Dichas ideas, figuras o símbolos proporcionan un punto de apoyo para que el individuo comprenda su sitio en el mundo, le permiten hacerse una idea –general y vaga- de lo que es el mundo natural (por qué el sol parece más cercano en ciertas estaciones del año, en qué lugar del mundo me ubico con respecto al Ecuador²³, etc.) y de lo que es el mundo social (quién soy yo con

²⁰ “... ¿cómo se define, entonces, el judío colectivo y múltiple presentado en estos *exempla*? En primer lugar, es el hombre del error, de la falsedad religiosa. Forma parte de los infieles, (...). Tratándose de gentes que están en el error, es no sólo normal sino justo y recomendable engañarlas, hacerlas víctimas de un *deceptio* y confundirlas en la vergüenza de tener que confesar el error en el que viven, lanzarlas a la *confusio*” Le Goff, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, España, Gedisa, 2002, p. 123.

²¹ Le Goff, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, *op. cit.*, p. 121.

²² Elias, Norbert, *Conocimiento y poder*, España, La piqueta, s/f.

²³ Xavier Rodríguez Ledesma en el tercer capítulo de su libro *Una historia desde y para la interculturalidad* hace astillas las nociones básicas que tenemos sobre la fisonomía del mundo en el que vivimos para evidenciar como las dimensiones de los países y la ubicación del Ecuador que se representa desde hace siglos corresponde a una manera muy específica de concebir al mundo: “El planisferio sobre el cual construimos nuestra concepción del mundo fue dibujado en 1569 por el cartógrafo Gerhard Kremer, es la proyección “Mercator”. Ella plasma el espíritu imperial de la época. Europa, la metrópoli, amplificó sus atributos. El centro era ella, lo superior también, lo más grande por supuesto. Los de abajo simplemente eran inferiores y periféricos.” Rodríguez Ledesma, Xavier, *Una historia desde y para la interculturalidad*, México, UPN, 2008, p.51.

respecto al Otro, esto es correcto, eso es falso, soy parte de tal sociedad, nación, religión, etc.)²⁴.

El conocimiento proporcionado por el predicador solía servir a intereses particulares (la iglesia cristiana), que se presentaban como intereses universales para poder legitimar la exclusión y dominación ejercida sobre otros grupos (los judíos, los turcos, etc.)²⁵. En palabras de Bourdieu, la ideología, en este caso la cristiana, se produjo “disimulando la función de división bajo la función de comunicación: la cultura que une (medio de comunicación) es también la cultura que separa (instrumento de distinción) y que legitima las distinciones constriñendo

²⁴ Estos puntos de “apoyo” o “medios de orientación” proporcionan una sensación de seguridad en el sujeto, lo cual también implica sometimiento. La seguridad se hace al precio del sometimiento, nos dice Fernando Vallespín, “no hay seguridad -esta vendría a ser la tesis hobbesiana- sin sometimiento”. Vallespín, Fernando, “Poder, legitimidad y estado” en Menéndez Alzamora, Manuel (editor), *Sobre el poder*, España, Tecnos, 2007, p. 41. Sobre este mismo tema, y su importancia en el desarrollo de una “seguridad ontológica”, son muy interesantes las reflexiones que se plantea Anthony Giddens en el libro *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*, España, Península, 2000.

²⁵ Es importante aclarar que estoy manejando el concepto de ideología (y su función social) como lo explican y desarrollan Luis Villoro y Carlos Pereyra. Luis Villoro se refiere a “ideología” como un conjunto de enunciados insuficientemente justificados que se utilizan para mantener el poder de un grupo o clase social mediante el intento de prestar legitimidad a ese poder. La ideología es entonces un “discurso de legitimación del interés particular de un grupo mediante un lectura de una filosofía política que proclama el interés general de toda la sociedad.” Villoro, Luis, “Ciencia política, filosofía e ideología” en *Vuelta*, México, núm. 137, abril de 1988, p. 21. Por su parte, Pereyra considera que la ideología, en un nivel epistémico, se refiere a “representaciones, ideas o creencias no justificadas teóricamente, expresadas a través de enunciados no fundados en razones suficientes, sostenidas las primeras y formulados los segundos por motivos extrateóricos, es decir, en virtud de intereses económicos, políticos, de clase, nacionales, raciales, etcétera.” Pereyra, Carlos, “Ideología y ciencia” en *Cuadernos políticos*, México, núm. 54-55, diciembre de 1988, Ediciones ERA, p. 46. Sobre la delicada relación entre ideología y ciencia, Pereyra, escribió lo siguiente: “¿De qué manera afecta esto a la producción de conocimientos? La pregunta nos devuelve al análisis pragmático del discurso científico porque la producción de conocimientos no sólo exige el cumplimiento de condiciones impuestas por la lógica, la metodología y la epistemología, sino que, además, esa producción implica modos peculiares de articulación con las restantes formas de la producción social. Como productos de una forma de la actividad social, los conocimientos se inscriben en complejos circuitos sociales e difusión y consumo. Aquí se abre un amplio espacio para la utilización ideológica de la ciencia, sin que ello signifique que en sí misma posea algún contenido ideológico.” Pereyra, Carlos, “Ideología y ciencia” en *Cuadernos políticos*, México, núm. 54-55, diciembre de 1988, Ediciones ERA, Pereyra, Carlos, “Ideología y ciencia” en *Cuadernos políticos*, México, núm. 54-55, diciembre de 1988, Ediciones ERA, p. 50.

a todas las culturas (designadas como sub-culturas) a definirse por su distancia con la cultura dominante.”²⁶

El ejemplo anterior ilumina cómo el conocimiento garantizado como cierto, absoluto y verdadero, por razones referidas a lo político y ajenas a un sentido general de “verdad”, sirve para legitimar, guiar, controlar, reforzar o beneficiar ciertas formas de ver el mundo, valores e intereses representativos de determinados sectores de la sociedad²⁷.

Dos aspectos que suelen relacionarse con el papel del intelectual como legitimador, guía y re/productor de bienes simbólicos y culturales, son así los inagotables temas de la ideología y del poder político que utiliza al intelectual para su beneficio. Por ejemplo, en el cuadro que se presentó anteriormente, se observa que tanto Godoy Urzúa como Gramsci consideran que el intelectual se encarga de crear y producir ideologías. Para Löwy, los intelectuales pueden ser considerados una categoría social definida gracias a su papel ideológico, a que son “los ‘productores directos’ de la esfera ideológica, los ‘creadores de productos ideológicos-culturales’.”²⁸ Bourricaud va un poco más allá al explicitar que la mayoría de las ideologías que el intelectual produce y consume suelen ser las políticas, y continúa aseverando que “una de las funciones más importantes en toda la sociedad, la circulación de conceptos comunes que conciernen al orden social, está asegurada para nosotros –al menos en parte- por los intelectuales.”²⁹

Dada la importancia de la ideología³⁰ en la explicación de la función y características del intelectual, revisemos rápidamente algunos puntos al respecto.

²⁶ Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Argentina, Eudeba, 2005, p.68.

²⁷ Para el caso del liberalismo, y sus pretensiones de universalizar las instituciones y valores de la democracia liberal, Chantal Mouffe desarrolla una interesante crítica en su libro *El Retorno de lo Político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Paidós, España, 1999.

²⁸ Löwy, Micheal, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios (la evolución política de Lukács 1909- 1929)*, Siglo XXI, México, 1978, p. 17.

²⁹ Bourricaud, Francois, *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, UNAM, México, 1990, p. 2

³⁰ Al intelectual como *ideólogo* se le ubica primeramente en la Francia de Napoleón Bonaparte. El término “ideología” fue empleado por primera vez en el año de 1796 por el filósofo Destutt De Tracy para explicar su pretensión de crear una ciencia que enlazaría el análisis sistemático de las

Como se ha mencionado, el conocimiento, como herramienta que permite la legitimación de ciertas cosmovisiones u órdenes, es de gran interés para los actores del campo político y un indicador de esto es que, como sugieren Norberto Bobbio³¹, Gabriel Careaga³², Florian Znaniecki³³ y Fernando Escalante³⁴, el aparato del poder está al pendiente del intelectual. Y es que el poder ideológico,

ideas con la gestación de las mismas, así como su combinación y sus consecuencias³⁰. Es importante mencionar que cuando apareció el concepto de “ideología”, la palabra se refería únicamente a la teoría de las ideas y por lo tanto no suponía ninguna afirmación respecto del valor de las distintas esferas de la realidad. El concepto o la acepción moderna de “ideología” nació cuando Napoleón, al percibir el creciente disgusto de los filósofos, aplicó de manera despectiva el término “ideólogos” en un artículo publicado en el *Messenger des relations extérieures* en enero de 1800. En dicho artículo, Bonaparte llama a los filósofos del *Institut* “facción metafísica o *idéologues*”, “espíritus confusos y falsos”, “metafísicos nebulosos”. De igual manera en dicho documento los acusa de haber dirigido mal a la Revolución y de querer conspirar en contra del nuevo régimen. Napoleón llama incluso a seguir los principios opuestos a los ideólogos, “punto por punto”. De esta manera Napoleón convirtió el término “ideólogo” en una estratagema para luchar abatidamente contra sus antagonistas y así sustentar un régimen que se desplomaba, dotando a la palabra “ideología” de un aire peyorativo que conserva hasta la fecha. Para un análisis más extenso del concepto de ideología revisar: Thompson, John B., *Ideología y cultura moderna: teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, México, UAM-X, 2006; y Adorno, Theodoro W. y Horkheimer, Max, *La sociedad. Lecciones de sociología*, Argentina, Proteo, 1971, p. 187.

³¹ “Las relaciones entre intelectuales y poder nunca han sido pacíficas (...), precisamente porque los hombres de poder siempre han sido conscientes de la diversidad de los fines que el filósofo y el político persiguen y, cuando se han encontrado ante su oposición, han intentado someterlos o bien impedirles que perjudicaran, según la famosa máxima de Maquiavelo de que los enemigos hay que doblegarlos o aniquilarlos.” Bobbio, Norberto, *La duda y la elección*, España, Paidós, 1998, pp. 84-85.

³² “Con frecuencia, el hecho de que el aparato de poder no lo pierda de vista y se ocupe de él constantemente, constituye para el hombre de ideas una prueba convincente de su poder potencial”. Careaga, Gabriel, (comp.), *Los intelectuales y el poder*, México, SEP/SETENTAS, 1972, p.p. 9-10.

³³ “... en la mayoría de las sociedades complejas, los líderes sociales activos carecen de tiempo, de voluntad o de capacidad para teorizar acerca del orden cultural en honor de sus prosélitos. Alguna otra persona, entre los innovadores o conservadores, realiza esta función, siendo considerada como más sabia que las demás y aceptada por éstas como guía para pensar acerca de los problemas sociales o –más generalmente- culturales, que el conflicto actual suscita. Nace un género definido de papel social que puede llamarse el de «sabio». El *status* original del sabio se halla dentro de su partido y su función original consiste en razonar y justificar intelectualmente las tendencias colectivas de aquél. Tiene el deber de «probar» mediante argumentos «científicos» que su partido está en lo cierto y que sus enemigos están equivocados.” Znaniecki, Florian, *El papel social del intelectual*, México, FCE, 1944, p. 81.

³⁴ Escalante al hablar sobre la Sociedad Civil en la década de 1980 sugiere que “in Mexico as in the rest of the world some of these associations tended to recruit celebrities, mostly public intellectuals, to help them advertise their cause. As an unintended consequence those celebrities became not only symbols but speakers and even representatives of Civil Society as a whole (that is, of the People as it is, before politics). They held a sort of “moral representation”, always on a higher ethical ground than the elected politicians; and they became very useful in that guise”. Escalante Gonzalbo, Fernando, “Anything but the people”, *Passim*, p. 4.

apunta Bobbio, es aquel que a través del control de ciertas formas de saber (símbolos, signos, ideas, medios de orientación en el mundo, etc.) ejerce una influencia sobre el comportamiento de los demás, incitando o persuadiendo a los diversos miembros de un grupo o de una sociedad a llevar a cabo una acción. En este sentido, el intelectual es utilizado muchas veces por los mecanismos de poder para asegurar la continuidad de ciertos regímenes, ideas e imaginarios³⁵.

El intelectual se presenta entonces como uno de los sujetos encargados de los conceptos que dan lugar a las formas de pensar e interpretar el mundo de una sociedad, lo que implica una responsabilidad tremenda, ya que muchas veces el conocimiento se llega a convertir en una burda ideología que roza la fe, lo cual es sumamente peligroso. Como dice Nadine Gordimer: “una ideología abrazada con vehemencia se convierte en una fe en nombre de la cual los secuaces viven y actúan”³⁶. Zygmunt Bauman al apuntar que “pocas son las grandes ideas que demostraron ser completamente inocentes cuando sus discípulos iluminados intentaron traducir la palabra en acto –pues algunas de ellas difícilmente pueden llegar a adoptarse sin enseñar los dientes y afilar los puñales-”³⁷, transparenta las consecuencias insospechadas de la tarea intelectual, y nos hace pensar en cómo una “visión de orden”³⁸ se puede traducir en exclusión, coerción, violencia, desigualdad, discriminación, etc.

³⁵ Inmersos en dichos juegos políticos y de poder, Bobbio, basándose en la distinción weberiana entre acciones racionales según el valor y las acciones racionales según el fin, ubica dos tipos de intelectual: el experto y el ideólogo. El primero, según Bobbio, es aquel que proporciona “principios-medio”, es decir, es aquel que indica los procedimientos y saberes necesarios para alcanzar un fin específico. Por otra parte, el ideólogo es aquel que otorga principios-guía, lo cual significaría que este tipo de intelectual es el que se encarga de generar consenso social a través de la reproducción de ciertas visiones del mundo. Esta clasificación, a pesar de sus aciertos, tiende a ser poco funcional, ya que en muchos momentos la línea que separa a los ideólogos de los expertos resulta demasiado borrosa.

³⁶ Nadine Gordimer, “Los escritores bajo ataque” en *Cultura Urbana*, México, número 15, 2007, p.6.

³⁷ Bauman, Zygmunt, “El sueño de Pureza” en *La Posmodernidad y sus Descontentos*, España, Akal, 2001 p. 13.

³⁸ Bauman cita en su texto una cuestionable pero interesante reflexión de la escritora estadounidense Cynthia Ozick en torno al tema del nazismo: “La solución final alemana fue una solución estética; se trataba de un trabajo de retoque, del dedo del artista borrando una mancha; algo que sencillamente aniquilaba lo que se consideraba disarmónico”. Citado en Bauman,

Después de estas referencias generales al tema del intelectual y su relación con la ideología, ha quedado evidenciado el tema de la re/producción de bienes simbólicos como una de las funciones determinantes y primordiales del intelectual.

El conocimiento re/producido y transmitido dentro de las sociedades cobra suma importancia al percatarnos de que constituye aquel conjunto simbólico que llamamos cultura, el cual a su vez, según Josep Picó, “da lugar a formas de pensar con las que cada persona o grupo humano explica el mundo y a sí mismo.”³⁹ Es decir, aquél sustrato básico constituido por ideas y conceptos (transmitidos por el sistema de producción de bienes/productos culturales) es el encargado de re/producir ciertos “medios de orientación” que bien pueden llegar a significar discriminación, exclusión, imposición o coacción⁴⁰. En términos de Michel Foucault:

¿Qué es, después de todo un sistema de enseñanza, sino una ritualización del habla; sino una cualificación y una fijación de las funciones para los sujetos que hablan; sino la constitución de un grupo doctrinal cuando menos difuso; sino una distribución y una adecuación del discurso con sus poderes y saberes?
¿Qué es la «escritura» (la de los «escritores») sino un sistema similar de sumisión, que toma quizás formas un

Zygmunt, “El sueño de Pureza” en *La Posmodernidad y sus Descontentos*, España, Akal, 2001 p. 13.

³⁹ Picó, Josep, *Cultura y modernidad: seducciones y desengaños de la cultura moderna*, España, Alianza, 1999, p. 201.

⁴⁰ Entre los distintos sistemas de exclusión propuestos por Foucault, encontramos la “voluntad de verdad”, la cual se vincula directamente con la re/producción del conocimiento. Dicha “voluntad de verdad” se encuentra “a la vez reforzada y acompañada por una densa serie de prácticas como la pedagogía, como el sistema de libros, la edición, las bibliotecas, como las sociedades de sabios de antaño, los laboratorios actuales. Pero es acompañada también (...) por la forma que tiene el saber de ponerse en práctica en una sociedad, en la que es valorizado, distribuido, repartido y en cierta forma atribuido.” Foucault, Michel, *El orden del discurso*, España, Tusquets, 1987, p.18.

poco diferentes, pero cuyas grandes escansiones son análogas?⁴¹

De igual manera, Pierre Bourdieu anotó que la legitimación de un orden establecido no sólo se da a través de los mecanismos tradicionalmente considerados (como el Derecho), sino que también el sistema de producción de bienes culturales desempeña una función ideológica, “debido a que los mecanismos por los que contribuyen a la producción del orden social y a la permanencia de las relaciones de dominación permanecen ocultas.”⁴² Todos los componentes del sistema de re/producción de bienes culturales/simbólicos (universidades, editoriales, institutos/centros de investigación, televisión, prensa, etc.) se encargan de constituir un gran espacio de poder, espacio en el que se generan, apunta Bartra, “importantísimos fenómenos de mediación y legitimación políticas y donde se asegura la reproducción del sistema.”⁴³

Volviendo ahora al análisis de las definiciones que buscan desentrañar la figura del intelectual, se analizará la noción de Seymour M. Lipset. Este autor, al revisar en su libro *El hombre político. Las bases sociales de la política* los planteamientos que Raymond Aron hizo sobre los intelectuales, permite englobar y vincular al intelectual (como re/productor de bienes simbólicos) con temas capitales son la ideología, la educación y el campo político; lo cual es sumamente ilustrativo de las complejas redes que se crean alrededor del campo intelectual. A continuación, la síntesis de la definición del Lipset.

⁴¹ Foucault, Michel, *El orden del discurso*, España, Tusquets, 1987, p. 38.

⁴² Bourdieu, Pierre, “La objetividad de lo subjetivo” en *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991, p. 224.

⁴³ Bartra, Roger, *Oficio mexicano*, México, Grijalbo, 1993, p. 54. Hofstadler lo plantearía de manera distinta, pero sin alejarse mucho de esta idea: la vida del pensamiento “es también el medio por el cual otros valores de la comunidad se purifican, se reafirman y se realizan”. Hofstadler, Richard, *Anti-intelectualismo en la vida norteamericana*, España, Tecnos, 1969, p.35.

Autor*	Definición
Seymour M. Lipset	Los intelectuales son los encargados de crear, distribuir y aplicar la <i>cultura</i> , es decir, la ciencia y la religión. Dentro de este grupo existen dos niveles principales: el núcleo fundamental de creadores de cultura –sabios, artistas, filósofos, escritores, algunos editores y periodistas- y los distribuidores –intérpretes de diversas artes, la mayoría de los maestros y de los reporteros-. Existe un grupo periférico, compuesto por quienes aplican la cultura como parte de sus tareas profesionales: médicos y abogados. También se encarga de moldear nuevas justificaciones para apuntalar el “edificio del poder”, o crear nuevos sistemas de legitimación y justificar un nuevo poder.

En suma, como hemos podido percatarnos en este apartado, el intelectual se encarga de clasificar, ordenar o identificar según la lógica, su campo o su disciplina, lo que es el mundo, la cultura, etc. Dicha capacidad de crear una especie de cartografía del mundo lo convierte en un re/productor de bienes simbólicos; y es que el definir los objetos del mundo -por ejemplo lo que ha de ser llamado cultura y lo que no- es re/producir las funciones gnoseológica y política de los sistemas simbólicos. Por tanto, el conocimiento⁴⁴ se convierte en un instrumento sumamente codiciado por medio del cual se impone una determinada ordenación. Por ejemplo, los intelectuales, al clasificar la cultura y sus distintos tipos (alta cultura, arte popular, folclor, *kitsch*, etc.), al seleccionarla,

* **Seymour M. Lipset:** Lipset, Seymour Martin, *El hombre político. Las bases sociales de lo político*, REI, México, 1993.

⁴⁴ El conocimiento, como lo definió Elias, es el significado social de símbolos construidos por los hombres tales como palabras o figuras, dotados con capacidad para proporcionar a los humanos medios de orientación. Por su parte José Joaquín Brunner apunta que “todo saber es un hecho social complejo incorporado en circuitos de poder, inerte en tradiciones, institucionalizado, que fluye por redes de comunicación bien precisas, cuyos modos más generales de apropiación son transmisibles y se transmiten por vía de la herencia cultural, y bajo cuyos presupuestos, aún en los más abstractos, existe una historia de la conformación. Según declaraba Foucault en una entrevista: ‘Cuando más avanzo, mas me parece que la formulación de los discursos y la genealogía del saber deben ser analizados a partir no de tipos de conciencia, de modalidades de percepción o de formas de ideologías, sino de tácticas y estrategias de poder (microfísica de poder)’.” José Joaquín Brunner, Angel Flisfisch, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, UAM-A, ANUIES, México, 1989, p. 124.

compendiarla, criticarla, celebrarla o rechazarla; la controlan, monitorean y de alguna manera se arrogan, como diría Michèle Petit en su libro *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, varios monopolios, entre ellos:

a) El de decidir qué obras o fragmentos de obras deben ser considerados como “buenos”, “interesantes”, “innovadores”.

b) El del sentido que conviene dar a dichas obras elegidas.

A través del proceso de selección y valoración de las producciones artísticas e intelectuales, se van construyendo así determinados tipos de patrimonio, de museo, de biblioteca, de programas escolares, cuya función no es únicamente altruista y desinteresada. Un ejemplo más: a través de los museos se va enseñando que tipo de arte debe ser apreciado y nombrado como tal. Según Merleau-Ponty⁴⁵, el museo fundamenta nuestra conciencia de la pintura como pintura, del arte como arte, de la historia como historia⁴⁶. Los sujetos durante su desarrollo adquieren, ya sea mediante la educación o la simple convivencia social, los conjuntos de símbolos sociales con sus respectivos grados de significados, asimilando entonces un fondo social del conocimiento o imaginario social dominante. Dichos conjuntos de símbolos sociales significativos, según Elias, “tienen a la vez la función de medios de comunicación y de medios de orientación”⁴⁷.

Por lo que hemos podido observar en las síntesis de las definiciones que se han hecho de la figura del intelectual, éste tiene el poder de clasificar y, por tanto, de excluir e incluir a través de sus interpretaciones del mundo. Clasificar al otro (o a lo otro) y clasificarse a sí mismo, indica Bourdieu, son formas de ejercer

⁴⁵ Citado en: Petit, Michèle, *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, México, FCE, 2004, p.94.

⁴⁶ De la página 314 a la 318 de *Postdata*, Octavio Paz realiza una filosa crítica al espacio arquitectónico que constituye el Museo Nacional de Antropología e Historia, y la manera en la que se han organizado las salas para encumbrar una visión específica de la historia, o mejor dicho un mito: el de México-Tenochtitlan. Le agradezco al Dr. Xavier Rodríguez la recomendación de este interesante texto.

⁴⁷ Elias, Norbert, *Conocimiento y poder*, España, Las Ediciones de la Piqueta, s.f., p. 55.

violencia simbólica (la cual se verá reflejada en lo material, es decir, que definirá al mundo). Wright Mills parece compartir esta idea al afirmar que “para el teórico, el mundo es un mundo de conceptos que hay que manipular, muchas veces sin principios discernibles. La teoría sirve, en una gran diversidad de maneras, como justificación ideológica de la autoridad”⁴⁸.

Existe, pues, una constante determinación entre las necesidades de los distintos campos sociales (la política, la economía y la moral) y la re/producción de los intelectuales (y por tanto del conocimiento). Distintos agentes, provenientes de distintos campos sociales, se disputan las posiciones del campo cultural, buscan direccionar la re/producción de los bienes simbólicos en función de sus intereses. Como diría Bourdieu, “las relaciones objetivas de poder, tienden a reproducirse en las relaciones de poder simbólico”⁴⁹. En este escenario de tensiones frente a los campos sociales como la economía, la política, la moral..., la subsistencia de la relativa autonomía del intelectual y su campo, es a duras penas lograda⁵⁰. Por ello resulta imprescindible preguntarse en qué condiciones, en qué posición, en qué relación con los distintos campos sociales, el intelectual tiene el interés y la capacidad de clasificar la cultura, y re/producir determinados conjuntos de símbolos, imágenes y códigos.

1.2.3. SER CRÍTICO.

Para una buena parte de los autores que estudian a los intelectuales, éstos sólo pueden ser los “heterodoxos” que Tomás Maldonado describió como aquellos que suelen contraponerse a los dogmas, doctrinas, códigos y pautas de

⁴⁸ Mills, Wright C., *La imaginación sociológica*, México, FCE, 2003, p.133.

⁴⁹ Bourdieu, Pierre, “Espacio social y Poder simbólico” en *Cosas dichas*, España, Gedisa, 1996, p. 138

⁵⁰ Cabe recordar que el intelectual dentro de su propio campo juega al juego del poder, pues el campo intelectual, al igual que los otros campos sociales, cuenta con relaciones de fuerza y poder, lucha de intereses, etc. De este tema se hablará con mayor profundidad en el próximo capítulo.

comportamiento, al poder y a los ordenamientos simbólicos, dejando a un lado a cualquier intelectual “ortodoxo” u “orgánico” a decir de Gramsci.

Para autores como Rafael del Águila, Roger Chartier, Jeffrey Goldfarb, Bernardo Supercaseaux, Martín Hopenhayn, Edward Said y Octavio Paz, el intelectual, digno de ser llamado como tal, *debiera ser* un contestatario, un refunfuñador a la manera de Robert Musil, un crítico implacable. A continuación se presentarán en un cuadro las definiciones de los autores mencionados.

Autor*	Definición
Rafael del Águila	El intelectual siempre empuja fuera de los límites. Su pensamiento es incompatible con cualquier fanatismo y dogmatismo y tiene un compromiso con la verdad, la justicia, la racionalidad, la autenticidad de raíces, las víctimas y con los débiles.
Roger Chartier	Su función es crítica. Es productor de un conocimiento controlado. Habla del presente a partir de su oficio o experiencia. Contribuye a la construcción del espacio crítico donde las personas privadas hacen uso de uso público de su razón.
Jeffrey Goldfarb	El intelectual facilita las deliberaciones públicas sobre los problemas que las normas del civismo han enterrado (Tiene un carácter sumamente liberal y bajo una lógica

* **Rafael del Águila:** Águila, Rafael del, “Una crítica al intelectual comprometido. El caso de Sócrates hoy” en Águila, Rafael del (coord.), *Los intelectuales y la política*, España, editorial Pablo Iglesias, 2003.

Roger Chartier: Chartier, Roger, *El mundo como representación*, España, Gedisa, 2005; Chartier, Roger, *Cultura escrita, literatura e historia*, México, FCE, 2000.

Jeffrey Goldfarb: Goldfarb, Jeffrey C., *Los intelectuales en la sociedad democrática*, España, Cambridge Press, 2006.

Bernardo Supercaseaux: Citado en Schmidt, Heidful, “Los intelectuales latinoamericanos: crisis, modernización y cambio”, p. 366, en Hengstenberg, Peter (ed.), *Sociedad civil en América Latina: representación de intereses y gobernabilidad*, Venezuela, Nueva sociedad, 1999.

Martín Hopenhayn: Hopenhayn, Martín, “Los intelectuales latinoamericanos descritos por sus (im)pares” en la revista *Nexos*, octubre, 2000, pp. 101-108; Hopenhayn, Martín, “América Latina: la visión de los cientistas sociales” en *Nueva Sociedad*, n. 139, Venezuela, 1995.

Edward Said: Said, Edward W., *Las representaciones del intelectual*, España, Paidós, 1996.

Octavio Paz: Rodríguez Ledesma, Xavier, *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*, México, Plaza y Valdés-UNAM, 1996, p. 45.

	democrática e institucional). Características: son tipos de extranjeros que prestan singular atención a sus facultades críticas, que actúan de forma autónoma de los centros de poder.
Bernardo Supercaseaux	La característica principal del intelectual es el ser crítico. Se mueve en el terreno de inconformismo, del riesgo y de la reflexión independiente. Crea alternativas, posibilidades de la realidad distintas a las existentes.
Martin Hopenhayn	El papel del intelectual es el de rasgar la herida y sangrar por ella. El debe insistir en los principales conflictos irresueltos de nuestro mundo periférico: la miseria, la inequidad, la falta de solidaridad desde los integrados hacia los marginados. El intelectual tiene que iluminar las brechas para que se vean: brecha entre los discursos de modernización eufórica y las realidades miserables que se viven en los extramuros de las ciudades, en las zonas rurales, en las cárceles y los manicomios; brecha entre la estética aséptica del <i>mall</i> y del <i>videogame</i> , y las condiciones insalubre que se viven en los conventillos y las <i>favelas</i> ; brecha entre el éxtasis informativo y la tremenda alienación de quienes viven solos y quienes se quedaron pegados frente al monitor
Edward Said	El intelectual es alguien que ha apostado con todo su ser a favor del sentido crítico, y que por lo tanto se niega a aceptar fórmulas fáciles, o clisés estereotipados, o las confirmaciones tranquilizadores o acomodaticias de lo que tiene que decir el poderoso o convencional, así como lo que éstos hacen.
Octavio Paz	Los intelectuales en el poder dejan de ser intelectuales. Aunque sigan siendo cultos, inteligentes e incluso rectos, al aceptar los privilegios y las responsabilidades del mando substituyen a la crítica por la ideología, renuncian a la crítica.

Las definiciones contenidas en el cuadro anterior comparten una visión muy particular de la función y las características del intelectual: se considera que la principal característica/función del intelectual es el ser crítico. Tal parece que se concibe al intelectual como una especie de activista de las ideas que, como dice Hopenhayn, ha de “iluminar las brechas para que se vean” a través de la crítica. Pero la crítica de este tipo de intelectual ha de ser independiente, alejada de los

centros de poder, como diría Goldfarb, porque sólo siendo una crítica autónoma se pueden crear las alternativas y las posibilidades de la realidad distintas a las existentes de las que habla Supercaseaux.

Mirando con un poco más de detenimiento estas definiciones, observamos que -salvo las de Goldfarb y Chartier- tienen dos constantes muy significativas: 1) la idea de la autonomía del pensamiento intelectual y 2) un compromiso, ya sea con la razón, los débiles o la verdad. Teniendo en cuenta estos rasgos, desmenucemos las definiciones, comenzando con el análisis de la primera constante: la autonomía.

Para Rafael del Águila la autonomía del intelectual se encuentra en siempre “empujar” fuera de los límites establecidos para así estar libre de cualquier fanatismo o dogmatismo. Dicha manera de estar “fuera de los límites” que menciona del Águila, se transcribe para Supercaseaux en estar en el “terreno del inconformismo, del riesgo y de la reflexión independiente”. También para Hopenhayn el intelectual vive en ese terreno del inconformismo, pues escribe que el intelectual, desde un “mundo periférico” expone los principales conflictos y problemas irresueltos de la sociedad. El que mejor define esta condición de sujeto con reflexión propia e independiente, es Said, pues éste lo define como un *outsider* que plantea públicamente cuestiones embarazosas, que no acepta prejuicios, estereotipos o las justificaciones que hace el poderoso de sus abusos y excesos; haciendo así un importante contrapeso a la ortodoxia y el dogma. Para Said es una característica del intelectual ser difícil de “domesticar” por el gobierno y otras instituciones. De igual manera, para Octavio Paz, el intelectual ligado al poder pierde su importante capacidad de crítica, sustituyéndola por la ideología.

Ahora la segunda constante de las definiciones: el compromiso. La idea del compromiso para estos autores varía mucho, pero coinciden en siempre apoyar una causa superior o justa, alejada de los poderosos y lo irracional. Para Hopenhayn y del Águila los intelectuales, a través de la crítica, se comprometen

con la verdad, la justicia, la miseria, la inequidad, los débiles, los marginados, la racionalidad y las víctimas. Para Said y Supercaseaux el compromiso del intelectual es capital, pero para estos autores el compromiso del intelectual se circunscribe al terreno de la difusión pública de sus reflexiones, ya sea hablando, escribiendo o apareciendo en televisión como diría Said. Dicha presencia pública del intelectual implicaría la discusión de alternativas y posibilidades de realidad distintas a las existentes, señala Supercaseaux.

No se ha incluido a Chartier ni Goldfarb en la descripción de estas dos constantes de las definiciones, pues sus conceptos, a pesar de tener como característica principal a la crítica, se encuentran elaborados desde una visión distinta. La de Goldfarb, desde el discurso democrático, habla de un “carácter liberal” y una “lógica democrática e institucional” del intelectual que difícilmente podemos ubicar con las definiciones anteriores. De igual manera, Chartier se enfoca más en la construcción de un espacio público crítico que en otros compromisos más cercanos a los ideales clásicos del intelectual. Tan es así que Chartier, después de definir al intelectual, indica que debemos alejarnos del tipo clásico de intelectual “a la Sartre”, aquél que hablaba e intentaba solucionar la totalidad de los problemas en una sociedad.

Desglosadas las definiciones, veamos algunos ejemplos de este tipo de intelectual. Ya en el apartado anterior ejemplificamos a los ortodoxos sirviéndonos de algunas figuras representativas del Medievo, ahora toca el turno a los heterodoxos, y para hacerlo utilizaremos también otras figuras medievales.

Se podría decir que un grupo representativo de los intelectuales heterodoxos del Medievo eran los goliardos⁵¹. Éstos eran los principales críticos

⁵¹ En un estudio publicado en 1957 sobre los intelectuales, Jacques Le Goff plantea una relación interesante entre: 1) la urbanización que se llevó a cabo del siglo XI al siglo XII, 2) el aumento de universidades laicas y 3) el surgimiento de un espacio separado del universo religioso y monástico. En este nuevo espacio público separado de la esfera monástica surgen los goliardos, grupo de intelectuales-bohemios instalados en el París del siglo XII, que para ganarse la vida se convertían

del orden establecido, pues a través del canto de su poesía -escrita con una buena dosis de inmoralismo provocativo- negaban las enseñanzas de la Iglesia y de la moral tradicional; se burlaban de aquellos “que socialmente, políticamente, ideológicamente están más vinculados con las estructuras de la sociedad: el papa, el obispo, el monje”⁵².

Asimismo, en la Edad Media se puede encontrar al intelectual heterodoxo en los intelectuales críticos y políticamente activos. Según los estudiosos del Medievo, con el arribo de la burguesía las grandes universidades se convirtieron en potencias políticas y desempeñaron un papel activo dentro de la sociedad, convirtiendo a los intelectuales en seres marginados y peligrosos en una sociedad cuyas grandes estructuras monárquicas iban en declive. Durante la primera mitad del siglo XVI, Marsilio de Padua y Guillermo Ockham fueron los principales representantes de esta nueva tendencia. Ellos llevaron a cabo una lucha -con el apoyo del emperador Luis de Baviera- en contra del papado para establecer que la ejecución de la ley escapaba a la Iglesia y correspondía únicamente al Estado⁵³. Dicha lucha sirvió de antecedente para que con la llegada de la sociedad burguesa, la universidad se convirtiera “en el lugar privilegiado de reunión de los intelectuales (...)”⁵⁴.

Vale la pena comentar que los intelectuales en ese momento histórico hicieron crecer el número de personas letradas capaces de alcanzar cierta cantidad de conocimiento en diversas materias (lo cual les permitía opinar y

en juglares o jocaltores, lo cual los hacía indeseables, contestatarios y peligrosos para los representantes del orden, es decir, para el eclesiástico y para el noble.

⁵² Le Goff, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media*, España, Gedisa, 2001, p. 43.

⁵³ Para un acercamiento general del tema revítese Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, España, Gedisa, 2001. Para ahondar en el pensamiento teórico del estado laico revítese Lagarde, Georges de, *La naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Age*, Francia, Béatrice-Nauwelaerts, 1956. Sobre el papado y la ejecución de la ley: Ockham, Guillermo de, *Sobre el gobierno tiránico del Papa*, España, Tecnos, 2008. Sobre Guillermo de Ockham revítese: Rábade Romeo, Sergio, *Guillermo de Ockham y la filosofía del siglo XIV*, España, Instituto Luis Vives de Filosofía, 1966.

⁵⁴ Maldonado, Tomás, *¿Qué es el intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*, España, Paidós, 1998, p. 49.

discutir asuntos públicos), quitándole a los clérigos el monopolio del conocimiento. Fueron emergiendo personas de estudio que podían tomar la palabra, construir discursos, y por tanto, participar del poder (ya fuera ocupando puestos de importancia en la sociedad laica o eclesiástica)⁵⁵. Al llegar a compartir el poder con la Iglesia y la Monarquía, los intelectuales formaron parte de la élite del poder, utilizando ese poder para representar otros intereses que no eran los de los clérigos ni los del rey, sino los de la sociedad, el “Hombre”, el pueblo que no podía hablar por sí mismo porque el poder político no considera su voz “legítima” para discutir u opinar. El intelectual se convirtió en el “representante ilustrado” del pueblo, de la sociedad, del “Hombre”.

Gracias a los dos ejemplos anteriores, podemos caer en cuenta de que el intelectual como figura heterodoxa y crítica se ha contrapuesto a los dogmas, a las doctrinas, a los códigos y pautas de comportamiento, al poder y a los ordenamientos simbólicos. Pero pese a que la tradición de los heterodoxos *debería ser* la tradición de los intelectuales, muchos de éstos se han encargado de la re/producción de los códigos y pautas de conducta proporcionados por el imaginario social dominante. Y es que debido a la inexorable dialéctica en la relación heterodoxia y ortodoxia, tanto los goliardos como los jocaltores, que en un momento sostenían una postura distanciada frente al *status quo* y constructiva de un orden alterno, poco a poco se fueron adaptando e integrando a los organismos y estructuras que detentaban el poder; incluso muchos de ellos se transformaron en legitimadores del poder⁵⁶.

El vaivén del péndulo, heterodoxia-ortodoxia, es resultado de la connatural ambigüedad del papel del intelectual. Las posturas heterodoxa y ortodoxa son dos

⁵⁵ Para más información sobre este proceso, revítese: Le Goff, Jacques, “¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?” en *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, España, Gedisa, 2002, pp. 163-178.

⁵⁶ “Si todos ellos criticaban a la sociedad, algunos, tal vez muchos, sueñan con convertirse en aquellos que critican. (...) Sueñan con un mecenas generoso, con una suculenta prebenda, con una vida holgada y feliz. Parece que quieren convertirse en los nuevos beneficiarios del orden social en lugar de querer cambiarlo” Le Goff, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media*, España, Gedisa, 2001, pp. 40-41.

maneras distintas de desarrollar un mismo papel, el papel del intelectual que a la vez legitima y deslegitima.

Es difícil que al observar que el intelectual puede ser a la vez ortodoxo y heterodoxo, se siga contemplando la idea de un intelectual crítico, un activista de las ideas, un *outsider* que cambiará la realidad y nombrará alternativas innovadoras y ajenas a todo interés que no sea el interés por la verdad, la justicia o la razón (conceptos a su vez ambiguos). Los autores analizados en este apartado consideran que el intelectual ha de ser crítico, pero me parece que también habrían de contemplarse los lazos que éste mantiene con su propio campo (el intelectual) y con los demás campos sociales (político, económico, etc.).

CAPÍTULO DOS. AUTONOMÍA: EL CAMPO DEL INTELECTO Y SU RELACIÓN CON LOS DEMÁS CAMPOS SOCIALES.

Una de las principales constantes en las definiciones de intelectual son los temas de la autonomía del campo intelectual y el compromiso con la sociedad y con ideales como la justicia, la libertad, la razón, etc. Normalmente el estudio de estos tópicos se hace de manera conjunta, pero considero necesario separarlos, porque a pesar de estar íntimamente relacionados y formar una especie de mancuerna son asuntos de naturaleza distinta. Por una parte, la cuestión de la autonomía trata principalmente de las relaciones o no-relaciones que sostiene el campo intelectual con la sociedad (o distintos ámbitos sociales como el político, el económico, el moral, etc.). Por tanto, cuando se discute y escribe sobre la autonomía se toca una discusión anterior a la del compromiso, se habla del campo intelectual y de su relación con la sociedad.

Tres son las posturas teóricas más importantes frente al problema de la autonomía⁵⁷:

a) El campo intelectual/artístico es un espacio independiente, no responde a situación social alguna y no le interesa el influjo que tiene en los otros ámbitos, su única función es producir conocimiento/arte. Aquí el distanciamiento no viene por el lado de un no-compromiso, es decir, que no se trata de que la separación entre el campo intelectual y la sociedad sea consciente o estratégica para anular la responsabilidad que el intelectual pueda tener con la sociedad. Dicho distanciamiento surge, más bien, de la falta de reconocimiento de cierta relación con otras esferas de lo social. No se observan ni se reconocen puentes del campo intelectual con los demás campos sociales (economía, moral, política, ética).

⁵⁷ Se podría decir que existe una cuarta postura: El campo intelectual –y por tanto, el intelectual y el producto intelectual- está completamente sometido a los intereses económico y político del poder hegemónico. No me interesa desarrollar esta postura, pues son pocos los autores que adoptan este punto de vista, además de que no resulta del interés de esta tesis dicha postura.

b) El campo intelectual/artístico tiene relación con la esfera política, económica, social, moral, ético, etc. Se reconoce una especie de “autonomía relativa” que no ignora sus vínculos con la sociedad, pero que tampoco plantea un sometimiento absoluto a las condiciones sociales o a los intereses y luchas específicas de los ámbitos político, económico, ético, etc.

c) Una tercera postura frente a la autonomía, sería aquella que considera que para alcanzar una forma específica de autonomía el intelectual ha de comprometerse con una serie de ideales (justicia, verdad, conocimiento, etc.). Dicho compromiso con estos conceptos sólo se alcanza siendo autónomos del poder.

Me parece que el discutir las primeras dos concepciones, y al reconocer que la más acertada es la segunda, se da pie a la discusión del tema del compromiso. Precisamente porque al encontrar en la segunda postura un campo intelectual que convive con las diversas esferas sociales, la pregunta sobre el compromiso surge de manera más natural. Frente a esta posición sobre el tema de autonomía, brotan las siguientes preguntas: ¿Cuál es el alcance del espacio intelectual? ¿Hasta dónde ha de llegar el trabajo intelectual? ¿Qué tipo de compromiso debe tener con la sociedad? Por tanto, en este apartado se analizará solamente el tema de la autonomía y las definiciones que nos dicen algo sobre este imbricado tema, dejando para el próximo capítulo el tercer enfoque del tema de la autonomía-compromiso. Iniciemos con la primera perspectiva teórica frente al tema de la autonomía del intelectual.

2.1. AUTONOMÍA = AISLAMIENTO: DEL ARTE X EL ARTE Y DEL MITO DE LA TORRE DE MARFIL.

Como se mencionó anteriormente, una de las principales posturas frente al tema de la autonomía es la que considera que el intelectual está alejado de cualquier esfera social que no sea la suya. Este enfoque considera natural la autonomía y el

distanciamiento existente entre el intelectual y la sociedad. Se podría decir que uno de los fallos atroces que se ha cometido al adoptar esta perspectiva es la aceptación del famoso mito del “espléndido aislamiento” o el de la “torre de marfil”, los cuales nos muestran a un intelectual capaz de alejarse de todo, de dedicarse solamente a su oficio de pensador, capaz de internarse en el mundo de las ideas, indiferente a los problemas del mundo⁵⁸.

Este tipo de intelectual es aquel *gentilhomme* dedicado únicamente a explorar la “República de las letras” o a la construcción y reflexión de un saber teórico o simplemente contemplativo que se mantiene alejado de esa “prosaica e ininteligible” vida cotidiana. Desde este punto de vista las preocupaciones del intelectual son el idealismo, la belleza, el ocio, lo aristocrático, la “noosfera”, el romanticismo, por lo que el filisteísmo, la codicia, lo material, la insensibilidad, el mercado y el poder, sólo provocan su desprecio; sus valores éticos y estéticos valen por sí mismos sin tomar en cuenta su entorno. A continuación se muestra un cuadro con las definiciones de intelectual de Marc Bloch, C.S. Peirce, Wendell Phillips y Paul Baran, autores que convienen en esta postura.

Autor*	Definición
Marc Bloch	El intelectual ha de generar conocimiento como un fin en sí mismo.
C. S. Peirce	La tarea del intelectual es la búsqueda de la verdad.
Wendell Phillips	Debe quedarse fuera de las organizaciones, sin pan que ganar, sin candidato que elegir, sin partido que salvar, sin ningún objeto más que la verdad para desintegrar una pregunta y acribillarla con luz.

⁵⁸ Ingmar Bergman, en la película *Vergüenza* (1968), magistralmente llevó a la pantalla el conflicto de un intelectual con la realidad social, Bergman nos presenta a un artista incapaz de hacer frente a los problemas del mundo que lo rodea.

* **Marc Bloch:** Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, México, FCE, 2003.
C.S. Peirce: Bouveresse, Jacques, *La demande philosophique*, Francia, Éditions de l'Éclat, 1996.
Wendell Phillips: Lipset, Seymour Martin, *El hombre político. Las bases sociales de lo político*, REI, México, 1993.
Paul Baran: Marsal, Juan F., *Los intelectuales políticos*, Argentina, Nueva visión, 1971.

Paul Baran

La palabra “intelectual” posee dos connotaciones diferentes: una, más general, se refiere a cualquiera que dependa para su subsistencia más de su cerebro que de sus músculos. La segunda se refiere a una categoría más restringida de individuos: mentes críticas cuya independencia a menudo es asociada por la opinión pública con caprichos antipatrióticos y desleales.

Ahondemos en la primera definición del cuadro anterior. La postura de Marc Bloch sobre este tema la encontramos desarrollada en su obra póstuma, publicada en 1949 por Lucien Febvre, *Apología para la historia o el oficio del historiador*. En dicha obra se transluce el deseo de autonomía y de una ciencia sin una función social clara: “Imagino que hoy en día ya nadie se atrevería a decir, con los positivistas de estricta observancia, que el valor de una investigación se mide, con todo y por todo, según su aptitud para servir a la acción. La experiencia no nos ha enseñado solamente que es imposible decidir de antemano si las especulaciones en apariencia más desinteresadas no se revelarán algún día asombrosamente provechosas para la práctica. Sería infligir a la humanidad una extraña mutilación si se le negase el derecho de buscar, fuera de toda preocupación de bienestar, cómo sosegar su hambre intelectual”⁵⁹.

Por su parte, Phillips y Pierce concuerdan con la figura del intelectual que persigue la verdad sin importar los costos de dicha empresa ni lo alejados que estén de la sociedad; “sin pan que ganar, sin candidato que elegir, sin partido que salvar, sin ningún objeto más que la verdad”, nos dice Phillips. La independencia y autonomía como una de las cualidades capitales del intelectual, apunta Baran, es criticada y mal vista por la sociedad, la opinión pública, que no comprende del todo el trabajo intelectual (la búsqueda de la verdad) y acusa al intelectual de tener “caprichos antipatrióticos y desleales”.

⁵⁹ Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, México, FCE, 2003, p. 45.

Además de los autores del cuadro anterior, ha habido muchos más que han esbozado al intelectual como un ser independiente, un ermitaño, cuyo hogar es una fría y lejana torre de marfil. A continuación se utilizarán como ejemplo los planteamientos que Lewis Coser desarrolla en *Hombre de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, pues éstos bien pueden representar una de las concepciones más generalizadas del intelectual, además nos permiten esquematizar de manera clara los elementos que contribuyen al mito de la “Torre de marfil”.

Autor *	Definición
Lewis A. Coser	<p>Los intelectuales sienten la necesidad de ir más allá de la tarea concreta e inmediata y de penetrar en un reino más general de significados y valores.</p> <p>Se diferencian de muchas e importantes maneras de un número mayor de personas que están dedicadas a la manipulación de símbolos en las artes, la ciencia y la religión. Los intelectuales son hombres que nunca parecen estar satisfechos con las cosas como son, y que no apelan a los usos y costumbres. Ponen en duda la verdad actual, en términos de una verdad más elevada y extensa; se oponen a recurrir a la realidad invocando una nadería no práctica.</p>

Coser concibe al intelectual como un individuo que, gracias a su carácter independiente y a su “necesidad de ir más allá de la tarea concreta e inmediata”, es capaz de criticar los usos y costumbres. Al afirmar que “los intelectuales son hombres que nunca parecen estar satisfechos con las cosas como son”, cuya búsqueda es “una verdad más elevada y extensa” y se niegan recurrir a la realidad invocando una “nadería no práctica”, crea una imagen del intelectual como un ser que está por encima de cualquier campo social, alejado de una cotidianidad vana y falsa, lo que le permite observar desde un punto de vista completamente racional y despojado de todo prejuicio o influencia de algún campo social (como lo sería el campo económico, campo político, etc.). Los intelectuales podrían ser

* **Lewis A. Coser:** Coser, Lewis, *Hombre de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, FCE, 1973.

considerados entonces como un grupo o una élite capaz de mantenerse al margen de todo lo cotidianamente social, de distanciarse y declararse privilegiados. Coser no los deja, empero, desprovistos de una función social. Les atribuye la función de ser “guardianes especiales de ideas abstractas como la razón, la justicia y la verdad, guardianes celosos de normas morales que son ignoradas con demasiada frecuencia en los mercados y los recintos gubernamentales”⁶⁰.

Hay dos elementos en la definición de Coser que contribuyen al “mito del espléndido aislamiento”:

1) Al mencionar que el intelectual es un “guardián especial” que sólo está en búsqueda de ideas abstractas dejando de lado todo lo cotidiano, el autor dibuja al intelectual como un individuo cuyo único interés es el conocimiento por el conocimiento. El intelectual también busca la justicia social, pero no justicia para una sociedad concreta sino para una sociedad soñada, ideal.

2) A pesar de que Coser intenta atribuirle al intelectual un compromiso aparentemente social, lo que realmente hace es imaginarlo como un sujeto que está más allá de los campos sociales, específicamente de los intereses del mercado, de los organismos gubernamentales, de los juegos de poder y de las decisiones políticas.

La definición de Coser no favorece en mucho a la tarea de un análisis sociológico del intelectual, ya que no profundiza en las relaciones que existen entre el intelectual y la sociedad en términos reales, es decir, no toma en cuenta que el intelectual forma parte también de una categoría social específica que interactúa con los campos de la política, la economía, etc. Como diría Héctor Vera,

⁶⁰ Lo que diferencia a los intelectuales modernos de los eclesiásticos medievales o de los propagandistas y políticos sería, según Coser, que tienden a cultivar una actitud crítica, a escudriñar las ideas y supuestos recibidos de su tiempo y de su *milieu*. Coser, Lewis, *Hombre de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, FCE, 1973, p.11.

“un intelectual no forma menos parte de su sociedad que un banquero, un tratante de blancas o un carnicero.”⁶¹

Ahora bien, una vez vista en términos generales la concepción que propone Coser, podemos percibir la manera en que se refuerza la idea de “la torre de marfil” y del “perfecto aislamiento”. Los autores contemporáneos que comparten la postura de un campo intelectual independiente se han servido de la supuesta “crisis”⁶² de la figura del intelectual para proponer un “regreso” a un bastante tergiversado “diletantismo” que significaría la autonomía absoluta del intelectual.

Para ejemplificar lo anterior se utilizará el artículo “Y los intelectuales, ¿dónde están?”⁶³ de Giuseppe Patella, que a pesar de no ser uno de los “grandes autores” que actualmente discuten el tema de los intelectuales, representa y es ejemplo de una tendencia o manera muy vigente de pensar y estudiar a los intelectuales (mezclando los temas de posmodernidad y crisis intelectual). Aunque se hablará específicamente del texto de Patella, en el cuadro siguiente se incluirán

⁶¹ Vera, Héctor, “La clerecía del saber. Los intelectuales y la modernidad” en Guitián Galán, Mónica y Zabudovsky Kuper, Gina (coord.), *Sociología y modernidad tardía: entre la tradición y los nuevos retos*, México, Juan Pablos, UNAM, 2003, p. 112.

⁶² Tal parece estar de moda pronosticar la crisis/muerte de una cantidad de cosas (de los partidos políticos, de la ideología, de la novela, de la política, etc.), entre las cuales también figura el intelectual. Dicha afirmación de la inminente muerte/crisis del intelectual parece ser más un tema de charla que de disertación formal, sin embargo, es una opinión establecida y hartamente documentada. A mi parecer la figura del intelectual no está por ser eliminada, quizá se encuentre en un proceso de desvanecimiento, pero esto no implica la desaparición de todos sus papeles y posibilidades. Es cierto que formas y funciones particulares del intelectual se han transformado, e incluso desaparecido, pero este fenómeno corresponde al propio período histórico y pensamiento de la época que marcan bajo qué condiciones ha de vivir el intelectual. Por ejemplo, en la contemporaneidad los intelectuales en su mayoría gozan de un alto índice de *media cover*. La cuestión por aclarar, diría Maldonado, “es la de si el intelectual entendido como hombre de escritura está en crisis por la imposibilidad de ejercer en exclusiva un papel similar, o incluso por el hecho de que nuestra sociedad no considera importantes las aportaciones que, en el ejercicio de tal papel, le habían sido reconocidas en el pasado. Creo que las dos interpretaciones tienen una estrecha unión y se deben considerar ambas como auténticas”. Maldonado, Tomás, *¿Qué es un intelectual? Aventuras y desaventuras de un rol*, España, Paidós, 1998, p. 24. Por su parte, Hofstadler considera que los ataques hacia los intelectuales –la difusión de su crisis/muerte, las críticas y burlas, etc.- se deben no a un verdadero declive de la figura intelectual, sino a su éxito, “su influencia, su verdadero bienestar e imaginado lujo, así como la dependencia de la comunidad en sus habilidades. El intelecto es desdeñado como forma de poder o privilegio.” Hofstadler, Richard, *Anti-intelectualismo en la vida norteamericana*, España, Tecnos, 1969, pp. 39-40.

⁶³ Patella, Giuseppe, “Y los intelectuales, ¿dónde están?” en *Metapolítica*, México, Volumen 13, número 63, enero-febrero, 2009.

los planteamientos de Zygmunt Bauman y de Edward Said, pues servirán para enriquecer la discusión de los temas que se desarrollarán.

Autor *	Definición
<p>Guiseppe Patella</p>	<p>La posmodernidad ha hecho que la función social y política del la figura tradicional del intelectual haya desaparecido. El intelectual moderno es sustituido por el intelectual posmoderno, es decir, el trabajo, la inteligencia del intelectual se convierte en un producto mediáticamente vendible. El intelectual deja de ser “legislador” se convierte en un simple “intérprete” que se preocupa únicamente en agilizar la comunicación y de vender de la mejor manera sus propios recursos sobre el mercado de la comunicación. El intelectual posmoderno es una versión <i>trash</i> del intelectual, es un intelectual <i>prêt a porter</i>, banal y vulgar. El profesionalismo es lo que ha destruido al intelectual tradicional, por lo que hay que usar la “terapia del diletantismo” para regresar al intelectual autónomo, <i>outsider</i>, que es capaz de representar a los marginados y de desafiar ortodoxias y al <i>status quo</i>. Sólo el diletantismo traerá de regreso al “intelectual absoluto”, autónomo y responsable.</p>
<p>Zygmunt Bauman</p>	<p>El significado intencional de “ser un intelectual” es el de ubicarse por encima de los intereses sectoriales de la propia profesión o del propio género artístico o de hacer las cuentas con cuestiones globales de verdad, de juicio y gusto de la época. Pero con la posmodernidad el significado de “ser intelectual” se diluye. En la modernidad el intelectual arbitraba controversias de opiniones y seleccionaba las opiniones correctas y vinculantes, el intelectual tenía el derecho de convalidar (o no convalidar) creencias que podían ser sostenidas en distintas partes de la sociedad. En la posmodernidad el papel del intelectual cambia, convirtiéndose en un “intérprete”, el cual se encarga simplemente de traducir afirmaciones, en</p>

* **Guiseppe Patella:** Patella, Guiseppe, “Y los intelectuales, ¿dónde están?” en *Metapolítica*, México, Volumen 13, número 63, enero-febrero, 2009.

Zygmunt Bauman: Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

Edward Said: Said, Edward W., *Las representaciones del intelectual*, España, Paidós, 1996.

comunicar significados e ideas y ya no tanto en crearlas y convalidarlas.

Edward Said

El intelectual es alguien que ha apostado con todo su ser a favor del sentido crítico, y que por lo tanto se niega a aceptar fórmulas fáciles, o clisés estereotipados, o las confirmaciones tranquilizadores o acomodaticias de lo que tiene que decir el poderoso o convencional, así como lo que éstos hacen. Ofrece representaciones articuladas a su público superando todo tipo de barreras. El intelectual debería ser un aficionado o *amateur* que se plantee cuestionamientos morales que afecten el orden impuesto del sistema. Pero a pesar de que el intelectual debería de ser un *outsider*, queda pendiente la cuestión de si existió, existe o puede existir un intelectual independiente y autónomo en sus actuaciones.

En el escenario propuesto por Patella, la “posmodernidad” ha disuelto la función social y política del intelectual, es decir, el lugar de los intelectuales tradicionales (capaces de ejercer como legisladores y jueces culturales) ha sido ocupado por intelectuales “intérpretes”⁶⁴ (aquéllos que han perdido toda posibilidad de legitimar cualquier discurso de verdad, de juicio y de gusto), por lo que se convierten en simples intermediarios culturales, mediáticamente vendibles, capaces de ubicar sus “productos” en el mercado de la inteligencia y el saber⁶⁵. A lo largo del artículo, Patella se encarga así de presentarnos al intelectual como un ser agónico que cede paso al “intelectualoide posmoderno”, a la versión “*trash* del intelectual”, al “intelectual *prêt a porter*” y al *conformista*⁶⁶ (aquél que en nombre de

⁶⁴ Patella retoma muchos de los planteamientos y conceptos de Bauman. Para acercarse a dichos conceptos, revítese: Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

⁶⁵ En una sociedad de consumo como la que plantea Bauman, el intelectual se tiende a convertir en promotor de su trabajo (producto) y en el producto en sí, es decir, no sólo tiene que vender su trabajo sino también su imagen. Es al mismo tiempo, “encargado de *marketing* y mercadería, vendedor ambulante y artículo en venta (y me permito agregar que cualquier académico que alguna vez haya tenido que llenar una solicitud de fondos para investigación o se haya postulado para un puesto docente sabrá reconocer perfectamente por su propia experiencia la situación a la que me refiero).” Bauman, Zygmunt, *Vida de consumo*, México, FCE, 2007, p. 17-18.

⁶⁶ Aquí el autor vincula la función de su *intelectual conformista* con la de *intelectual intérprete* de Zygmunt Bauman.

la legitimación y del poder proporcionado por las instituciones de pertenencia abdica a la propia independencia y autonomía).

Como antídoto a dicha “enfermedad” (pérdida de autonomía, profesionalismo, institucionalización, conformismo, reducción de la cultura a *business* y *entertainment*), Patella recupera el diletantismo propuesto por Edward Said. El diletantismo en Said vendría a ser la “práctica del intelectual que se mira como un diletante, un *outsider*, un hombre de frontera, que hace de su propia marginalidad una figura representativa de otras marginalidades”⁶⁷. El intelectual diletante lucha por ideas o valores que “trascienden los límites de una profesión libre que encuentra su alimento en la responsabilidad y en la pasión, antes que en la ganancia y en el egoísmo, en la estrecha especialización”⁶⁸. A través del diletantismo, Patella busca recuperar aquello que Bauman da por perdido: la posibilidad de “ubicarse por encima de los intereses sectoriales de la propia profesión o del propio género artístico o de hacer las cuentas con cuestiones globales de verdad, juicio y gusto de la época”⁶⁹.

Lo que Patella no dice y deja completamente de lado es que Said, a pesar de expresar en diversos textos su deseo de que el intelectual sea un *amateur* o aficionado que se plantee cuestionamientos morales que afecten el orden impuesto del sistema, en ningún momento olvida que sigue pendiente la cuestión de si existió, existe o puede existir un intelectual independiente y autónomo en sus actuaciones, es decir, “un intelectual que no se sienta agradecido –y por tanto presionado- como miembro de universidades que pagan salarios, de partidos políticos que exigen lealtad a la línea partidista, de grupos de cerebros que aunque ofrecen libertad para la investigación, sutilmente quizás comprometan el juicio y cohíben las voces críticas.”⁷⁰ En el artículo de Patella no se encuentra un

⁶⁷ Patella, G., *Op.cit.*, p. 69.

⁶⁸ Citado en *Ibidem*, p. 69.

⁶⁹ Citado en *Ibidem* p. 66.

⁷⁰ Said, Edward W., *Representaciones del intelectual*, España, Paidós, 1996, p. 77.

discurso analítico, sino uno prescriptivo, lo cual no es de mucha ayuda para la definición y examen empírico de los intelectuales en la actualidad.

Como hemos visto con estos ejemplos, la idea de los intelectuales como seres aislados desconectado de lo “mundano” y los demás campos sociales es poco útil para estudiar y comprender a los intelectuales y el papel que desempeñan dentro de la sociedad. Para desentrañar la figura del intelectual y su función dentro de la sociedad, es necesario reconocer que el intelectual no actúa de manera completamente autónoma e independiente de los campos económico, político, social, ético, moral... ni siquiera puede ser completamente ajeno a las luchas por el poder y a las coerciones que se dan en el propio campo intelectual. Sobre este tema, Antonio Gramsci consideraba que la idea de un intelectual autónomo e independiente era consecuencia de pensar la labor intelectual como algo “diferente”, “en lugar de situarla en el conjunto del sistema de relaciones” en el que los intelectuales se unen al “complejo general de las relaciones sociales”⁷¹. Esta reflexión de Gramsci es muy interesante, ya que permite observar como el supuesto de que el papel de los intelectuales es “más espiritual” o “distinto” ha provocado que muchos intelectuales se piensen a sí mismos (y se presenten frente a la sociedad) como sujetos independientes, autónomos, “revestidos de propia representación”.

Sólo reconociendo los encuentros y desencuentros que se dan entre el campo intelectual y los demás campos (política, economía, sociedad, etc.), se logran comprender y vislumbrar la infinidad de temas y discusiones que están relacionadas con el trabajo intelectual, por ejemplo, las implicaciones sociales, éticas, políticas y económicas que puede tener la generación de conocimiento, la discusión en torno a la responsabilidad o no responsabilidad del intelectual, las condiciones sociales y políticas que influyen en el trabajo intelectual, etc.

⁷¹ Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967, p. 25.

2.2. AUTONOMÍA RELATIVA: EXISTE RELACIÓN CON DISTINTOS CAMPOS SOCIALES PERO ÉSTOS NO DETERMINAN POR COMPLETO LOS PRODUCTOS DEL CAMPO INTELECTUAL.

En este apartado se revisará la segunda postura que se suele encontrar en las reflexiones sobre los intelectuales y su autonomía. Esta postura reconoce el vínculo que tiene el campo intelectual -el intelectual- con los diversos campos sociales. A pesar de que se reconocen estos nexos y roces entre campos, se considera que el campo intelectual conserva cierta libertad y autonomía frente al poder, pues estar relacionado con ciertos entornos no subyuga al intelectual. No obstante lo evidente que puede resultar el hecho de que el intelectual es un individuo que convive con una serie de cuestiones que van más allá de lo que sucede en el campo intelectual -la economía, la política, lo moral, etc.-, en muchos textos y reflexiones es tema de discusión, pues no todos los teóricos coinciden en este punto.

Al analizar el tema de la “autonomía” relativa se presentarán las definiciones de Roderic Camp, Pablo Lucas Verdú, Federico Campbell y Hernán Godoy Urzúa, asimismo, se retomarán algunas reflexiones de Norbert Elias, Octavio Paz, Miguel Ángel Asturias, Theodoro Adorno, Peter Burke, Bruce Briggs, Edward Said, Wright Mills, Norberto Bobbio y otros más, para desplegar algunas ideas de los partidarios de esta postura.

Como hemos mencionado, esta postura admite que el campo intelectual se relaciona y encuentra con los demás campos sociales. Como apunta José Joaquín Brunner “todo saber se halla incorporado, desde su aparición en la superficie del lenguaje, en un régimen de relaciones de poder que lo atraviesa por entero.”⁷² Lo anterior no significa para los autores que comparten esta postura que el producto intelectual esté completamente sometido a la lógica de otros campos. No ven la

⁷² Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Ángel, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, Tomo I, México, UAM-A, ANUIES, 1989, pp. 123.

relación del intelectual y los otros campos sociales como una imposición o un ultraje, sino como una convivencia habitual.

Para hacer más sencillo el desarrollo de este apartado se han escogido las definiciones de intelectual de dos autores: Federico Campbell y Hernán Godoy Urzúa. Estas definiciones se eligieron porque, a pesar de que sus autores no son de los más reconocidos como teóricos especializados en el tema de los intelectuales, permiten sistematizar, explicar e iluminar el impacto que tiene lo intelectual en lo social, y viceversa. A partir de la exposición de estas definiciones haré una serie de críticas y comentarios sobre el tema, haciendo uso también de otros autores y perspectivas. Principalmente profundizaré en lo siguiente: 1) El campo intelectual y su impacto en lo social y 2) Lo social y su impacto en lo intelectual. En el primer punto se ejemplificará el influjo de lo intelectual en lo social a través de la obra/producto intelectual. En el segundo punto se desarrollarán las definiciones de Roderic Camp y Pablo Lucas Verdú. Utilizando los elementos que las definiciones nos ofrecen se darán dos ejemplos de la participación que tienen los otros campos sociales en el intelectual, específicamente se hablará de los casos del periodismo y la profesionalización.

Explicada la estructura del apartado, iniciemos con las definiciones de Federico Campbell y Hernán Godoy Urzúa:

Autor *	Definición
Federico Campbell	El término “intelectuales” no ha perdido del todo el significado de antagonista al poder del todo o de persona pensante que guarda distancia crítica frente a cualquier forma de dominio ejercido por medios coercitivos. La función del intelectual es expresar imágenes interpretativas del hombre, de la sociedad y de la cultura.

* **Federico Campbell:** Campbbell, Federico, “Los intelectuales y el poder” en Baca Olamendi, Laura (comp.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX, Tomo I*, México, FLACSO, 1997.

Hernán Godoy Urzúa: Godoy Urzúa, Hernán, “La sociología intelectual en América Latina” en Marsal, Juan F. (dir.), *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, Argentina, Instituto Torcuato di Tella, 1970.

Hernán Godoy Urzúa Esta función de creadores de símbolos, mitos e ideologías la cumplen normalmente a través de la crítica: al mismo tiempo que condenan forjan metas futuras.

Las definiciones de Campbell y Godoy Urzúa reconocen un vínculo intelectual/sociedad de manera implícita al mencionar que el intelectual expresa “imágenes interpretativas”, crea mitos y símbolos que tienen una repercusión en el campo de lo social, pues los productos del campo intelectual son capaces -a través de la crítica- de condenar el estado de las cosas y a la vez establecer nuevos parámetros de organización, de interpretación del mundo, o como diría Godoy Urzúa, los intelectuales son capaces de forjar las metas futuras de la sociedad.

Estas definiciones nos hablan, en efecto, de una autonomía relativa, pues iluminan los efectos que puede tener la crítica intelectual en otros campos sociales, como el político. Asimismo, al mencionar esa “distancia crítica”, se reconoce que los otros campos sociales también ejercen cierta influencia en el campo intelectual, pues distancia no significa no-relación. Las definiciones de Campbell y Godoy sirven así para reflexionar sobre la forma aparentemente más disimulada que tiene el intelectual de relacionarse con la sociedad y sus campos: a través de su trabajo intelectual. Desarrollemos un poco sobre la obra/producto intelectual y la sociedad.

2. 2. 1. EL CAMPO INTELECTUAL Y SU EFECTO EN LO SOCIAL

A pesar de que a principios del siglo XIX se produjera un giro ideológico y el Arte se convirtiera “en el nombre de un dominio autónomo y en una fuerza trascendente”⁷³, la obra de arte/el producto intelectual tiende a influir en lo social⁷⁴.

⁷³ Shiner, Larry, *La invención del arte. Una historia cultural*, España, Paidós, 2004, p. 265.

Y no sólo el arte influye en lo social, toda obra intelectual -por ejemplo los estudios demográficos- no sólo se encuentra salpicada de cuestiones políticas y económicas, también “se ha visto profundamente complicada en los conflictos políticos y controversias”⁷⁵. Se puede decir entonces que la obra intelectual 1) refleja -y puede ser una respuesta- a una serie de condiciones sociales de una etapa histórica determinada y 2) que la misma obra participa en los conflictos sociales, ya sea criticando o apoyando cierta manera de ver los conflictos, tensiones y preocupaciones del momento histórico. La sociedad influye en el producto intelectual y el producto intelectual a su vez interviene en la forma en la que se ve y problematiza la sociedad.

Un ejemplo muy manido que ayuda a derrumbar el mito de la “objetividad desinteresada”, de la “perfecta autonomía”, y refuerza la idea de una intelectual con una autonomía relativa, es el de Honoré de Balzac, quien a pesar de ser condenado en su época (y después por Jean-Paul Sartre⁷⁶), por una supuesta indiferencia ante la revolución de 1948, dejó una importante constancia de los problemas sociales y políticos de su tiempo, pues, hizo una descripción puntillosa de la burguesía en la que criticaba su inmoralidad y sus delitos. Miguel Ángel Asturias, en una entrevista cuyo tema central era la obligación ética y estética de la literatura, apuntó que Balzac a pesar de ser monárquico y burgués, “hizo la denuncia, indudablemente, de los defectos de la burguesía francesa, de los vicios de esta burguesía, y asistió a la transformación del mundo francés en los momentos en que dejaban de tener valor ciertas cosas, para adquirir valor ciertas

⁷⁴ La novela, como lo decía Paz a propósito de la obra de Revueltas, “está contaminada de sociología, religión e historia antigua y presente”. Paz, Octavio, *Generaciones y semblanzas*, México, FCE, 1989, p. 148. Bajo esta misma idea de que la literatura influye en lo social, Mario Vargas Llosa destaca en *La verdad de las mentiras* las potencialidades de la literatura, de la ficción, pues dice que “las mentiras de la literatura” pueden germinar en libertad y “conspirar” para que el mundo sea distinto a lo que ha sido hasta ahora. Vargas Llosa, Mario, “La verdad de las mentiras” en *La verdad de las mentiras*, México, Seix Barral, México, 1991.

⁷⁵ Mills, Wright C., *La imaginación sociológica*, México, FCE, 2003, p. 99. Mills diría esto a propósito de las implicaciones políticas que tuvieron los trabajos de Thomas Malthus.

⁷⁶ Veáse, Kravetz, Marc, “l’engagement révolutionnaire: Sartre” en *Magazine littéraire, Hors-Série*, Francia, número 7, Marzo-mayo, 2005.

otras, como los valores bancarios, el oro y todos los elementos que van a constituir la nueva riqueza, o sea la riqueza burguesa”⁷⁷.

La reflexión de Asturias hace transparente que no es del todo necesario ser manifiestamente “político”, “anarquista” o “marxista” para ser combativo o para hacer una denuncia de los vicios de un grupo social o de la sociedad actual. Honoré de Balzac, a pesar de su intento de mantener su “autonomía absoluta” o “indiferencia” frente a los fenómenos sociales, fue crítico de su época, de una clase y de sus costumbres⁷⁸. De igual manera, Gustave Flaubert, a pesar de defender una concepción del arte puro y de privilegiar la forma de la obra de arte sobre su contenido, no fue completamente ajeno al arte con cierta crítica social⁷⁹. Inclusive podría decirse que William Faulkner, al hacer transparentes los prejuicios raciales, la violencia, las injusticias, la corrupción y la decadencia de una sociedad, fue un escritor crítico y político.

Como precisaría Theodor Adorno, la postura apolítica del “arte por el arte”⁸⁰ o el “arte puro” es una postura sumamente política, y es que por muy independiente que se considere el intelectual (en este caso el escritor, pintor, etc.) está sujeto a exigencias objetivas de construcción artísticas de su campo, las cuales a su vez están influenciadas por las exigencias de los campos político,

⁷⁷ Asturias, Miguel Ángel, “Literatura, obligaciones éticas y estéticas” en Gordon, Samuel, *Palabras sin límites. Conversaciones con escritores*, México, UACM, 2005, pp. 19-20.

⁷⁸ Comúnmente las teorías ordinarias del arte descartan el hecho de que los campos de producción cultural (cine, literatura, teatro, etc.) son dominados por el campo del poder. Como lo diría Bourdieu: “los artistas y los escritores, y con mayor generalidad los intelectuales, son un sector dominado de la clase dominante”. Bourdieu, Pierre, “El campo intelectual: un mundo aparte” en *Cosas Dichas*, España, Gedisa, 1996, p. 147.

⁷⁹ “Aunque Flaubert estuviera más interesado en la transgresión de las convenciones literarias, y sobre todo de las estructuras formales de la novela, su éxito público se construyó, en parte –sobre todo con *Madame Bovary*–, en virtud de la transgresión de las costumbres” Lahire, Bernard, “Utilidad: entre sociología experimental y sociología social” en Lahire, Bernard (dir.), *¿Para qué sirve la sociología?*, Argentina, Siglo XXI, 2006, p. 76. Por su parte, Mario Vargas Llosa describe el efecto transgresor y crítico de *La educación sentimental* de Flaubert: “... nos dio una visión profundamente crítica de toda esa compleja realidad histórica, social, cultural, de valores, de prejuicios, de costumbres que aparece en *La educación sentimental*.” Vargas Llosa, Mario, *Literatura y política*, Ariel/ITESM, México, 2001, p. 65.

⁸⁰ Theodor W. Adorno realiza un exquisito análisis comparativo entre la idea de compromiso en el arte francés y el alemán en su texto “Compromiso” en *Notas sobre literatura. Obra completa*, 11, España, Akal, 2003, pp. 393-413.

social y económico. Un perfecto ejemplo de esto fue el uso ideológico que le dio Estados Unidos a la corriente pictórica del expresionismo abstracto durante la guerra fría⁸¹. Adorno, en su reflexión sobre el compromiso en el arte, incluso propina un estacazo a los existencialistas comprometidos al afirmar que, tanto la prosa de Kafka como los dramas de Beckett, “ejercen un efecto por comparación con el cual las obras oficialmente comprometidas parecen juegos de niños; producen la angustia de la que el existencialismo no hace más que hablar.”⁸²

Gracias a esta reflexión se recuerda la siguiente pregunta lanzada por Elias: ¿Es posible encontrar, por lo menos sumariamente, criterios para determinar los diversos grados de compromiso y distanciamiento? Elias en *Compromiso y distanciamiento* nos diría que no, por el simple hecho de que la noción de compromiso y distanciamiento varía según la sociedad y la época. En el mismo texto, para complementar la idea de lo relativo que resulta el compromiso y el distanciamiento, Elias sostiene como tesis central que el comportamiento y la acción de cada sujeto no pueden ser del todo distanciadas o comprometidas; lo habitual es que la conducta, actitud y postura del sujeto cimbrén entre esos dos puntos. Pero dejemos un momento de lado el tema del compromiso, pues de esto se hablará en el próximo capítulo de manera más puntillosa y menos apresurada,

⁸¹ Frances Stonor en su libro *La CIA y la guerra fría cultural* explica las estrategias que usó la CIA para promover dicha corriente artística. Es interesante observar cómo un producto intelectual como el arte, aparentemente alejado de la política y de los juicios éticos y morales, se utilizó para contrarrestar la influencia del arte soviético y para expresar una ideología anticomunista: el expresionismo abstracto “al no ser figurativo ni poder expresarse políticamente, era la verdadera antítesis del realismo socialista.” Stonor Saunders, Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*, España, Debate, 2001, p. 353. Otro ejemplo, un poco más conocido, es el de la industria del cine estadounidense y la famosa “caza de brujas”. La Comisión de Actividades Antiamericanas desde la segunda mitad de la década de 1930 comenzó a presionar a la industria cinematográfica para que se “limpiara” de comunistas y para que comenzara a hacer películas con actores que no fueran “rojos”, que ensalzaran la idea del orden y que representaran valores “americanos”. La industria de Hollywood –a pesar de la oposición de muchos actores, guionistas y directores- inició en 1947 el rodaje de un ciclo de películas violentas anticomunistas, entre ellas estaban: “Telón de acero” (*The iron curtain*), “El Danubio rojo” (*The red Danube*), “Pekín” (*Peking Express*) y “Correo diplomático” (*Diplomatic Courier*). Para conocer más sobre cómo la industria del cine se utilizó para atacar la ideología comunista y los personajes que participaron en la polémica “caza de brujas”, véase: Gubern, Román, *La caza de brujas de Hollywood*, España, Anagrama, 2002.

⁸² Adorno, Theodor W., *Notas sobre literatura. Obra completa, 11*, España, Akal, 2003, p. 409.

para acercarnos ahora a la influencia que, según algunos teóricos, tienen los demás campos sociales en el campo intelectual.

2.2.2. LOS DEMÁS CAMPOS SOCIALES Y SU EFECTO EN LO INTELECTUAL

Después de mencionar la relación que el intelectual mantiene a través de su obra con la sociedad, conviene revisar las definiciones de Roderic Camp y de Pablo Lucas Verdú para enfocar otra dimensión relacionada con la autonomía relativa del campo intelectual: la influencia/efecto de lo social en el campo intelectual. Se utilizarán las reflexiones de Camp y Lucas Verdu porque en sus textos han intentado vincular la tarea intelectual con los demás ámbitos sociales. Tanto Camp en su libro *Los intelectuales y el estado en México de siglo XX*, como Lucas Verdú en *Política e inteligencia* reflexionan sobre los lazos que existen entre los intelectuales y la política.

Autor *	Definición
Roderic Camp	Un intelectual es un individuo que crea evalúa, analiza o presenta símbolos, valores, ideas e interpretaciones trascendentes a un auditorio amplio, de manera regular. Esta definición no considera al intelectual como alguien controlado por la disciplina, sino como un innovador en una o más disciplinas que se siente cómodo y se comunica con otros en diversos campos. La creatividad es esencial para esta definición, porque si bien puede ser el intelectual un crítico social o de otra índole, su crítica debe plantear perspectivas nuevas, cosmopolitas, y no debe ser un mero ejercicio católico, académico. Además, las expresiones de su producto cultural a un auditorio amplio garantizan que el intelectual será conocido por otras élites y por los bien educados.

* **Roderic Camp:** Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el estado en el México del Siglo XX*, México, FCE, 1995.

Pablo Lucas Verdú: Lucas Verdú, Pablo, *Política e inteligencia*, España, Tecnos, 1965.

Pablo Lucas Verdú

Las relaciones entre los intelectuales y los intereses económicos están determinadas por la profesionalización y mercantilización de los saberes, características de la sociedad de masas de nuestro tiempo. Además, las relaciones de la inteligencia y de los científicos con las clases adineradas han sido frecuentes en todos los tiempos (mecenazgos, artistas al servicio de grandes señores, etc.) y continúan siéndolo.

Como se puede observar en el cuadro anterior, en la definición de intelectual que Roderic A. Camp presenta en su libro *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo XX*, esboza al intelectual como un sujeto que: 1) tiene la capacidad de relacionarse con ideas y sujetos pertenecientes a campos ajenos al intelectual y no se dedica exclusivamente al ejercicio académico; y 2) que su labor de difundir sus conocimientos o su “producto cultural” a un auditorio amplio garantiza “que el intelectual será conocido por otras élites y por los bien educados”⁸³, lo que significaría entonces que el intelectual puede participar de los intereses de otros campos sociales, como podrían ser el político o económico, y a su vez los intereses de otros campos pueden participar en el campo intelectual.

La reflexión de Camp sobre las relaciones que mantiene el intelectual con otras élites es bastante realista y acertada, pues, como se ha comentado en el capítulo anterior, el poder dentro de otros campos sociales suele estar al pendiente del intelectual. Por su parte, Lucas Verdú en su definición señala las relaciones que el intelectual mantiene con lo económico (mercantilización del conocimiento) y lo político (mecenazgo). Pero lo más ilustrativo de la definición es que menciona que dichas relaciones están en gran medida determinadas por la profesionalización y la cultura de masas.

Para ejemplificar brevemente el peso que pueden tener otras élites o poderes distintos a las intelectuales en el trabajo diario del campo intelectual,

⁸³ Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XXI*, México, FCE, 1995, p. 61.

influencia que menciona Roderic Camp, se analizarán dos ejemplos que a pesar de no estar tan explícitamente relacionados con temas de poder, política, moral, sociedad, y de referirse cada uno a aspectos y niveles de explicación distintos de la problemática del intelectual... sirven para discutir cómo de maneras insospechadas los campos políticos, económicos, sociales, etc., se inmiscuyen en la lógica del campo intelectual. Dichos ejemplos serán: 1) la labor periodística inmersa en la moderna cultura de masas y 2) el proceso de profesionalización/especialización mencionado por Lucas Verdú.

Insisto. Para destacar el vínculo que existe entre lo intelectual y los demás campos político, económico y social, utilizo los ejemplos del periodismo (y el proceso de mercantilización del intelecto) y la profesionalización/especialización, precisamente porque al no ser ejemplos que demuestren tan burdamente ese vínculo intelectual-poder, descubren las delicadas y casi imperceptibles redes que se tejen entre el campo intelectual y demás campos sociales.

2.2.2.1. EL PERIODISMO COMO EJEMPLO DE LA MERCANTILIZACIÓN DEL TRABAJO INTELECTUAL

El conocimiento a partir del siglo XX, como afirmaba Norbert Elias, se ha transformado en una mercancía barata, y actualmente lo que encontramos dentro de la esfera de lo público es un intelectual partícipe de la industria cultural de masas, quien la mayoría de las veces ajusta su trabajo a dicha industria, la cual cada vez va funcionando más como industria del espectáculo o del entretenimiento. El intelectual, como lo menciona Tomás Maldonado, desde el siglo XVI se ha preocupado por encontrar un medio de subsistencia que no comprometa del todo la autonomía de su pensamiento. Y muchos intelectuales han encontrado en el periodismo una posibilidad de ganar dinero sin perder su relativa autonomía. Por ejemplo, Daniel Defoe a inicios del siglo XVII consideraba que el periodismo no sólo era una manera digna de ganarse la vida, sino que

también era una actividad que motivaba la producción literaria⁸⁴. Pero el problema, dice Fernando Escalante, “es que los libros se venden, los artículos de prensa se pagan, los políticos otorgan premios y hacen homenajes”⁸⁵, lo cual anega al intelectual en la mar de la lógica de la industria del entretenimiento.

Lo sorprendente es que a sólo unos siglos de distancia de Daniel Defoe, el periodismo se ha convertido, para los intelectuales, en una estratagema para mantenerse en el mercado, para vender, y “no porque escriban en los periódicos, que también lo hacen, sino porque su escritura tiene que tener la agilidad y la rapidez típicas del periodismo: si son novelas, suelen estar a medio camino entre el folletín y el reportaje; si ensayos, son versiones ampliadas de artículos de opinión; trazos gruesos, temas de actualidad, mucho sentido común”⁸⁶. Pero este fenómeno no es del todo reciente, los reportajes -que datan del año 1800- a mediados del siglo XIX y finales del mismo se fueron elaborando de manera más rápida y ligera, ya que los directores de los diarios y revistas obligaban a sus periodistas a escribir cada vez con menos palabras y con párrafos más breves⁸⁷.

Cabe resaltar que el periodismo no fue siempre considerado parte de la industria del entretenimiento. Por ejemplo, para un empresario como Walter Bagehot⁸⁸, como lo mencionan Asa Briggs y Peter Burke, tanto los diarios como las revistas eran agentes primordiales de formación de opinión para dar lugar a un debate público. La propagación de ideas e información poseían para él una

⁸⁴ No todos coincidían con Defoe. Por ejemplo, John Stuart Mill decía que para el oficio de la literatura en los periódicos “se necesita más afectación e hipocresía que para administrar un burdel.” Briggs Asa y Burke, Peter, *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, México, Taurus, 2006, p. 229.

⁸⁵ Escalante, Fernando, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, México, Colegio de México, 2007, p. 22.

⁸⁶ Escalante, Fernando, *op. cit.*, p. 321

⁸⁷ Y es que tanto las revistas como los diarios y las editoriales son empresas que organizan tanto el tiempo como el espacio con el que cuentan los periodistas para publicar. La empresa administra el número de páginas, el número de caracteres, el formato de los textos, las imágenes, los tiempos de entrega... en síntesis, todos los criterios a los cuales se deben apegar los escritos están previamente determinados bajo la lógica de la empresa, del mercado.

⁸⁸ Walter Bagehot (1826-1877) fue un empresario, ensayista y periodista inglés. En 1855 fundó la *National Review* y fue editor en jefe del diario *The Economist*.

dimensión educativa, así como una social y política. Incluso Bagehot creía que el gobierno se liberalizaría en la medida en que aumentara el poder de la opinión pública. Pero al evolucionar las estrategias del mercado y al surgir un nuevo tipo de público lector, la línea que separaba la información del entretenimiento se hizo cada vez más borrosa, sobre todo con la llegada de los medios electrónicos de comunicación.

En *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, Briggs y Burke nos hablan de uno de los factores que ayudó de manera significativa a difuminar la línea divisoria entre información y entretenimiento: el aumento de la alfabetización a partir 1870⁸⁹. El aumento de personas con una mínima educación que les permitiera leer y escribir significó la demanda de lecturas muy diferentes a las que se le ofrecía al público culto, es decir, con el aumento de lectores “el ideal de un «público» informado fue dando paso a las realidades del «mercado» en los medios de comunicación, de la misma manera que en la economía.”⁹⁰ Así, los dueños de los periódicos le fueron otorgando mayor importancia a la diversión, los rumores, el chismorreos y las tiras cómicas que a la literatura o a la ciencia.

Como presentimiento de lo que llegarían a ser los medios de comunicación, en 1850 el periodista F. Knight Hunt utilizó la expresión “cuarto poder” como título de su libro sobre la prensa. Y es que los medios de comunicación siempre han tenido un papel primordial en la sociedad, al ser éstos los que transmiten –a través del lenguaje- observaciones específicas de la realidad, lo cual contribuye a la construcción de las distintas visiones del mundo⁹¹. Por ejemplo, las apreciaciones

⁸⁹ Para algunos escritores como Mario Vargas Llosa, la alfabetización y la consecuente “democratización de la cultura”, ha trivializado y adosado la vida cultural, ha hecho desaparecer una alta cultura, “obligatoriamente minoritaria por la complejidad y a veces hermetismo de sus claves y códigos”. Vargas Llosa, Mario, “La civilización del espectáculo” en *Letras Libres*, México, Febrero, 2009, <http://www.letraslibres.com/index.php?art=13553>

⁹⁰ Briggs Asa y Burke, Peter, *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, México, Taurus, 2006, p. 224.

⁹¹ Consciente del poder de la prensa, el creador del periódico *Herald* (1835), James Gordon Bennett ambicionaba “hacer de la prensa el gran órgano y eje del Gobierno, la sociedad, el

estéticas expresadas tanto en revistas, periódicos y televisión de alguna manera establecen ciertos parámetros a partir de los cuales se califica lo que debe ser apreciado como cultura y lo que no⁹².

Como se ha intentado explicar con algunos ejemplos, al ser la televisión, la radio, el cine y la prensa los “oráculos” modernos, mucho es lo que se invierte en ellos, lo que obliga, hasta cierto punto, que los intelectuales cedan y actúen conforme a la lógica de la industria del espectáculo. El intelectual que participa en la producción del periodismo, aunque sea de manera ocasional, se ve obligado a pensar en lo publicable (bajo los términos de rentabilidad establecidos por la publicación en el que trabaja) lo que lo obliga a modificar tanto la forma como el contenido de sus escritos. Integrarse al ámbito periodístico implica para el intelectual ver evaluado su trabajo a partir de códigos distintos a los del campo literario o científico, se trata de un código más cercano a la lógica del mercado. Hasta el periodista independiente, como diría García Terrés, “por más honrado

comercio, las finanzas, la religión y toda la civilización humana.” Briggs y Burke, *op. cit.*, p. 218. Asimismo, Horace Creely llamó a su periódico lanzado en la ciudad de Nueva York: *Tribune*, el “Gran Órgano Moral”. La relación entre los medios de comunicación masiva y el universo de la política, fue uno de los problemas que Orson Wells se planteó en su célebre película *Citizen Kane*. De igual manera, el texto de José Luis Exeni, *Comunicación política e in/gobernabilidad en democracia*, indaga sobre la incidencia de los medios de comunicación sobre las democracias, el sistema político y la función del gobierno. Para ahondar en la problemática de las democracias mediatizadas, revítese: Exeni, José Luis, *Comunicación política e in/gobernabilidad en democracia*, Bolivia, Plural-Fado, 2005.

⁹² Es de suma importancia mencionar que las luchas por el monopolio de las representaciones del mundo, no sólo se generan cuando los campos intelectual, político y económico entran en contacto, sino que ya dentro del mismo campo intelectual, como en cualquier otro campo, existen luchas por el poder. Dentro del campo intelectual las luchas por el monopolio de las representaciones se ven reflejadas en el recurrente deseo de explicar, ordenar y clasificar todo producto intelectual o artístico. Ya al tener el campo intelectual relaciones con los campos político, económico y social, se manifiestan claramente los parámetros de inclusión y exclusión establecidos por los mismos intelectuales (poseedores de las formas legítimas de apreciar y clasificar los bienes simbólicos) entre productores y público. Valdría la pena profundizar el análisis de las distancias establecidas entre los productores de cultura y el público, y relacionarlo con los conceptos y temas siguientes: alta cultura, baja cultura, arte popular, “cultura culta”, estética pura, folclor, géneros menores, etc.

que sea, está sujeto a las normas de la empresa propietaria, y condicionado a las necesidades, intereses y aun caprichos de la misma”⁹³.

El tema de los intelectuales y los medios de comunicación masiva resulta de lo más interesante, no sólo porque se discuta el tema de la autonomía intelectual, sino porque también se transparenta que debido a los desencuentros y encuentros entre intelectuales y medios de comunicación masiva se va fabricando la “popularidad” de los intelectuales⁹⁴, se comienza a adoptar el *Star System* dentro del campo intelectual y se finge la existencia de un mercado cultural democrático. Para demostrar el hecho de que el mercado cultural no es del todo plural, desinteresado y democrático, basta recordar las cifras que nos proporciona Fernando Escalante sobre el mundo editorial en *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*. En este libro Escalante nos da números y nombres de las editoriales que han sido utilizadas para crear monopolios dentro del mercado editorial. Dicha creación de monopolios, dice Escalante, no es del todo visible porque los grandes grupos tienden a mantener los nombres de las viejas editoriales que absorben⁹⁵ (asimismo conservan algo de su diseño y de su línea tradicional de edición, los géneros o disciplinas con que los lectores pueden identificarlas, las colecciones, y con eso conservan también algo del prestigio de

⁹³ García Terrés, Jaime, “Sobre la libertad de prensa” en *Revista Mexicana de Literatura*, México, 5-8, Mayo-agosto, 1961, p. 21.

⁹⁴ “La forma más eficaz y más sencilla de hacer publicidad de un libro consiste en convertir al autor en una «marca». Lo mismo que en cualquier mercancía, la marca funciona como garantía de calidad reconocible de inmediato: los consumidores no tienen que probar, evaluar, no tienen que saber nada porque está todo dicho en la marca. Se hace con cereales y detergentes y lo que sea (...), lo que se consume en realidad es la marca, porque es lo que confiere algún prestigio” Escalante, Fernando, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, México, Colegio de México, 2007, p. 302. O como diría Vargas Llosa la cultura actualmente parece estar hecha para ser consumida y desaparecer, como los jabones y las gaseosas”. Vargas Llosa, Mario, “La civilización del espectáculo” en *Letras Libres*, México, Febrero, 2009, <http://www.letraslibres.com/index.php?art=13553>

⁹⁵ El mercado de libros en la lengua española está controlado principalmente por cuatro grupos: *Grupo Planeta* (con control de 30% del mercado global), *Grupo Santillana*, *Grupo Anaya* y *Random House/Mondadori* (que a su vez es la filial española del consorcio alemán *Bertelsman*). Cabe destacar que estos grupos también son dueños o participan de otros medios de comunicación como periódicos y canales televisivos. Para un estudio detallado de los grandes grupos editoriales con cifras y nombres, revítese: Escalante Gonzalbo, Fernando, “Otro aparte, con nombres y números: la nueva industria” en *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, México, Colegio de México, 2007, pp. 199-244.

los viejos editores, aparte de ofrecer una ilusión de pluralidad⁹⁶). De igual manera sucede con la industria del cine⁹⁷ y los medios de comunicación.

Actualmente, debido a las transformaciones del espacio público -por ejemplo, que la celebridad otorgada por la televisión sea la más significativa forma de reconocimiento-, los intelectuales difícilmente pueden ocultarse así en lo privado sin perder notoriedad o renunciar a la imagen de “líder de opinión” u “hombre exitoso” que tan valiosa resulta en una sociedad en la que el “éxito” es todo⁹⁸. Otro hecho interesante es que actualmente el intelectual se ha convertido en un “opinólogo”, un “todólogo” que asiste a los programas de televisión para hablar de sus productos intelectuales, pero también para opinar sobre cualquier tema sobre el que se le pregunte, desde su vida personal, pasando por la política y la física, hasta el clima y los desastres naturales.

Con lo antedicho, queda claro que en el campo periodístico los intelectuales están sujetos -en distinto grado- a los capitales económico y político que bajo la forma de premios, cifras de venta, creación de “escritores-marca”, ejercen presión sobre los productos intelectuales al evaluarlos desde los criterios y condiciones de la industria del entretenimiento, y asimismo, obligarlos a adaptarse, o al menos a darle cierta importancia, a la lógica del mercado y del *Star System*.

⁹⁶ Escalante Gonzalbo, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, México, Colegio de México, 2007, p. 205.

⁹⁷ Román Gubern pone a discusión la pluralidad de la industria cinematográfica y del video al nombrar los grandes monopolios que controlan la producción, publicitación y distribución de películas a nivel mundial en su texto “El nuevo paisaje audiovisual. El eje de poder Los Ángeles-Tokio” en *El eros electrónico*, México, Taurus, 2009, pp. 59-77.

⁹⁸ Gabriel Zaid, a propósito de la vocación del escritor y la búsqueda de la celebridad, apunta: “Vivimos hoy en una cultura del éxito, y sería absurdo rechazarla como si pudiéramos vivir en otra. Es mejor rescatar lo que tiene de valioso. Por ejemplo: tomar en serio los propósitos, empezando por aclararlos. ¿Quiero cantar o salir en la televisión? ¿Pintar o ganar dinero? ¿Escribir o ser famoso? Cuando lo importante no es cantar, pintar o escribir, sino salir en la televisión, la prioridad está en aprender relaciones públicas, desenvoltura, vestuario, maquillaje, no en aprender el arte de la voz o la mano. El éxito se ha vuelto una vocación religiosa, indiferente a los oficios particulares. Lo importante es tener éxito, no importa en qué, o cómo. Lo cual es una devaluación del oficio y se presta a confusiones. El arte de escribir, pintar o cantar no es el arte de ser visto y volverse noticia. Si lo importante es el llamado divino a la apoteosis, puedes vivir sin escribir, pero no vivir ignorado por la televisión”. Zaid, Gabriel, “Oficio y vocación” en *Letras Libres*, México, Febrero, 2009, <http://www.letraslibres.com/index.php?art=13559>

Discutir el tema del periodismo -y la mercantilización del conocimiento en general- sirve para observar las transformaciones que este fenómeno provoca en la concepción del intelectual y su función. Y es que con la influencia que ha tenido la lógica de los campos económico (mercado) y político en el campo de lo intelectual, las nociones de autonomía (del poder, de la política, del mercado, de lo vulgar) y compromiso (con el arte, la sociedad, los desprotegidos, la razón, la justicia) se evaporan y pasan a segundo plano. Se abre paso entonces a un intelectual que sólo forma parte de un gran mecanismo cultural en el cual no se tejen cuestiones relacionadas con la política, la economía, la moral, la ética. Podría considerarse que el ingreso del intelectual a la gran industria cultural lo aleja de la tradicional imagen del intelectual que se mira constantemente para cuestionarse, criticarse y buscar su sitio en el mundo.

Tal parece de este modo que el intelectual contemporáneo, al formar parte de la moderna empresa cultural, descarga su papel y trabajo de cualquier cuestión relacionada con el poder, la censura, la política, la economía... el trabajo intelectual se despolitiza completamente, el mercado lo reviste de cierta "neutralidad", pues tampoco es que el intelectual esté participando con lo político directamente, no, sólo convive con la lógica del mercado, se adapta a una industria de masas que hace todo lo posible para eliminar el *detritus* dejado por las disputas e intereses políticos, económicos, morales, éticos y sociales. Se podría considerar que el conocimiento al convertirse en un simple producto a la venta deja de tener implicaciones sociales, políticas y económicas. Así las cosas, cada vez con menos frecuencia se cuestiona que hay detrás de esta u otra idea, pues quien lo hace es descalificado. Una consecuencia de esta manera "despolitizada" de concebir al intelectual y a su trabajo, es que el diálogo, la discusión, la crítica está cada vez más en desuso⁹⁹.

⁹⁹ Ricardio Piglia da su punto de vista sobre la despolitización de los intelectuales contemporáneos en su libro *Crítica y ficción*. Piglia en éste texto apunta que algunos intelectuales "han perdido las ilusiones, se han vuelto sensatos y conformistas. Corren el riesgo de convertirse en funcionarios del sentido común. Para pensar bien, quiero decir para ser lo contrario de un bien pensante, hay

2.2.2.2. LA PROFESIONALIZACIÓN/ESPECIALIZACIÓN COMO EJEMPLO

El tema de la especialización y profesionalización resulta de enorme importancia porque lo que yace en el fondo de la discusión es el problema de la delimitación entre los campos de lo intelectual, lo económico, lo político, y las tensiones que se producen cuando éstos se relacionan entre sí. La disputa sobre la especialización es la disputa sobre la autonomía del campo intelectual que tanto apogeo tuvo en los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Lo anterior se hace evidente al observar que el intelectual anegado en la profesionalización o especialización debe enfrentarse a las presiones ejercidas por el poder y la autoridad, éste debe decidir si va a trabajar para el poder como funcionario o consultor. Como bien lo diría Mills, los expertos en repetidas ocasiones se ven obligados a vagar por el reino de la *Realpolitik*, y es que el político recurre al intelectual-experto para otorgar cierta legitimidad al poder y para que revista de un aire neutral, científico y desinteresado a las decisiones que son estrictamente políticas. Por su parte, Bobbio escribe que el intelectual experto tiende a convertirse de alguna manera en intelectual-político, cuando al intelectual se le transfieren una serie de responsabilidades políticas, al elaborar y justificar decisiones que tendrán un impacto político¹⁰⁰.

La polémica generada alrededor de los temas de la especialización, la departamentalización del conocimiento y la profesionalización se ve reflejada en la infinidad de libros, coloquios y artículos que se han realizado para fomentar o frenar, según sea el caso y la postura, la transdisciplina, la interdisciplina, la

que creer que el mundo se puede cambiar. Hay que estar en un lugar excéntrico, opuesto al orden establecido, fuera de todo." Piglia, Ricardo, *Crítica y ficción*, España, Anagrama, 2001, p. 102.

¹⁰⁰ "Los científicos se convierten en engranajes accionados por máquinas científicas de naciones superdesarrolladas; estas máquinas se han convertido en pares esenciales del aparato de la guerra; ese aparato figura ahora entre las causas primordiales de la guerra; sin científicos no habría sido posible crearlo ni sostenerlo. En consecuencia los científicos se convierten en valiosos e indispensables técnicos del ímpetu hacia la guerra." Careaga, Gabriel (comp.), *Los intelectuales y el poder*, México, SEP-SETENTAS, 1972, p. 24.

pluridisciplina y demás métodos para ensanchar las áreas o campos de conocimiento científico que comparten un mismo objeto de estudio.

Uno de los efectos más discutidos de la especialización es el de la reducción y estrechez de las áreas del conocimiento, que cada vez se alejan más de una visión universal y no fragmentada del conocimiento. Y es que con dicha especialización una visión general del mundo y del conocimiento se va mermando hasta casi desecharse por completo, asimismo se van conformando comunidades de conocimiento cerradas y de un lenguaje demasiado especializado/particularizado.

El hecho de que la especialización vaya afianzando maneras distintas de adquirir y de re/producir el conocimiento, ha generado, ciertamente, una serie de opiniones y apreciaciones divergentes sobre las ventajas y desventajas de dicho fenómeno. Por una parte, muchos críticos de la especialización consideran que ésta limita las capacidades críticas del intelectual, debido a la estrechez del área de conocimiento desde la que se analiza un fenómeno¹⁰¹. Said, por ejemplo, considera que la especialización provoca la incapacidad para concebir el conocimiento y el arte como una serie de opciones y decisiones, ya que la especialización sólo permite que se perciban en función de ciertas teorías o metodologías de un área muy reducida y limitada del conocimiento, es decir, la especialización va fragmentando el conocimiento en pequeñas islas que no mantienen relación alguna entre ellas. Por otra parte, autores como Heidulf

¹⁰¹ En la contemporaneidad tal parece que los intelectuales se han convertido en especialistas que han renunciado a una visión más amplia del mundo y de sus problemas. Autores como Benda, Said y Goldfrab ven la solución de dicho problema con el regreso del "intelectual total", aquél que no renuncia a ninguna materia del conocimiento. El "intelectual total" sería quien retomara la enseñanza básica que daba en Chartes el maestro Bernardo en el siglo XII: "Cuanto más disciplinas se conozcan y cuanto más profundamente se impregne uno de ellas, más plenamente se captará a la perfección de los autores (antiguos) y más claramente se los enseñará." Citado en Le Goff, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media*, España, Gedisa, 2001, p. 29.

Schmidt consideran que la irrupción del saber técnico y especializado implica el sometimiento a la “confrontación, al rigor y a la demanda de excelencia”¹⁰².

Los autores que trabajan los temas de profesionalización y especialización coinciden en que estos fenómenos han generado nuevas tensiones entre los campos intelectual, político y económico, sobre todo porque en la sociedad capitalista las alternativas o elecciones del campo político y económico se manifiestan por medio del apoyo (y casi siempre direccionamiento según algunos teóricos) de diversas investigaciones científicas y tecnológicas. Y siguiendo esta postura, Sartori¹⁰³ escribe que el problema del intelectual-experto¹⁰⁴ o intelectual-científico¹⁰⁵ reside en cómo el saber (quien sabe) se relaciona o deja de relacionarse con el poder (quien manda)¹⁰⁶.

Cabe destacar, en esta misma dirección, que en la actualidad ha surgido una nueva figura distinta de intelectual: el colectivo intelectual. Este tipo distinto de intelectual suele encontrarse relacionado con organizaciones, públicas o privadas, para las cuales lleva a cabo alguna investigación. Lo interesante del colectivo-intelectual es que a pesar de que los intelectuales que lo conforman son los sujetos éticamente perseguibles -cuando escribo esto me refiero a la responsabilidad que suele imputársele al intelectual debido al impacto de su obra

¹⁰²Schmidt, Heidulf, “Los intelectuales latinoamericanos: crisis, modernización y cambio” en Hengstenberg, Peter y Kohut, Karl, *Sociedad civil en América Latina: representación de intereses y gobernabilidad*, Venezuela, Editorial Nueva Sociedad, 1999, p. 366.

¹⁰³Sartori, Giovanni, *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, México, FCE, 1995, p. 328.

¹⁰⁴Sobre el intelectual-experto y la democracia, véase Fischer, Frank, *Citizens, Experts and the Environment: The politics of local knowledge*, Estados Unidos, Duke University Press, 2000.

¹⁰⁵Sobre el intelectual-científico, véase Feuer, Lewis Samuel, *The scientific Intellectual: The psychological and sociological origins of modern Science*, Estados Unidos, Transaction Publishers, 1991.

¹⁰⁶Sobre este forma de plantearse la relación entre intelectual y el poder, surgen varias interrogantes: ¿Acaso el trabajo intelectual deja de ser acertado por recibir una beca del gobierno o por ser patrocinado por una empresa? ¿La crítica de los intelectuales deja de ser valiosa cuando éstos tienen algún vínculo con cualquier tipo de poder, sea económico o político? ¿Se puede desestimar la obra de un autor que era financiado por una organización política sin que éste lo supiese? ¿Por qué se espera que el intelectual no tenga vínculos, al menos no directos y manifiestos, con el poder? ¿Por qué se espera que el intelectual, un sujeto que vive en y de la sociedad como cualquier otro miembro, tenga una conducta siempre virtuosa y objetiva?

en la política, la economía, la moral, etc.-, en la práctica se “termina eximiendo al científico individual de una eventual responsabilidad ética en relación al resultado colectivo alcanzado”¹⁰⁷.

Un ejemplo de que el intelectual-científico o colectivo intelectual no está atado a una “ética” particular que sí existe para otros intelectuales, es que los escritores Günter Grass y Erza Pound hayan padecido un grado mayor de “satanización” y desaprobación -el primero por apoyar la causa nazi y fascista con propaganda, y el segundo por haber sido un soldado entre miles del ejército de Hitler- que los miembros del proyecto *Manhattan*, encargados de construir las bombas *Little Boy* y *Fat Man*, que con algunos días de intervalo detonaron en Hiroshima y en Nagasaki. Tan es así, que poco se vincula o relaciona a grandes físicos como Robert Oppenheimer, Enrico Fermi, Edward Teller, Hans Bethe, Richard Feynman o John von Neumann con el desastre humano y ambiental que provocó el proyecto *Manhattan*¹⁰⁸.

Los teóricos que escriben sobre el riesgo dan una serie de ejemplos de los colectivos intelectuales que han sido eximidos de toda responsabilidad ética, después de que sus investigaciones resultaran perjudiciales para el medio ambiente o para la sociedad¹⁰⁹. La teoría del riesgo mucho ha servido para

¹⁰⁷ Maldonado, Tomás, *op. cit.*, p. 42.

¹⁰⁸ De este ejemplo surge una pregunta muy interesante: ¿Por qué, si el intelectual es un sujeto como cualquier otro, esperamos de él una conducta impecable, sin resbalones ideológicos, completamente objetivos y correctos?

¹⁰⁹ En la literatura se pueden encontrar innumerables textos que tienen como tema central la difícil relación entre la ciencia y la sociedad, pasando por los desastres provocados por la fijación de los científicos por cierta idea de progreso. Aquí algunos ejemplos: *En Corazón de perro*, Mijaíl Bulgákov, a través del relato de un perro callejero, nos plantea que las súbitas y radicales transformaciones que desea realizar la ciencia en pos del progreso y el desarrollo científico pueden culminar en el exterminio del ser humano: “El perro veía cosas terribles. Un hombre metía sus manos de resbaladizos guantes en un frasco, sacaba cerebros y... era un hombre insistente y empeinado, que quería lograr algo a toda costa, cortaba aquí, observaba, entornaba los ojos y canturreaba: -Hacia las orillas del Nilo sagrado...”, Bulgákov, Mijaíl, *Corazón de perro*, México, Lectorum, 2005, p. 188. Dostoievski en *Memorias del subsuelo*, al margen de los muchos aspectos positivos de la ciencia en la vida del ser humano, alerta sobre el mal uso que hace de ella el ser humano al caer en el delirio de suponer que a mayor progreso civilizador y más conocimiento

denunciar ciertas tareas de investigación, sobre todo aquellas pertenecientes a la investigación militar, en las que el condicionamiento del poder se transluce en toda su crudeza¹¹⁰. Por otro lado, podríamos considerar que este tipo de colectivo intelectual sin ninguna responsabilidad ética sobre su trabajo es sólo una nueva manera en las que se puede desarrollar el papel de intelectual. Tal vez sea que estos intelectuales, para bien o para mal, comienzan a vender sus artículos intelectuales sin reparar en implicaciones éticas. Con esto quiero decir que con la entrada del intelectual y su obra a la lógica de un mercado, que otorga cierta “despolitización” por cuestiones precisamente políticas y económicas, el intelectual y su trabajo se terminan convirtiendo en un producto, en eso y nada más. Y es que nadie en la contemporaneidad es tan incauto como para preguntarse por qué este u otro producto viene de países como Malasia, India, Taiwan... ya nadie se pregunta qué implica esto, menos a quién beneficia ni a quién perjudica. Si cada vez se discute menos lo que se tiene enfrente, lo evidente, lo material, menos se van a discutir las ideas, las cortinas de humo, lo evanescente.

Aquel intelectual que tiende a reubicarse en función de sus beneficios, sin “manchar” o ver cuestionada su probidad, es llamado por Mauricio Tenorio Trillo, “intelectual *free-lance*”, quien “a cada tiempo presente se dedica a re/elaborar su imagen y declara: «no, yo no dije eso», «escribí aquello, pero eran otros tiempos».”¹¹¹ La discusión sobre los colectivos intelectuales nos lleva a

científico, más desarrollado y progresista es el individuo. Por su parte, Julio Cortázar en su cuento “El tesoro de la juventud”, sueña con el retorno de una ciencia especializada como la de los aviones a las habilidades más básicas del ser humano como es caminar. Convirtiéndose así, los nadadores y peatones en la punta más alta de la pirámide científica. Cortázar, Julio, “El tesoro de la juventud” en *Último round*. Tomo I., México, Siglo XXI, 1986. Entre otros textos clásicos de la literatura que tratan el tema del científico están el *Dr. Faustus* de Philip Marlowe, *Fausto* de J. W. Goethe, *Frankenstein* de Mary Shelley, *La isla del Doctor Moreau* de H. G. Wells, entre otros.

¹¹⁰ A propósito del colectivo intelectual y de la cultura de los expertos en general, varios teóricos han denunciado la propensión a soslayar el control democrático del conocimiento y la privación a los ciudadanos de participar en la toma de decisiones que afectan su vida diaria.

¹¹¹ Tomás Maldonado plantea que hay una disponibilidad mayor a excusar los “errores políticos o morales” de poetas y novelistas como D’Annunzio, Pound, Benn, Hamsun, Jünger, Hauptmann y Céline que a pensadores o filósofos como Gentile.

cuestionarnos y a hacernos las siguientes preguntas íntimamente relacionadas con el tema de la autonomía intelectual:

¿Hasta qué momento los intelectuales (científicos, técnicos, expertos, etc.) pueden realizar una investigación sin culpabilizarse (o más bien responsabilizarse) a sí mismos por los resultados? ¿Es que ahora los intelectuales, como lo decía Mills, “en el terreno de lo moral se dejarán ir a la deriva”? Resulta acertada la observación de Tenorio Trillo sobre la inexistencia de ninguna forma oficial de *accountability* para los intelectuales. Tampoco existe, dice Tenorio, “una manera, por decirlo pedantemente, «societal» de llamarlos a cuentas”¹¹².

Todas estas cuestiones plantean un dilema: ¿Hasta dónde va la responsabilidad del intelectual? ¿Dónde se dibujan los límites de la autonomía? ¿El intelectual es responsable de lo que puedan provocar sus ideas, descubrimientos, tesis o trabajos? ¿Qué tan cerca *debe estar* del poder? ¿El intelectual debe preocuparse por su cercanía con el poder? Y en caso de que sea patrocinado de alguna manera (beca, premio, estímulo, etc.) o directamente relacionado con el poder, ¿su trabajo, sus ideas, sus críticas dejan de ser importantes, filosas, verdaderas, valiosas, objetivas, adecuadas, acertadas, legítimas, provechosas?¹¹³

¹¹² Tenorio Trillo, Mauricio, *De cómo ignorar*, México, FCE, 2000, p. 176.

¹¹³ Preguntas parecidas se plantea Rodríguez Ledesma al sumergirse en la reconstrucción que hace Frances Stonor de la forma en la que el espacio cultural fue un elemento muy importante para el enfrentamiento de las dos potencias surgidas después de la Segunda Guerra Mundial. Aquí algunas de esas preguntas: “Existe alguna frontera ética en el trabajo intelectual a partir de la cual el artista, el pensador o el científico, deja de ser responsable de la manera en la que su obra es utilizada por las diversas fuerzas sociales y sus inherentes intereses políticos? De ser así ¿qué marca ese límite? ¿Los intelectuales son completamente ajenos a tal devenir de su obra? ¿El que ciertas opiniones críticas o desarrollos artísticos sean usados por los distintos contendientes en el fragor de las disputas políticas, les resta o elimina la independencia y libertad con las que fueron escritos, esto es, afecta el valor en tanto trabajo intelectual? Luego entonces ¿es posible hablar de un ejercicio crítico realmente independiente?” Rodríguez Ledesma, Xavier, “Cultura, trabajo intelectual y política. La manipulación posible” en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, mayo-agosto, año/vol. XLVII, número 191, p. 113.

CAPÍTULO TRES. EL COMPROMISO: UN CAMPO INTELECTUAL QUE RECONOCE SUS RELACIONES CON LOS DEMÁS CAMPOS E INTENTA DELIMITAR SU FUNCIÓN, ALCANCES Y RESPONSABILIDADES

En el capítulo anterior se planteó que la obra intelectual en general es influenciada por lo social y a su vez ésta influye en lo social. Con esto se reconoce que todo saber y todo producto intelectual, como dicen Brunner y Flisfisch, “es un hecho social complejo, incorporado en circuitos de poder, inerte en tradiciones, institucionalizado, que fluye por redes de comunicación bien precisas, cuyos modos más generales de apropiación son transmisibles y se transmiten por vía de herencia cultural, y bajo cuyos presupuestos, aun los más abstractos, existe una historia de la conformación.”¹¹⁴ Partiendo de aquí, es más sencillo abordar el tema del compromiso, pues se ha dado un primer paso al aceptar que el campo intelectual tiene una relación importantísima e indiscutible con los demás campos sociales.

Antes de comenzar la discusión sobre lo que sucede con la idea del compromiso intelectual, resulta importante hacer una aclaración: debido a los contenidos del capítulo, se hará un cambio en la forma de exponerlos. La explicación y desarrollo de este capítulo, a diferencia de los anteriores, no se apoyará únicamente en agrupar en tipologías; ahora éstos serán un apoyo secundario que se ubicará en los apartados que se consideraron oportunos. Se hace esta aclaración porque en un primer vistazo del capítulo, pueden echarse de menos algunos esquemas explicativos del pensamiento de autores capitales como Jean-Paul Sartre, Raymond Aron, Maurice Merleau-Ponty y Régis Debray. No se han colocado porque no se analizan las definiciones ofrecidas por estos personajes de manera puntual. El pensamiento de estos autores sirve, en esta

¹¹⁴ Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Ángel, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura, Tomo I*, México, ANUIES/UAM-Azcapotzalco, 1989, p. 124.

ocasión más bien como contexto y desarrollo de los acontecimientos históricos que influirían en los estudios del intelectual¹¹⁵.

En las diversas reflexiones que se han hecho sobre los intelectuales, un lugar común es el referido al “dilema compromiso-distanciamiento” (compromiso con la sociedad/distanciamiento de la sociedad, dedicación única al pensamiento por el pensamiento) que pone en duda su identidad y su función. El vaivén del compromiso al distanciamiento ha sido interpretado la mayoría de las veces como síntoma de ambivalencia, de contradicción, de inestabilidad. Y es cierto que a primera vista las dos posturas parecen antagónicas (compromiso-distanciamiento), pero al analizar a fondo la figura del intelectual se cae en cuenta de que las interpretaciones que se hacen de éste no son del todo antagónicas, al contrario, están estrechamente unidas y ambas se han de considerar como auténticas. El tema del compromiso-distanciamiento ha sido trabajado por una inmensidad de autores entre los que destacan Norbert Elias, Lewis Coser, Edward Shils, Claudia Gilman, Norberto Bobbio, Régis Debray, Karl Mannheim, Max Horkheimer, Roger Chartier, Victoria Camps, entre muchos más. La reflexión sobre el tema de la responsabilidad o compromiso intelectual iniciará con una aproximación a las diversas posturas frente al tema, descubriendo de paso el carácter ambivalente del intelectual.

La tradición del intelectual comprometido suele ser esencialmente una herencia de la sociedad francesa, en la que existe una gran tradición de intervención pública de los intelectuales, donde se encuentra, según Ory y Sirinelli¹¹⁶, una línea genealógica *Zola-Benda-Sartre-Foucault-Bourdieu* que ha influido considerablemente en la forma de concebir el rol del intelectual en el resto del mundo. Esta escuela es la que ha influenciado en la manera de concebir al

¹¹⁵ En todo caso, en el anexo de la tesis se puede encontrar un cuadro que contiene las definiciones de los autores que se mencionan en este capítulo y así como otras no explícitamente usadas en el desarrollo de los capítulos.

¹¹⁶ Ory, Pascal y Sirinelli, Jean-François, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días, España*, Publicaciones de la Universitat de València, 2007.

intelectual en América Latina. Por otra parte, existe la tradición anglosajona en la que se suele pensar a los intelectuales más en un sentido irónico que con voluntad analítica. Sociedades anglosajonas, como la británica, consideran la intervención del intelectual en lo público como algo negativo para la sociedad¹¹⁷.

Es importante mencionar así, aunque sea someramente, las dos escuelas que se podría decir existen en cuanto estudio de los intelectuales: la anglosajona fija su atención en el intelectual-académico autónomo, cuya importancia se limita al *campus*, y la escuela francesa que considera que el intelectual ha de intervenir en lo público y, por tanto, le importa debatir los temas del compromiso y responsabilidad intelectuales. Este capítulo se limitará a las polémicas y debates que se dan dentro de la tradición o escuela francesa, pues la escuela anglosajona, al no parecerle tan relevante el vínculo que existe entre el intelectual-académico con la sociedad, restringe su estudio a aspectos muy puntuales y aislados -por ejemplo, la Academia, la Ciencia, la objetividad-, dejando de lado aspectos muy importantes que se encuentran relacionados con el trabajo intelectual, como son la economía, el poder, la política, etc¹¹⁸.

3.1. EL SURGIMIENTO DEL COMPROMISO INTELECTUAL MODERNO

Se considera que la palabra *intelligentsia* –tal y como la entendemos ahora- fue utilizada por primera vez a finales del siglo XIX por el escritor Borbokin, quien recurrió al término para referirse al grupo social que promovió la crítica al régimen

¹¹⁷ Incluso en las sociedades anglosajonas se tiene siempre una sospecha ante el intelectual. Sobre el antiintelectualismo, véase: Hofstadler, Richard, *Anti-intelectualismo en la vida norteamericana*, España, Tecnos, 1969.

¹¹⁸ Se puede pensar que la falta de interés y problematización de cuestiones como la idea de “compromiso” con la sociedad, por parte de los intelectuales en Estados Unidos, se debe, en buena medida, a que desde un inicio las fuentes de financiamiento de la academia estadounidense provienen del Estado, y por tanto, no se ha visto la relación entre el conocimiento y el poder como conflictiva, sino como algo natural. Para leer más sobre la academia estadounidense ligada al Estado, y la hipótesis de que la idea del excepcionalismo democrático estadounidense ha provocado que los enfoques de la ciencia social sean estimulados por la urgencia de guiar la acción política, véase: Vidal de la Rosa, Godofredo, *La ciencia policía estadounidense. Trayectoria de una disciplina*, México, Porrúa-UAM-A, 2006.

zarista. A pesar de que el calificativo “intelectual” es de reciente creación y utilización, muchas figuras de la Antigüedad y el Medievo entronan bastante bien con lo que hoy entendemos por intelectuales. En 1955, Raymond Aron argumentaba que en todas las sociedades han existido “escribas” (trabajadores de la administración pública y privada), “letrados o artistas” (encargados de transmitir y hacer “florecer” la herencia cultural) y “expertos” (consejeros que están a disposición de los “príncipes” o de los ricos). De igual manera, Norbert Elias identifica a los sacerdotes de la Antigua Sumeria y del Antiguo Egipto como antepasados del intelectual moderno. Dichos sacerdotes, a pesar de no poseer un conocimiento de tipo científico, eran los encargados de proporcionar los medios de orientación en el mundo, es decir, éstos se encargaban de desentrañar los misterios del mundo a través de explicaciones mítico-religiosas; “sabían cómo comunicarse con poderes invisibles, evitar sus malos designios, obtener su bendición mediante rituales, oraciones y sacrificios, sabían también lo que acontecía a la gente después de la muerte y cómo aliviar el miedo al castigo en el más allá por los delitos cometidos en esta vida.”¹¹⁹

Resulta evidente que desde la Antigüedad han existido intelectuales encargados de re/producir un sistema de ideas y medios de orientación en el mundo, pero la idea de “compromiso intelectual”, como ahora la concebimos, se forjó principalmente en las décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX. La figura del “intelectual comprometido” adquiere gran importancia en Europa a partir del *affaire* Dreyfus; y en América Latina la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam, la descolonización de África, entre otros acontecimientos, contribuyeron a una politización de los intelectuales (influenciados también por pensadores europeos como Sartre, Debray, Marcuse, Gramsci, Marx, Camus, etc.). Quisiera mencionar que, a pesar de haber decidido comenzar mis reflexiones a partir de los fenómenos históricos antedichos, estoy consciente de que hubo otros

¹¹⁹ Elias, Norbert, *Conocimiento y poder*, España, Las Ediciones de la Piqueta, s.f., p. 66.

acontecimientos que les antecedieron, hechos de gran importancia e impacto en la intelectualidad internacional como fue la Guerra Civil Española¹²⁰.

Para hacer más sencilla la explicación de las distintas maneras de ver al intelectual y su compromiso con la sociedad, hablaremos de la figura del intelectual que floreció y fue explotada en las décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado, y después hablaremos de una “nueva” idea del intelectual acompañado de un discurso democrático, moderado, crítico y, aparentemente, más distanciado. Quisiera recordar que las ideas, reflexiones y polémicas que en los siguientes apartados desarrollaré intentan ser solamente puntos de orientación dentro del estudio de los intelectuales, y por tanto, no son exhaustivas, se encargan únicamente de contextualizar no de seguir minuciosamente los debates y fenómenos históricos de la época¹²¹.

3.2. LA NOCIÓN DEL COMPROMISO A PARTIR DEL CASO DREYFUS: SARTRE Y LA POSTGUERRA, AMÉRICA LATINA Y LA REVOLUCIÓN CUBANA

El intelectual, como individuo comprometido con su sociedad y con su momento histórico, tiene uno de sus principales antecedentes en la Francia de finales de

¹²⁰ Incluso en la propia Cuba existieron diversos movimientos que antecedieron a la Revolución Cubana: “La formación de la intelectualidad en Cuba ha estado muy vinculada, desde principios del siglo XIX, a las circunstancias políticas del país. Ello se debió, en buena medida, a los procesos de emancipación como colonia y neocolonia, cuyos puntos de mayor violencia, antes de la Revolución de 1959, fueron las guerras de independencia de 1868 a 1878 y de 1895 a 1898, así como la movilización estudiantil que concluiría en rebelión obrera contra el gobierno de Gerardo Machado, de 1925 a 1933, cuyas demandas incluían tanto asuntos de orden interno como la abolición de la dependencia política y económica de Estados Unidos. En esta última confrontación, conocida como la “Revolución del 30”, el protagonismo de los intelectuales –poetas, periodistas, filósofos e historiadores- fue muy significativo, convirtiéndose varios de ellos en líderes políticos e ideológicos del movimiento social y, además, agregó un nuevo sentido ideológico a la discursividad liberadora y nacionalista de los intelectuales cubanos, que sería retomado con fuerza por la intelectualidad de la Revolución de 1959: el antiimperialismo.” Martínez Pérez, Liliana, *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba*, México, FLACSO-Porrúa, 2006, p. 12.

¹²¹ Por ejemplo, en torno al pensamiento de Jean-Paul Sartre, sólo expongo las primeras posiciones que tuvo sobre el tema del compromiso intelectual, aunque estoy consciente de que el debate no terminó ahí, ya que Sartre, a pesar de haberse resistido, finalmente denunció los abusos del stalinismo.

siglo XIX, específicamente en el *affaire* Dreyfus¹²², el cual vale la pena retomar ya que muchas han sido las lecturas y las conceptualizaciones que se han realizado de dicho acontecimiento.

A finales de 1894, el capitán Dreyfus, perseguido por los tribunales franceses en razón de su ascendencia judía, fue acusado de haber proporcionado a los alemanes documentos secretos y fue condenado a prisión perpetua en la Isla del Diablo (penal próximo a la Guyana Francesa). La polémica del *affaire* Dreyfus, como lo indica Tomás Maldonado, inicia con la publicación de la *Lettre á Félix Faure, Président de la République*, escrita por Émile Zola y publicada el 13 de enero de 1898¹²³. La denuncia hecha por la intelectualidad francesa¹²⁴ es

¹²² Para una imagen más amplia de la intelectualidad francesa a partir del caso Dreyfus revítese: Ory, Pascal, *Los intelectuales en Francia: del caso Dreyfus a nuestros días*, España, Universitat de València, 2007. Para una imagen más amplia del *affaire* Dreyfus revítese: Bredin, Jean-Denis, *L'Affaire*, Francia, Fayard, 1993; y Reinach, Joseph, *Histoire de l'affaire Dreyfus*, Francia, Charpentier et Fasquelle, 2006.

¹²³ Maldonado aclara que en la carta escrita por Zola nunca se utiliza la palabra intelectual, y que fue obra de George Clemenceau, director jefe del periódico *La Aurora literaria, artística, social*, el cambio del título original por el famoso "J'acuse". Para conocer dos iniciativas anteriores a la de Zola, revítese: Maldonado, Tomás, *¿Qué es un intelectual?: aventuras y desventuras de un rol*, España, Paidós, 1998, p. 14.

¹²⁴ A propósito de la intervención de la intelectualidad en el proceso del capitán Dreyfus, Lipset arroja una interesante observación: "Puede parecer que los intelectuales eran a veces bastante insensibles en lo tocante a la suerte personal de Dreyfus –a propósito éste era un hombre bastante ordinario que nunca entendió plenamente el papel simbólico que se le pedía que asumiera- pero esto es comprensible cuando nos damos cuenta que, para los intelectuales, el «*affaire*» Dreyfus trascendía en mucho al hombre Dreyfus". Lipset, Seymour Martin, *El hombre político. Las bases sociales de la política*, REI, México, 1993, p. 236. Vale la pena agregar que el caso Dreyfus tuvo también sus prominentes contrincantes como Maurice Barrès, quien manifestó tendencias profascistas y anti-intelectualistas: "Quizá lee usted una doble lista que cada día publica *L'Aurore*; algunos centenares de personajes afirman en ella en términos sinuosos su simpatía por el ex capitán Dreyfus. ¿No le parece que Clemenceau ha encontrado un vocablo excelente? ¿Sería la protesta de los intelectuales...! ¡Se está redactando el *Bottin* de la *élite*! ¿Quién no querrá figurar? ¡Bonita oportunidad! ¡Cuántos licenciados! Marchan en fila cerrada con sus profesores... Nada es peor que esas cuadrillas semiintelectuales. Una semicultura destruye el instinto sin sustituirla por una conciencia. Todos estos aristócratas del pensamiento tienen interés en afirmar que no piensan como la vil muchedumbre (...). Esos supuestos intelectuales son un desecho fatal en el esfuerzo intentado por la sociedad para crear una *élite*... esos genios mal crecidos, esos pobres espíritus envenenados, cuya colección nos ofrece *L'Aurore*, merecen una suerte de indulgente piedad, análoga a la que nos inspiran los conejillos de India a los cuales los maestros del laboratorio Pasteur comunican la rabia. Sin duda, esos desdichados animales deben ser muertos, o por lo menos guardados en jaulas sólidas, pero filosóficamente sería injusto maldecirlos. Su triste estado es condición indispensable del progreso científico. El perro descerebrado ha prestado servicios considerables a los estudios de psicofisiología, que tienen gran

considerada por muchos autores como la primera vez en la que escritores, artistas y científicos se unieron e intervinieron en la política como autoridad intelectual¹²⁵ (esto no significa que la modernidad haya sido la única matriz que produjo a los intelectuales, ya que las élites del conocimiento son muy viejas y siempre han existido movilizados de la opinión pública y productores de bienes simbólicos en todas las sociedades).

Se puede decir entonces que con la modernidad surge un tipo distinto de intelectual con otras características y posibilidades. El desarrollo del mercado, la transformación del Estado, la departamentalización del conocimiento, la consolidación de los medios de comunicación masiva como contribuyentes primordiales a la construcción de visiones del mundo a través del lenguaje, entre muchos otros fenómenos, permitieron la emergencia de un intelectual estrictamente ligado al espacio público, y por lo tanto a lo político y económico.

3.2.1 SARTRE Y LA POSTGUERRA

La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría son fenómenos cruciales para entender la historia reciente del mundo y, en este caso, las transformaciones de la figura del intelectual. El panorama de los países relacionados con los conflictos antedichos era diverso y contradictorio. Por ejemplo, Estados Unidos, que se había convertido en el “país de la libertad” y en el que un gran número de intelectuales europeos habían encontrado abrigo, también se encargaba de desatar una persecución encarnizada en contra de los que simpatizaban con las

porvenir...” Citado en Bodin, Louis, *Los intelectuales*, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1970, pp. 7-8. De igual manera, se puede revisar el texto de Émile Durkheim titulado “El individualismo y los intelectuales” contenido en *Lecciones de sociología*.

¹²⁵ Para dar seguimiento a la idea de la modernidad como “matriz social que produjo a los intelectuales”, consúltese: Vera, Héctor, “La clerecía del saber. Los intelectuales y la modernidad” en Guitián, Mónica y Zabudovsky (coord.), *Sociología y modernidad tardía: entre la tradición y los nuevos retos*, México, JP-UNAM, 2003.

ideas comunistas¹²⁶. Por otra parte, en Europa los grupos o partidos comunistas protegían a muchos intelectuales que estaban en contra del capitalismo “deshumanizador” y “corrupto”, pero a su vez reprimían fuertemente, en nombre del proletariado, a todo intelectual disidente, capaz de manifestar sus opiniones y críticas del poder establecido¹²⁷. Lo que compartían las distintas facciones era la convicción de que el control de las ideas era de suma importancia para ganar la guerra política.

En este contexto se genera un ambiente de gran movilización y de reflexión intelectual, y para el año de 1945 en Francia el tema del compromiso cobra una importancia capital. Ciertamente, como dicen Pascal Ory y Jean-François Sirinelli¹²⁸, en la década de 1930 ya se había observado escritores y artistas, unos en nombre del antifascismo y otros del anticomunismo, participar en la batalla política, pero es hasta 1945 que el compromiso del intelectual se convierte en uno de los grandes debates de la época. En el otoño de 1945, con la primera entrega de *Les Temps Modernes*, Jean Paul Sartre se convertiría a ojos de sus colegas y de la opinión pública en la figura emblemática del intelectual comprometido. Y es

¹²⁶ “... la doctrina del presidente Truman (A New World) se centraba ahora tanto en la carrera armamentística como en la lucha ideológica, con el objetivo de combatir en todos los terrenos la ideología comunista...” Picó, Josep y Pecourt, Juan, “El estudio de los intelectuales: una reflexión” en *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, España, Núm. 123, 2008, p. 47. Para leer más sobre el tema, véase: Stonor Saunders, Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*, España, Debate, 2001.

¹²⁷ “... en estos años de postguerra, el estalinismo reclutó una «nueva inteligencia» de centenares de miles de «funcionarios» que usufructuaban la Administración del Estado. Esta política requirió la eliminación del intelectual independiente o crítico y una gran simplificación de la doctrina marxista. El estalinismo no dejó ningún espacio para el intelectual autónomo. La «verdad» estaba en manos del Estado y no cabían otras lecturas de la realidad. Los disidentes eran internados en campos de concentración, psiquiátricos o simplemente ejecutados (Conquest, 1968). Solamente con la hemorragia de militares, después de la invasión de Hungría en 1956 y las revelaciones de Khrushchev en el Congreso del Partido de ese mismo año empezó el deshielo del Gulag, que se acentuó después de la invasión soviética a Checoslovaquia. Aquí comenzaron las desertiones, cuando no las expulsiones de algunos grandes nombres de la inteligencia comunista europea (Lefebvre, Sartre y otros), así como los manifiestos y las movilizaciones. Aunque en algunos países como la China de Mao, mucho más aislados, se retoma el concepto del intelectual orgánico (el intelectual completo) y su unión con los obreros y los campesinos para articular y alcanzar la hegemonía ideológica.” Picó, Josep y Pecourt, Juan, “El estudio de los intelectuales: una reflexión” en *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, España, Núm. 123, 2008, p. 48.

¹²⁸ Ory, Pascal y Sirinelli, Jean-François, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, España, Publicaciones de la Universitat de València, 2007.

que Sartre a través de *Les Temps Modernes* y sus libros -en especial *¿Qué es la literatura?*- forja la imagen del intelectual como un sujeto que no se circunscribe al saber técnico o específico del experto. El intelectual que propone Sartre es uno que asume su rol y su función social al convertirse en portavoz de la conciencia humanista y universal que va más allá de las naciones e ideologías. De esta manera, Sartre daría sustento filosófico al compromiso público adoptado por los intelectuales de izquierda de la época¹²⁹.

Gracias a lo ocurrido en Francia y a una serie de acontecimientos de importancia mundial (la guerra de Vietnam, la lucha por los derechos civiles de las minorías étnicas, la descolonización de África, etc.), en diversos lugares de Europa y de América Latina prosperó la idea del intelectual comprometido con la defensa de valores normativos abstractos (verdad, justicia, igualdad, libertad) y sobre todo con su momento histórico.

3.2.2. AMÉRICA LATINA Y LA REVOLUCIÓN CUBANA

Para el año de 1959 la situación en América Latina es muy complicada, se vive el autoritarismo, las condiciones de desigualdad en el trabajo de varios sectores, la intromisión de los Estados Unidos en los gobiernos (genocidios, patrocinio de

¹²⁹ En este tono, Mario Benedetti escribiría lo siguiente: «Hasta ahora los filósofos se han limitado a interpretar el mundo: de lo que se trata ahora es de transformarlo». En realidad, todas las interpretaciones están a nuestro alcance, en anaqueles propios o ajenos. El salto cualitativo que acaso corresponde al intelectual de hoy, es elegir de esas interpretaciones que otros llevaron a cabo (o de las interpretaciones que él mismo elucubre), aquella que haga más creíble y alcanzable la transformación. Pero no puede ni debe quedarse ahí; puede y debe ayudar a *transformarse*, que es un modo realista y generoso de ayudar a *transformarse*. Y para ello debe bajarse de la torre (o el altílo) de marfil, y meterse en el fragor de la calle, caminar codo con codo con el prójimo, y arrojar en un descuido su vanidad a la alcantarilla. Cuando su conciencia individual se ensanche tanto que pueda convertirse en conciencia colectiva; cuando se sienta más y mejor aludido si oye decir *pueblo* que cuando lo mencionan por su nombre, entonces sabrá que está metido hasta el pescuezo en la transformación, y aunque siga siendo un intelectual, y en tal condición contribuya al proceso, lo principal para él no será ese oficio (uno de tantos), sino el proceso mismo, en cuya culminación está esperando la propuesta de algún modo implícita en el planteamiento de Gramsci: que todos los hombres ejerzan algún día la función de intelectuales.» Benedetti, Mario, *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, México, Nueva Imagen, 1982, p.121-122.

golpes de Estado, espionaje, etc.) y la desigualdad provocada por los inicios de lo que se denominaría “capitalismo salvaje”. En esta situación, existen dos principales campos de relación política, social, psicológica con el poder: “las sensaciones de impotencia ante los regímenes autoritarios (casi todos) y la necesidad de oponerse frontalmente o a través de las dificultades, para decir la verdad. O la utopía lejana o la resignación que es por lo pronto oportunismo.”¹³⁰

Bajo un hálito de esperanza que alcanzaría después relatos míticos¹³¹, la revolución cubana triunfaría en 1959 tras tres años de lucha en la Sierra Maestra. El caudal de ilusiones que esto significó tenía muchas e importantes razones: la revolución deponía la dictadura de Fulgencio Batista apoyada por Estados Unidos; era conducida por Fidel Castro y un carisma irradiante extensivo a líderes como Camilo Cienfuegos y Ernesto Guevara; su definición socialista; el efectivo cambio de condiciones sociales, políticas y económicas en Cuba; la inspiración, a su efecto, de otros movimientos rebeldes en América Latina.

El esfuerzo cubano por abatir la pobreza, el analfabetismo y la desigualdad suscitaría, por otra parte, una fuerte y decidida adhesión no sólo de la intelectualidad latinoamericana. El horizonte de una patria y humanidad socialistas, el internacionalismo proletario, produciría, en efecto, un cercano diálogo entre revolución e intelectuales¹³².

¹³⁰ Monsiváis, Carlos, “De los intelectuales en América Latina” en *América Latina Hoy*, España, número 047, diciembre, 2007, p. 29.

¹³¹ Guevara, Ernesto, *Obra revolucionaria*, México, Ediciones Era, 1967.

¹³² En el mes de junio de 1961 se “ventilan” por primera vez las reglas del juego que regularían las relaciones entre los políticos y los intelectuales cubanos. En el discurso de Fidel Castro, conocido como “Palabras a los intelectuales”, se expresaron las demandas principales de los políticos revolucionarios a los intelectuales. “Allí, la frase «con la Revolución todo; contra la Revolución nada», a pesar de su aparente ambigüedad para los oídos de hoy, adquirió un significado preciso: los intelectuales y los artistas que aspiren a un lugar social, sin importar su credo o ideología, deben apoyar a la Revolución, de otro modo pasarán al anonimato.” Martínez Pérez, Liliana, *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba*, México, FLACSO-Porrúa, 2006, p. 36. Para leer más sobre las diversas censuras culturales que se dieron a partir de este discurso (“Palabras a los intelectuales”), revítese: Martínez Pérez, Liliana, “La revolución cultural” en *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba*, México, FLACSO-Porrúa, 2006.

A través de su principal organismo cultural, la Casa de las Américas, la Cuba de la década de 1960 cautivó a intelectuales de distintas latitudes, convirtiéndose en un lugar de reunión y encuentro para los intelectuales de los más diversos grupos socialistas. Pasaron por La Habana: Jean Paul Sartre, Pablo Neruda, Julio Cortázar, Oscar Lewis, Gabriel García Márquez, Mario Benedetti, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Italo Calvino, C. Wright Mills, Régis Debray, Micheal Löwy, Roque Dalton, Mario Vargas Llosa, Marguerite Duras, Miguel Ángel Asturias, Allen Ginsberg, Graham Greene, Aimé Césaire, Max Aub, entre muchos otros. Queda claro que fueron muchos los intelectuales latinoamericanos y europeos que se sumaron “a la experiencia cubana porque creían firmemente que su formato -guerrilla rural, derrocamiento de una dictadura, construcción de una sociedad igualitaria, democrática y libre¹³³- era aplicable a cualquier país de América latina y a muchos de Asia y África.”¹³⁴

Con el paso de los años se evidenció la burocratización del gobierno de Fidel Castro y a la par surgieron alternativas a la acción de los intelectuales, lo que provocó que aquel “pensamiento único de la izquierda” se hiciera astillas: “Una parte, convencida de la omnipotencia del capitalismo, defiende ya abiertamente las tesis del «mundo libre»; otros adoptan el radicalismo crítico que equilibra la lucha contra la desigualdad y la defensa de la libertad de expresión.”¹³⁵

Otro fenómeno que desgastó la imagen del intelectual comprometido fue el “Caso Padilla”. Aunque este hecho no haya sido el primero que evidenciaba la censura y la falta de crítica en el gobierno castrista, es considerado dentro de la literatura especializada sobre intelectuales como el fenómeno que terminó de dividir al conglomerado intelectual de izquierda.

¹³³ No todos los intelectuales que apoyaron la Revolución Cubana tenían las mismas motivaciones. Por ejemplo, “intelectuales como Jean Paul Sartre y C. Wright Mills, cuyas agendas estaban sumamente concentradas en lograr reformas dentro del sistema democrático, por parte de los gobiernos de John F. Kennedy y Charles de Gaulle, distaban mucho de desear una expansión mundial de comunismo.” Rojas, Rafael, “Anatomía del entusiasmo: la revolución como espectáculo de ideas” en *América Latina Hoy*, España, número 047, diciembre, 2007, p. 42.

¹³⁴ *Ídem.*

¹³⁵ Rojas, Rafael, *Ibíd.*, p. 30.

En el año de 1967, Fidel Castro en su discurso en el Encuentro de Intelectuales, comienza a lanzar campañas públicas en contra de los intelectuales que “traicionan” a la revolución. Y es en 1971 cuando en La Habana se detiene, se enjuicia y se obliga a confesar a Heberto Padilla, poeta crítico del gobierno de Castro y de la pesquisa en contra de los intelectuales. Este hecho moviliza a intelectuales latinoamericanos, europeos y estadounidenses. Semanas después de su arresto, Heberto Padilla se presentó en la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba para leer un texto en el que se atribuyó actividades contrarrevolucionarias y desacreditó su poemario *Fuera de juego* con el que había obtenido el Premio Nacional de Poesía de la UNEAC en 1968:

Quando he vuelto a repasar mentalmente fragmentos que escribí a saltos de esa novela, he sentido una vergüenza extraordinaria. Me parece inconcebible que yo hubiera podido pensar que ese mamotreto enfermizo, donde puse toda mi amargura, pudiera tener algún valor intelectual y humano.

No sólo eran políticamente negativos y sinuosos, no sólo reflejaban mis vacilaciones ideológicas y contrarrevolucionarias, sino que también expresaban un desencanto profundo en la vida, en la esperanza y la poesía de la vida. El hombre que escribió esas páginas era un hombre, que iba camino de su propia destrucción moral y física[...].¹³⁶

¹³⁶ Heberto Padilla citado por Monsiváis, Carlos, “De los intelectuales en América Latina” en *América Latina Hoy*, España, número 047, diciembre, 2007, p.31.

Diversas fueron las reacciones de la intelectualidad frente a este hecho¹³⁷ que obligó a revisar las ideas socialistas y los tipos de gobiernos que se habían construido bajo ese signo. Se hizo evidente también cómo la noción de compromiso intelectual se utilizó para solapar muchos de los problemas de la revolución y de los gobiernos socialistas. Muchos intelectuales se desilusionaron al comprobar la censura del gobierno castrista, y con el paso del tiempo también se develaron, apunta Monsiváis¹³⁸, los gobiernos represivos de Camboya, Vietnam, Corea del Norte y China. Las consecuencias de la burocratización del bloque socialista, los errores de la *perestroika*, el endurecimiento del régimen de Fidel Castro que apoya la invasión soviética de Hungría y la represión en China, las repercusiones del fracaso del régimen sandinista (que a pesar de haber derrotado en Nicaragua dictadura de Anastasio Somoza, inicia un proceso de descomposición y se agrava con los diversos signos de corrupción del primer gobierno de Daniel Ortega, etc.), fueron, entre otros, sucesos que abrieron intersticios y dudas en los procesos de cambio político que recibieron aval por parte de los intelectuales.¹³⁹

Con el cambio de percepción acerca de las condiciones democráticas y libertarias imperantes dentro de los países del denominado “socialismo realmente existente”, la noción del intelectual comprometido se fue desvaneciendo, al igual que los debates sobre la importancia de los intelectuales para el cambio político se fueron apagando. De esto se hablará más adelante. Ahora, después de haber

¹³⁷ Testimonios sobre la frustración y decepción de intelectual, en: Rojas, Rafael, “Anatomía del entusiasmo: la revolución como espectáculo de ideas” en *América Latina Hoy*, España, número 047, diciembre, pp. 40-42.

¹³⁸ Monsiváis, Carlos, “De los intelectuales en América Latina” en *América Latina Hoy*, España, número 047, diciembre, 2007, pp. 15-38.

¹³⁹ La revolución sandinista en Nicaragua, que en 1979 derrocó la dictadura de Anastasio Somoza, fue un ejemplo paradigmático de la cercanía y posterior deslinde de algunos intelectuales con este tipo de procesos. Sobre el particular, son conocidos los guiños a este proceso de Julio Cortázar (*Nicaragua tan violentamente dulce*, fue un título de Cortázar al que el gobierno sandinista respondería con la publicación *Queremos tanto a Julio. Veinte autores para Cortázar*), así como el importante lugar que Cortázar tendría en las memorias de guerrilla de Tomás Borge (*La Paciente Impaciencia*), segundo comandante sandinista. El posterior desencanto intelectual puede leerse, entre otros títulos, en *Adiós Muchachos*, de Sergio Ramírez.

descrito someramente los fenómenos que influyeron en la noción de intelectual y de su papel en la sociedad, desarrollemos un poco más sobre la idea del compromiso intelectual durante las décadas de 1960 y 1970.

3.2.3. EL DEBATE SOBRE EL COMPROMISO INTELECTUAL DURANTE LAS DÉCADAS DE 1960 Y 1970

Los hechos históricos mencionados anteriormente dieron pie a una serie de interesantes discusiones y pugnas en torno al compromiso intelectual, inclusive, como lo menciona Claudia Gilman, la noción de compromiso se convirtió en un *concepto-paraguas* bajo el que se envolvía los demás atributos del intelectual.

En dicho ambiente de “politización revolucionaria” se fraguó una serie de ideas y compromisos que cualquiera que se nombrase intelectual debía seguir. Al intelectual de la época se le exigía ser una especie de justiciero que denunciara los vicios de una sociedad dominada por el mercado, por los intereses políticos y económicos de unos pocos. Tomemos como ejemplo, aunque sea someramente, el caso latinoamericano. En el año de 1966, Tourcuato Di Tella, al igual que muchos otros teóricos, consideraba que la “revolución leninista” era uno de los caminos más claros que podía seguir el intelectual latinoamericano. Los intelectuales, en el caso de querer seguir el camino de la “revolución leninista”, participaban “en la dirección de un partido revolucionario, compartiendo esa dirección con otros revolucionarios profesionales o activistas de variada extracción social”¹⁴⁰, haciendo frente al poder militar. De igual manera, Di Tella propuso que los intelectuales se infiltraran en algún partido político para poco a poco ir tomando el poder de éste; a dicha “estrategia” la llamó “copamiento de un partido”.¹⁴¹

¹⁴⁰ Di Tella, Tourcuato, “La función política de la *intelligentsia* latinoamericana” en Juan F. Marsal (coord.), *Los intelectuales políticos*, Argentina, Nueva Visión, 1971, p. 328.

¹⁴¹ Resulta importante mencionar que en el contexto del intelectual como “faro-guía”, “gestor privilegiado del sol futuro” o revolucionario, surge un tema de gran interés, pero de difícil interpretación: el encanto que los partidos políticos, especialmente los de izquierda, han ejercido

Pero más allá de una “revolución leninista” o del “copamiento de partido”, hacia la década de 1960 lo que realmente se gestó en Latinoamérica fue un frente común de intelectuales que compartían principios estéticos e ideológicos, pero sobre todo, tenían la misma “convicción de una identidad común basada en América Latina”.¹⁴² Claudia Gilman, en su libro *Entre la pluma y el fusil, Debates y dilemas del escritor revolucionario de América Latina*, destaca lo importante que fue la sociabilidad, es decir, la creación de redes de conocimiento, para la institucionalización de dicha comunidad intelectual:

“La comunidad intelectual se caracterizó por anudar una fuerte trama de relaciones personales entre escritores y críticos del continente, trama lo suficientemente poderosa como para producir efectos tanto sobre las modalidades de la crítica profesional como sobre las alianzas y divergencias e incluso consagraciones literarias.”¹⁴³

El surgimiento de dicha comunidad intelectual influyó en la génesis de toda creación artística. Por ejemplo, tanto a los escritores como a los artistas “se les incitó o se les obligó a renunciar al aislamiento, a esa soledad en que suele nacer la obra artística. Y se les incitó a escribir inmersos en actividades colectivas sometiendo permanentemente aquello que escribían a una participación de los demás.”¹⁴⁴ De igual manera, la idea de la responsabilidad y compromiso

sobre los intelectuales. Para una imagen general de la influencia de la “idea comunista” y la integración al Partido Comunista por parte de los intelectuales véase el amplio trabajo de François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, FCE, México, 1999. En especial revítese los siguientes capítulos: “El embrujo universal de octubre”, “El socialismo en un solo país” y “El comunismo de la Guerra Fría”.

¹⁴² “Desde 1960 existieron varios intentos por organizar una comunidad intelectual latinoamericana, en un sentido a la vez gremial y político. Desde el encuentro de escritores de América en Concepción, Chile (1960), pasando por el encuentro de Génova (1965), el proyecto de comunidad latinoamericana de escritores promulgado en el Primer Congreso Latinoamericano de Escritores (Arica, Chile, 1966), el Segundo Congreso Latinoamericano de escritores (México, 1967), el XIII Congreso Interamericano de Literatura (Caracas, 1967), hasta las múltiples reuniones y encuentros en La Habana.” Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil, Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Argentina, Siglo XXI, 2003, p. 104.

¹⁴³ Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Argentina, Siglo XXI, 2003, p. 104.

¹⁴⁴ Vargas Llosa, Mario, *Literatura y política*, México, Ariel, 2001, p. 46.

intelectuales transformó la concepción de “intelectual”, convirtiéndolo en un sujeto con obligaciones y compromisos sociales muy claros: utilizar la literatura como instrumento de acción política y social para transformar la realidad.¹⁴⁵

Un ejemplo de dicha tendencia es la definición elaborada por Hopenhayn que se presenta a continuación:

El papel del intelectual es el de rasgar la herida y sangrar por ella. Él debe insistir en los principales conflictos irresueltos de nuestro mundo periférico: la miseria, la inequidad, la falta de solidaridad desde los integrados hacia los marginados. El intelectual tiene que iluminar las brechas para que se vean: brecha entre los discursos de modernización eufórica y las realidades miserables que se viven en los extramuros de las ciudades, en las zonas rurales, en las cárceles y los manicomios; brecha entre la estética aséptica del mall y del videogame, y las condiciones insalubre que se viven en los conventillos y las favelas; brecha entre el éxtasis informativo y la tremenda alienación de quienes viven solos y quienes se quedaron pegados frente al monitor.¹⁴⁶

En estas décadas de 1960 y 1970 el compromiso en las artes, especialmente en la literatura, no era uno de los elementos que lo componían, sino su función de ser. Influenciados por el pensamiento de Jean-Paul Sartre,

¹⁴⁵ “Aunque traten de mariposas y nubes y duendes y pescaditos (escribía Mario Benedetti en un poema, *Soy un caso perdido*, paradigmático de la politización del intelectual), lo más probable es que siga escribiendo cuentos y poemas y ensayos y canciones y novelas no neutrales (...) soy parcial, más aún yo diría que un parcial irrecatable”. Benedetti, Mario, *Inventario*, México, Nueva Imagen, 1989, p. 114.

¹⁴⁶ Citado por Schmidt, Heidulf en “Los intelectuales latinoamericanos: crisis, modernización y cambio” en Hengstenberg, Peter y Kohut, Karl, *Sociedad civil en América Latina: representación de intereses y gobernabilidad*, Venezuela, Editorial Nueva Sociedad, 1999, p. 367.

Albert Camus, Raymond Aron, Karl Marx, Antonio Gramsci, C. Wright Mills, Régis Debray, Maurice Merleau-Ponty, numerosos intelectuales latinoamericanos trufaron de política sus obras, estableciendo una esencial ligazón entre política y arte. Mario Vargas Llosa nos habla de dicho espíritu de la época que se caracterizaba por vincular el ejercicio literario con el ejercicio político:

La política y la literatura parecían absolutamente asociadas, aunque fueran distintas, en una empresa común. Escribir era actuar: a través de los cuentos, de las novelas, de los poemas, uno ejercía su condición de ciudadano, de miembro de una comunidad que tiene la obligación social y cívica de participar en el debate y la solución de los problemas de su sociedad.¹⁴⁷

En los numerosos encuentros entre artistas latinoamericanos que se dieron a lo largo de la década de 1960¹⁴⁸, se discutía básicamente el compromiso del escritor, la obra artística y sus obligaciones con la sociedad. En dichos encuentros se aglutinaban los diversos grupos de izquierda latinoamericanos con ideales claros e irreductibles, por lo que se respiraba un aire de politización generalizada. Y es que, como apuntan González Alcantud y Robles Egea, “muy relevante fue la influencia del comunismo en la difusión de la idea del intelectual comprometido como instrumento ideológico al servicio de la revolución.”¹⁴⁹

Ernesto Sabato describe un poco dicha atmósfera politizada: “La gran mayoría de los latinoamericanos se pronunciaban, en análisis teóricos, por una literatura comprometida, y, en casi todos ellos, por una literatura comprometida en

¹⁴⁷ Vargas Llosa, Mario, *op. cit.*, pp. 47-48. A propósito del compromiso y el “espíritu de la época”, Vargas Llosa apunta: “Vistas desde la actualidad esas ideas parecen muy remotas, prehistóricas y, sin embargo, ese era el aire de la época, lo que unía a escritores de muy distintas culturas, de muy distintos países e incluso, como dije, de divergentes posiciones políticas”, Vargas Llosa, Mario, *Literatura y política*, México, Ariel, 2001, pp. 49-50.

¹⁴⁸ El Primer encuentro de Escritores se realizó el 17 de enero de 1960 en Concepción, Chile.

¹⁴⁹ González Alcantud, José Antonio y Robles Egea, Antonio, “El intelectual entre dos siglos: profetismo, compromiso, profesionalidad” en González Alcantud, J.A. y Robles Egea, A. (eds.), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis del fin de siglo*, España, Antrhopos, 2000, p. 11.

el sentido más estrictamente social y político.”¹⁵⁰ Como era de esperarse, aquellos que no estaban del todo “contagiados” de esa fiebre de compromiso, que defendían un “arte puro” y que además no deseaban adherirse a ningún tipo de grupo político-intelectual, eran censurados y cuestionados con agresividad¹⁵¹. Y no podía esperarse una reacción distinta por parte de los escritores “comprometidos”, éstos no podían dejar de ver con cierto recelo a sus colegas que defendían el arte por el arte, porque incluso ellos mismos se cuestionaban su función como escritores comprometidos¹⁵². Por ejemplo, había escritores como el peruano Sebastián Salazar Bondy, que se preguntaban incluso “si no era más digno dejar de escribir poemas o novelas para lisa y llanamente unirse a la lucha por la liberación de la América Latina en una tarea militante.”¹⁵³ Entonces no se trataba solamente de que la obra del intelectual estuviera socialmente comprometida, sino que también el intelectual, el individuo, el autor había de comprometerse con

¹⁵⁰ Citado en Gilman, Claudia, *op. cit.*, p. 108.

¹⁵¹ El tema del compromiso y los supuestos “grados de compromiso” generó tensiones y censura entre los propios escritores. Como ejemplo valdría la pena recordar el distanciamiento que se dio entre Sartre y Camus explicado por Herbert R. Lottman: “En la ruptura entre Sartre y Camus, a propósito de la publicación de *El hombre rebelde* por este último, se contempla una vez más que el problema del compromiso no es tanto el acuerdo coherente entre la acción individual y el compromiso ético con la colectividad como la adhesión a un grupo de presión intelectual determinado. Sartre rechaza a Camus por la inclinación de éste a descomprometerse del marxismo, compromiso al cual previamente había llegado sin mucha convicción”. Citado en: González Alcantud, J.A. y Robles Egea, A. (eds.), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis del fin de siglo*, Anthopos, 2000, España, p. 12

¹⁵² Claudia Gilman plantea el surgimiento de una segunda figura del intelectual comprometido a partir de los años 1966–1968, años en los que las figuras del crítico, el ideólogo y el militante o revolucionario dejaron de conformar un mismo concepto de intelectual comprometido. “Esta complementariedad de figuras diversas configuró un momento particular de la historia intelectual del continente latinoamericano que puede darse por terminada hacia 1966-1968 cuando, a partir de una nueva constelación de coyunturas, la legitimidad de la figura intelectual fue disputada, ya a favor del intelectual como conciencia crítica de la sociedad (una suerte de ideal residual), ya a favor del intelectual-revolucionario. Esta segunda figura de intelectual emergente comenzó a cuestionar la legitimidad de la agenda cultural que había sido productiva y hasta exitosa en la primera mitad de los años sesenta. Hasta mediados de la época, la politización de los intelectuales se expresó con una notación: el compromiso. Esa noción no involucraba un programa de acción concreto ni era fácilmente definible. El mayor problema de acción concreto era el deslizamiento entre dos polos: compromiso de la obra y compromiso del autor. El compromiso de la obra involucraba un hacer específico en el campo de la cultura y en los programas estéticos, aunque las fundamentaciones sobre cómo se trasladaba a la obra una supuesta estética del compromiso no fueron unánimes.” Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Argentina, Siglo XXI, 2003, pp. 143-144.

¹⁵³ Gilman, Claudia, *op. cit.* p. 108.

alguna lucha social¹⁵⁴, afiliarse a algún partido político, participar en las marchas, e incluso, considerar seriamente dejar la pluma y tomar un fusil para combatir en la guerrilla¹⁵⁵.

En síntesis, se podría decir que a lo largo de las décadas de 1960 y 1970 los diversos congresos, encuentros y reuniones entre intelectuales se convirtieron en el espacio de discusión sobre las formas de intervención intelectual y estética apropiadas para propagar las posibilidades revolucionarias en toda América Latina¹⁵⁶ y Europa. Quizá sea en este periodo en el que más se ha cuestionado y reflexionado sobre la naturaleza, labor y características de intelectual; y es que en dicho momento histórico al intelectual se le asignaba un papel de capital importancia en los procesos sociales, un papel bastante distinto al que actualmente se le otorga.

Gracias al océano de artículos, teorías, libros, conferencias y manifiestos en torno al intelectual, muchas de las nociones de la época dejaron una marca

¹⁵⁴ Se podría decir que en México el vínculo que establecen los intelectuales con la política a través de políticas públicas y culturales viene desde el grupo de los Contemporáneos y el nacionalismo. Cuesta y Abreú, Lombardo y Antonio Caso, formaron parte de este movimiento. Sobre los Contemporáneos, revítese: Sheridan, Guillermo, *Los Contemporáneos ayer*, México, FCE, 1985. Asimismo, el debate sobre el arte comprometido no era ajeno a México. Ejemplo de esto fueron los muralistas mexicanos representados por Diego Rivera que abogaban por una modalidad política-pictórica (es decir, el arte debía tener un contenido político y ser realista) en contraposición con otro muralista mexicano, Rufino Tamayo, que defendió la autonomía del arte. Sobre este tema, véase, Alba, Víctor, *Coloquios de Coyoacán con Rufino Tamayo*, México, Calamus, 2006. El movimiento estridentista de Veracruz también vinculó cultura y poder. Sobre el estridentismo, véase: Pape, Silvia, *Estridentópolis: urbanización y montaje*, México, UAM-A, 2006. Quisiera mencionar también la invitación que hizo, en su discurso inaugural como rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, José Vasconcelos a los intelectuales y a los universitarios para que pusieran sus conocimientos al servicio de las causas populares. Vasconcelos consideraba que los intelectuales debían acercarse a las masas y asumir su papel de conducto para aprovechar los conocimientos que son inaccesibles para la mayoría de los habitantes.

¹⁵⁵ Mario Benedetti hizo una antología titulada *Poesía trunca. Poesía latinoamericana revolucionaria*, que incluye a veintiocho poetas latinoamericanos (Roque Dalton, Otto René Castillo, Mónica Ertl, Víctor Jara, Ricardo Morales, Francisco Urondo, etc.) que dieron sus vidas por la “causa revolucionaria”, y en la que la mayoría de ellos murieron en plena juventud.

¹⁵⁶ Rafael Rojas escribe sobre el impacto que tuvo la Revolución Cubana como evento ideológico de la izquierda latinoamericana, estadounidense y europea, en el pensamiento intelectual de diversos autores de la época. Véase: Rojas, Rafael, “Anatomía del entusiasmo: La revolución como espectáculo de ideas”, en la revista *América Latina hoy*, 47, 2007, pp. 39-53.

indeleble en las definiciones contemporáneas del intelectual, y en ocasiones se arrastra inevitablemente una idea de cómo *debe ser* el intelectual, lo que imposibilita percatarnos de lo mucho que han cambiado los intelectuales con el paso de las décadas. Estas definiciones heredadas de intelectual no se adaptan del todo a la realidad contemporánea, quizá ni siquiera se adaptaban a la realidad en la que fueron concebidas, pues insisten en preservar aquel carácter revolucionario-profético gestado en un momento histórico muy particular. Veamos algunas de estas definiciones en el siguiente cuadro:

Autor *	Definición
Karl Mannheim	Los intelectuales desempeñan el papel de “centinelas” en lo que, sin ellos, sería una noche de impenetrables tinieblas.
Miguel Palacios Macedo	El intelectual es como un profeta llamado a decir la verdad y examinar lo que existe en cada país.
Edward Shils	Es el encargado de ubicar, explicar y tratar de controlar la ocurrencia del mal.
Max Horkheimer	La posibilidad de una visión de conjunto más amplia ha de ser constitutiva de la <i>intelligentsia</i> , es decir, una especial clase social o, inclusive suprasocial. Si la misión del teórico crítico es reducir la discrepancia entre su comprensión y la de la humanidad oprimida para la cual él piensa, en aquel concepto sociológico el volar por encima de las clases llega a ser el rasgo esencial de la <i>intelligentsia</i> , una especie de privilegio del cual ella se enorgullece.
Josep Picó	Guardián de los valores culturales y de la innovación. Moralista que ejerce la guía espiritual sobre lo bueno y lo malo.

* **Karl Mannheim:** Mannheim, Karl, *Ideología y utopía*, México, FCE, 2004.

Miguel Palacios Macedo: Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el estado en el México del Siglo XX*, México, FCE, 1995.

Edward Shils: Shils, Edward, *Los intelectuales en las sociedades modernas*, México, DIMELISA, 1976; Shils, Edward, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, México, Ediciones 3 tiempos, 1976.

Mark Horkheimer: Horkheimer, Max, *Teoría crítica*, Argentina, Amorrortu, 2003.

Josep Picó: Picó, Josep, *Cultura y modernidad: seducciones y desengaños de la cultura moderna*, España, Alianza, 1999.

Los intelectuales como guías y profetas se aprecian en las definiciones de Karl Mannheim, Miguel Palacios Macedo, Edward Shils, Max Horkheimer y Josep Picó. En estas definiciones, el intelectual parece ser un sujeto que forma parte de un “clase suprasocial” (Horkheimer) que ilumina (Mannheim), dice la “Verdad” (Palacios Macedo) y guía “sobre todo lo bueno y lo malo” (Picó). Esta visión del intelectual como profeta es difícil de sostener y defender actualmente, pues ahora los análisis en torno a los intelectuales toman en cuenta una serie de condiciones sociales, ataduras con lo económico y lo político, el *habitus*, las luchas dentro del campo intelectual, etc., lo que de alguna manera u otra mundaniza el lugar de los intelectuales y vuelve indiscutible su papel en el gran sistema social. De esta manera el intelectual pierde esa “aura profética” que se le otorgaba, y deja de enunciar: “Mi reino no es de este mundo”.

Por otro lado, las definiciones de R. del Águila y Coser fortalecen la noción de un intelectual entregado a su compromiso con conceptos inasibles y universales como: la razón, la justicia, la verdad, los débiles, las víctimas, la racionalidad, etc. Estas definiciones son difíciles de tomar en cuenta para un análisis de los intelectuales en una contemporaneidad en la que la única certeza es la incertidumbre, el único sentido el sinsentido y la única verdad es que no existe la verdad absoluta. Gracias a esta manera distinta de contemplar el mundo, se tiene claro que, como lo menciona Follari en el caso específico del intelectual académico, “en tanto los intelectuales se mueven con el aura de defender desinteresadamente lo universal (...), suelen disimular sus intereses específicos dentro del campo en que actúan -el académico en sus distintas vertientes disciplinarias- bajo el argumento de estar al servicio de intereses superiores y colectivos.”¹⁵⁷ Ya no se pueden ocultar en una zona oscura las redes de poder y

¹⁵⁷ Follari, Roberto A., *La selva académica. Los silenciados laberintos de los intelectuales en la universidad*, Argentina, Homo Sapiens Ediciones, p. 33.

las instituciones que se encuentran detrás del intelectual que se declara en pos de la igualdad, la verdad, etc.

Autor *	Definición
Rafael del Águila	El intelectual tiene un compromiso con la verdad, la justicia, la racionalidad, la autenticidad de raíces, las víctimas y los débiles.
Lewis Coser	El intelectual es el guardián especial de ideas abstractas y normas morales: la razón, la justicia y la verdad.

En un tercer grupo de nociones de intelectual heredadas por las décadas de 1960 y 1970 se pueden ubicar las de Supercaseaux y Suárez Iñiguez. En estas definiciones apreciamos a un intelectual que al estar comprometido con ideales universales y grandes conceptos (justicia, igualdad, la verdad, la razón, etc.), decide no sólo salvaguardar estos ideales a través de la reflexión, la escritura y la difusión de sus ideas, sino que desea también “crear alternativas, posibilidades de la realidad distintas a las existentes” (Supercaseaux); en pocas palabras, su labor consiste en “modificar su realidad” (Suárez). Estas definiciones, aunque no llegan a ser tan radicales y son más bien abstractas y no dan una idea de cómo conseguir lo que se proponen, se asemejan en el fondo al cuestionamiento y a la preocupación de Sebastián Salazar Bondy que se mencionó anteriormente.

* **Rafael del Águila:** Águila, Rafael del, “Una crítica al intelectual comprometido. El caso de Sócrates hoy” en Águila, Rafael del (coord.), *Los intelectuales y la política*, España, editorial Pablo Iglesias, 2003.

Lewis A. Coser: Coser, Lewis, *Hombre de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, FCE, 1973; Coser, Lewis A., “Los diferentes roles de los intelectuales en Francia, Inglaterra y Estados Unidos en la actualidad” en Marsal, Juan F., *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, Argentina, Instituto Torcuato di Tella, 1970.

Autor *	Definición
Bernardo Supercaseaux	Crea alternativas, posibilidades de la realidad distintas a las existentes.
Enrique Suárez Iñiguez	El intelectual humanista es aquél que analiza la realidad histórica, social, política, económica, cultural y que, una vez analizada, adquiere un compromiso: modificar su realidad.

Estas definiciones y nociones coinciden en algún punto u otro con la ideología de una época previa, que como se ha mencionado, aportó mucho al estudio de los intelectuales, pero que actualmente resultan algo cortas para ahondar en la complejidad que es el intelectual inmerso en los procesos de globalización, en la especialización, en la departamentalización, en la profesionalización y en la cultura de masas.

Por ejemplo, aquí se enlistan algunos de los numerosos fenómenos que estas definiciones y esquemas de análisis no toman en cuenta, y por tanto, no pueden explicar:

- La producción de los certificados de estudios está íntimamente relacionada con las necesidades del mercado¹⁵⁸.
- La profesionalización delimita al intelectual y los alcances de su trabajo a las necesidades otros campos (económico, político, etc.).

* **Bernardo Supercaseaux:** Citado en Schmidt, Heidful, "Los intelectuales latinoamericanos: crisis, modernización y cambio", p. 366, en Hengstenberg, Peter (ed.), *Sociedad civil en América Latina: representación de intereses y gobernabilidad*, Venezuela, Nueva sociedad, 1999.

Enrique Suárez-Iñiguez: Suárez-Iñiguez, E., *El papel de los intelectuales*, México, FCPyS, 1989; Suárez-Iñiguez, E., *Los intelectuales en México*, México, El caballito, 1980.

¹⁵⁸ J.J. Brunner pone a discusión este fenómeno cuando nos dice que "la producción de certificados es un proceso a través del cual la educación se entrelaza con procesos de poder e intercambio. A la vez que supone la existencia de demandas exteriores, responde asimismo a una «lógica propia del sistema de enseñanza»: en suma, los certificados surgen históricamente en los puntos de articulación entre el sistema educacional y el sistema social." Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Ángel, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura, Tomo I*, México, ANUIES/UAM-Azcapotzalco, 1989, p. 137.

- La especialización y la departamentalización de las diversas áreas de conocimiento elimina muchas veces la posibilidad de elaborar análisis globales, síntesis de problemáticas amplias y disminuye la posibilidad de una crítica general.
- Con el desarrollo de los medios de comunicación masiva y la continua importancia de las audiencias, las revistas de discusión, debate, crítica y pensamiento, han perdido importancia frente a la prensa, la radio y la televisión.
- Surgen colectivos intelectuales que hacen investigaciones por encargo de organizaciones públicas o privadas, fenómeno que curiosamente no pone en jaque la ética de los integrantes del colectivo, como hubiera sucedido en la década de los años 1960 y 1970.

Como se indicó anteriormente, estos son sólo algunos de los fenómenos que no se contemplan en las definiciones y análisis de intelectuales que se realizaron durante la década de 1960 y 1970. Estos temas, presumo, no se tomaron en cuenta en buena medida porque la noción de compromiso eclipsó cualquier otra preocupación o fenómeno, y además porque muchas de las actuales funciones, estilos, actividades y nociones no existían o apenas estaban vislumbrándose.

3.3. EI COMPROMISO DESPUÉS DEL ARREBATO REVOLUCIONARIO, EL OCASO DEL SIGLO XX

A fines del siglo XX, con la progresiva especialización, profesionalización y tecnificación, con el surgimiento de una nueva lógica del mercado, con la decepción y el desencanto provocado por el fallecimiento de las utopías de inicios y mediados del siglo XX y con la transformación del conocimiento en una mercancía barata, surgió una gama distinta de intelectuales y con ellos otra noción

de compromiso intelectual. Como consecuencia de todos estos cambios, el intelectual se ha tenido que adaptar a otra época, intereses y horizontes diferentes. Por estos virajes, el intelectual se ve desterrado casi por completo del espacio público, y las veces que participa de esta esfera lo hace bajo los términos de los medios de comunicación masiva, o suele aparecer como un simple consultor que va hablar en calidad de especialista, ya no como dirigente de opinión, ya no como una persona que salvaguarda los valores más inapreciables de una sociedad (integridad, moral, ética, conocimiento, etc.).

En este nuevo espacio público, el diálogo entre intelectuales se empobrece casi hasta llegar al mutismo. Gracias a la *politesse* y la corrección política contemporáneas, dentro del campo intelectual se estila una mutua indiferencia¹⁵⁹. En una nueva época los nuevos intelectuales, como bien lo describe Rodríguez Ledesma, “parecen habitar un laberinto donde su soledad queda más manifiesta que nunca. Su aguda crítica toma como objetivo sólo ciertos contenidos, se vuelve sesgada por definición, calla frente a temas incómodos.”¹⁶⁰

De igual manera, en el actual escenario, la figura del intelectual es cuestionada, se deja de dar por sentado el valor capital del intelectual en la sociedad que se le había otorgado anteriormente. Ahora, apunta Lechner, “en una sociedad de mercado también su quehacer está condicionado por criterios de utilidad y rentabilidad a corto plazo. El conocimiento instrumental desplaza al pensamiento gratuito, típico de la anterior figura del intelectual.”¹⁶¹ Un ejemplo de esto es que, como lo menciona Richard Hofstadter, en buena medida la entrada del intelectual a la esfera pública contemporánea se da cuando éstos actúan como

¹⁵⁹ Resultan sumamente acertadas las siguientes observaciones de Ricardio Piglia sobre la “politesse” y corrección política del intelectual contemporáneo: “Los intelectuales hablan como si fueran ministros. Se habla de la realidad con el cuidado y cálculo y el tipo de compromiso y el estilo involuntariamente paródico que usan los que ejercen directamente el poder.” Piglia, Ricardo, *Crítica y Ficción*, España, Anagrama, 2001, p. 103.

¹⁶⁰ Rodríguez Ledesma, Xavier, “Silencios intelectuales. La crítica en tiempos de crisis” en *Metapolítica*, México, vol. 13, número 66, septiembre - octubre 2009, p. 91.

¹⁶¹ Lechner, Norbert, “Intelectuales y política: nuevo contexto nuevos desafíos” en Baca Olamendi, Laura (comp.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX, Tomo II*, México, Flacso, 1997, p. 415.

expertos o ideólogos¹⁶². El intelectual, en calidad de experto, se mezcla en asuntos públicos, lo cual, según Hofstadter, lo hace vulnerable a “la ética baja” que predomina en la política y a la “desconsideración por la privacidad” que reina en la sociedad contemporánea. Lo que sugiere el planteamiento de Hofstadter es que el intelectual, al encontrarse dentro del espacio público, se ve presionado y enredado en otra serie de juegos de poder, de reconocimiento, de legitimidad, distintos a los de su campo de origen, el campo intelectual. Se podría decir que el intelectual se encuentra inmerso en dos tipos de juegos y lógicas distintas: los de su campo de origen (el campo intelectual), y los del espacio público; lo cual, por ende, significa un “choque”, un “flirteo” entre los campos político, económico, social e intelectual.

Visto lo anterior, aun cuando no es la intención del intelectual, éste, en efecto, se encuentra inmerso en asuntos políticos y sociales. Orhan Pamuk es un buen ejemplo de esto. La siguiente declaración, publicada en Suiza, fue suficiente para que Pamuk fuera acusado de denigrar públicamente la identidad turca y tuvo que comparecer ante el tribunal estambulí en diciembre del 2005.

“Un millón de armenios y treinta mil kurdos fueron asesinados en estas tierras y yo soy el único que se atreve a hablar el tema.”¹⁶³

A pesar de que los cargos fueron retirados, la acusación hecha a Pamuk obliga a pensar en el gran número de escritores que han sido perseguidos encarnizadamente por haber plasmado en sus obras fragmentos de la realidad social y política de su país. Orhan Pamuk, un hombre que cree que la libertad de pensamiento y de expresión no ha de ser limitada por ningún sentimiento nacionalista o por sentimentalidades morales, representa al intelectual

¹⁶² Resulta interesante la hipótesis que Richard Hofstadter propone: del carácter público del intelectual surge el anti-intelectualismo, entendiéndolo como una “reacción pública a la constante insinuación del intelectual como experto en los asuntos públicos”. Richard, Hofstadter, *Anti-intelectualismo en la vida norteamericana*, España, Tecnos, 1969, p. 43.

¹⁶³ Citado en: Pamuk, Orhan, “Escribir en libertad” en *Cultura Urbana*, México, número 15, 2007, p. 7.

contemporáneo inmerso en el espacio público que a través de su obra (ya sea de manera fortuita o deliberada) interviene en los asuntos políticos y sociales.

El caso de Pamuk deja en claro que no existe un arte por el arte. Tanto en la campo de la literatura, como en el de la ciencia, se entretajan aspectos sociales, políticos, morales y económicos. Un producto intelectual, construido a partir de los códigos y la lógica del campo intelectual, en muchas ocasiones irrita a los campos económico, político y social.

Asimismo, cuando el intelectual, ya no como experto sino como productor cultural, aparece en la escena pública, se ve sujetado por los criterios de la industria cultural de masas. Y es que, como escriben González Alcantud y Robles Egea, “los medios de comunicación de masa, en todas sus modalidades, no congenian con los viejos intelectuales, crean ellos mismos a sus intelectuales mediante la mercadotecnia de los aniversarios, las conmemoraciones, los espectáculos. Los medios de comunicación son los sustitutos de la *intelligentsia*. Son quienes aportan el “sentido” necesario para la existencia social.”¹⁶⁴

Con todos estos nuevos cambios se iluminan y aceptan diversas cuestiones:

- a) El intelectual no es un ser aislado o separado de la sociedad. Éste, debido a su función social, se encuentra íntimamente relacionado con otros campos sociales (ya sea la política, la economía, la moral, etc.).
- b) Al reconocerse la íntima relación entre el intelectual y los distintos campos sociales, se hace evidente que el trabajo intelectual enmascara una serie de procesos de poder que antes no se contemplaban del todo.
- c) Descubrir los juegos de poder y de legitimación en los que participa el intelectual, tanto en su campo como al estar en contacto con los otros, deja

¹⁶⁴ González Alcantud, A. y Robles Egea, A. (eds.), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis del fin de siglo*, España, Antrhops, 2000, p. 13.

bien claro que los intelectuales no siempre son críticos ni siempre son de izquierda. Y todos los intelectuales, sean “orgánicos” o “revolucionarios”, de “derecha” o de “izquierda”, participan del poder y de la legitimación.

- d) El intelectual abandona su búsqueda de lo absoluto, se especializa, se profesionaliza.

Con estas cuestiones iluminadas, la figura del intelectual “pierde credibilidad” y se le contempla como un ser ambivalente, se le cuestiona y se le declara en crisis. Y puede ser cierto. El intelectual que se conoció –o más bien, la idea que se gestó de éste- en los años sesenta y setenta del siglo pasado ha desaparecido, ha dejado su sitio a otro tipo de intelectual bastante disímil. Paradójicamente, a pesar de que se han iluminado una serie de aspectos relacionados con el intelectual, se ha dejado de revisar a profundidad la tarea del intelectual; se cae en la autocomplacencia y el intelectual no mira ni critica las implicaciones de su trabajo, de su rol. Se han desechado las antiguas figuras del intelectual, se intuye cómo es el intelectual contemporáneo, pero no se le analiza a profundidad.

Las siguientes definiciones representan la nueva manera de aproximarse al intelectual y al tipo de compromiso que mantiene con la sociedad:

Autor *	Definición
Roland D. Laing	Está socialmente comprometido, pero el activismo no es un rasgo esencial. Se encarga de dilucidar la realidad al servicio de la verdad o el bien común del cosmos. Dice lo que piensa acerca de cómo van las cosas, medita y lanza ideas y teorías.

* **Roland D. Laing:** Laing, Ronald D., *Los locos y los cuerdos*, México, CONACULTA, Grijalbo, 1990.

Norberto Bobbio: Bobbio, Norberto, *La duda y la elección*, España, Paidós, 1998; Norberto, Bobbio, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, España, Paidós, 1998; Baca Olamendi, Laura, *Bobbio: los intelectuales y el poder*, México, Océano, 2002.

Norberto Bobbio

El intelectual posee una fuerte voluntad de participar en las luchas políticas y sociales, e impedir que el monopolio de la fuerza se convierta en el monopolio de la verdad. Mantiene una distancia crítica del poder, es independiente pero no indiferente. Y su responsabilidad como intelectual es antes que cualquier compromiso.

Las definiciones de Bobbio y Laing se encuentran en medio de las definiciones del intelectual comprometido de las décadas de 1960 y 1970 y de las nociones del intelectual como ser ambivalente que vive en y del sistema social; intelectuales que pueden ser críticos o que pueden convertirse en coartada de una democracia que simula tolerancia y pluralismo. En la definición de Laing se aprecia la idea del compromiso, pero ya no del activismo que en décadas anteriores se consideraba rasgo esencial del intelectual. Bobbio va más allá. En su definición, a pesar de que reside en ella la idea del intelectual partícipe de luchas políticas y sociales, se encuentra un elemento distinto a las definiciones concebidas anteriormente: ya no se habla de compromiso, se habla de responsabilidad. Ahora del intelectual no se exige devoción por la revolución o compromiso político, no, ahora se espera de él objetividad, responsabilidad (con los valores cívicos como la tolerancia, valores que están en contra de la xenofobia, el nacionalismo y la injusticia, como escribe Goldfarb). El discurso del “compromiso intelectual” se ve sustituido por la idea de “responsabilidad intelectual”, de la “responsabilidad con la democracia” (no está de más apuntar que los teóricos que emplean el concepto de “responsabilidad intelectual” no terminan de explicar, desarrollar o ejemplificar lo que entienden por “responsabilidad intelectual”).

Al acercarnos al cambio que se dio en las nociones del intelectual, de sus funciones y de su compromiso, resulta interesante recordar la idea que planteó Roger Chartier sobre el papel de los intelectuales (específicamente de los historiadores en *Cultura escrita, literatura e historia*):

La historia tiene una función crítica, que es su función primordial, y no necesariamente crítica en sí misma, pero sí como propuesta de instrumentos críticos. Es otra manera de pensar el proyecto de la Ilustración: contribuir a la construcción de este espacio crítico donde las personas privadas hacen uso público de su razón (...). Como productor de un conocimiento controlado, el historiador tiene la posibilidad de hablar del presente a partir de su experiencia o de su oficio de historiador, lo que limita necesariamente los campos en que dicha experiencia o dichos conocimientos tienen validez particular. Me parece que esta razón por la cual los historiadores pueden y deben hablar en la prensa, en los medios de comunicación sobre temas, problemas o asuntos del presente relacionados con su propia experiencia y conocimiento (...). Me parece que debemos alejarnos del modelo clásico de intelectual «a la Sartre», que se pronuncia sobre la totalidad de los problemas en una sociedad.¹⁶⁵

La idea expuesta por Chartier apoya la construcción de un nuevo tipo de intelectual, uno que, al no ser “a la Sartre”, no sólo desecha la idea del “intelectual total”, del intelectual que intenta abarcar la totalidad de temas, conocimientos y problemáticas, sino que también desecha la antigua idea de compromiso, devuelve al intelectual a su campo al mencionar que el intelectual puede y debe hablar en los medios de comunicación de temas que se relacionen únicamente “con su propia experiencia y conocimiento”.

¹⁶⁵ Chartier, Roger, *Cultura escrita, literatura e historia*, México, FCE, 2000, pp. 109-110.

Ahora, para reforzar esta dirección argumentativa, recuperemos las nociones de Jeffrey Goldfarb y de Victoria Camps:

Autor *	Definición
Jeffrey Goldfarb	Contribuye a la vida democrática al subvertir el consenso complaciente y otorga a los enemigos la posibilidad discursiva de convertirse en oponentes u contribución a la democracia resulta patente cuando se distancia del radicalismo e indiferencia total.
Victoria Camps	No está fuera del sistema, sino que vive en él y de él. Sirve de coartada a la democracia como garantía de apertura y pluralismo.

En la definición de Goldfarb se observa la creciente tendencia de ubicar y atar al intelectual al campo democrático y a sus reglas. Lo encierra dentro de lo políticamente correcto, neutraliza el pensamiento y crítica del intelectual, se le aleja del “radicalismo” y de la “indiferencia total”, se le compromete a contribuir a la “vida democrática”.

Por su parte, Camps nos dice que el papel de crítico que se le otorga al intelectual sigue en funcionamiento pero de una manera bastante distinta. Ahora, el intelectual es crítico de la democracia, pero ya no se encuentra fuera del sistema para distorsionar la manera en la que se concibe al mundo, no, el intelectual vive en y de la democracia: “son, en definitiva, una coartada que le viene bien a la democracia como garantía de su apertura y pluralismo.”¹⁶⁶

* **Jeffrey Goldfarb:** Goldfarb, Jeffrey C., *Los intelectuales en la sociedad democrática*, España, Cambridge Press, 2006.

Victoria Camps: Camps, Victoria, “Las contradicciones del intelectual en el siglo XXI” en Baca Olamendi, Laura (comp.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX, Tomo II*, México, FLACSO, 1997.

¹⁶⁶ Camps, Victoria, “Las contradicciones del intelectual en el siglo XXI” en Baca Olamendi, Laura (comp.), *op.cit.*, p. 55.

Tanto la definición de Goldfarb como la de Camps representan hasta cierto punto la nueva manera de ver al intelectual. Por un lado, se le puede considerar como un sujeto cuyo conocimiento está controlado y circunscrito a una parte minúscula del campo de conocimiento. Igual sucede con su crítica, la cual se genera únicamente en los espacios que son creados por los medios de comunicación de masas o por la “vida democrática” a la que recurre Goldfarb. Por otro, se iluminan sus contradicciones, su sometimiento a la “democracia” o al poder y su dificultad para ser completamente crítico para evidenciar la innata ambivalencia del intelectual y la imposibilidad de desentrañar dicha figura, sus funciones, sus responsabilidades y sus compromisos.

4. CONCLUSIONES

Los capítulos precedentes son el acercamiento a ciertos temas complejos que se entrelazan con la figura del intelectual. Durante la exposición han ido apareciendo algunos de los principales elementos que caracterizan el estudio de los intelectuales, estos son: 1) la función y características del intelectual, 2) la autonomía del campo intelectual y 3) la idea del compromiso.

De estos tres temas elementales surgen una serie de teorías, debates y problemáticas políticas, sociales, económicas. Estas cuestiones forman una discusión sumamente compleja en torno a la figura del intelectual, de la que se lograron ciertas conclusiones que a continuación se presentan. Una segunda y última parte de estas conclusiones la dedicaré, por otra parte, a la formulación de un par de temas y problemas, que alumbrados por los contenidos particulares de este trabajo, podrían contarse entre los muchos desafíos de una agenda de investigación.

1. Los intelectuales, el salto del siglo XX al siglo XXI

Con el advenimiento del siglo XXI se han observado importantes transformaciones en diversas esferas de la sociedad (en la cultura, economía, política, etc.), y a la par de estos cambios, el intelectual y su campo se han modificado. El actual problema que advierto en los estudios en torno a esta figura, es que las categorías y teorías desde las que se les estudia son 1) aquellas que tuvieron su auge en la década de 1960 y 1970 -la idea del intelectual como integrante de una clase en sí misma (Benda), los intelectuales como una clase suprasocial (Mannheim), el intelectual como parte de una clase social más amplia (Gramsci)- o 2) ideas y reflexiones generales, y por tanto inexactas, sobre qué es la intelectualidad en la “postmodernidad” y el desvanecimiento o “crisis” de su papel en la sociedad.

Entre los estudios que siguen utilizando las definiciones de intelectual surgidas durante la décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado, se le otorga al intelectual una misión específica en la sociedad, la cual cimbra entre el aislamiento y la re/producción de un conocimiento objetivo y neutral y el compromiso político y la salvaguardia de los grupos más desprotegidos de la sociedad. Por otro lado, existen estudios empíricos contemporáneos que únicamente se encargan de situar en un contexto nacional e histórico determinado al intelectual (los intelectuales franceses, la intelectualidad mexicana, el intelectual en América Latina, etc.) sin ocuparse de exponer a profundidad los parámetros que utilizaron para encontrar y analizar a su objeto de estudio. No explican ni desarrollan -o lo hacen de manera insuficiente- cómo decidieron quién era considerado como intelectual y quién no.

Como se ha visto en los capítulos de esta tesis, algunas de las definiciones más recientes, que dejan de centrar su atención en la idea del compromiso del intelectual, se enfocan en la relación que éste mantiene con las instituciones contemporáneas, como los medios de comunicación (Said, Bauman, Chartier, Escalante, etc.), las universidades (Bourdieu, Follari, Lahire, etc.) y organismos gubernamentales (Goldfarb). Asimismo, se estudian los cambios a los que dichas instituciones se han visto sometidas: la mercantilización, la profesionalización, la lógica del mercado, la celebridad, la departamentalización del conocimiento, etc.

Estos últimos estudios sobre los intelectuales, parecen responder a los cambios sociales ocurridos desde fines del siglo pasado a nuestros días e intentan superar el debate tradicional sobre los intelectuales y el compromiso intelectual. Se exploran las transformaciones de la Academia, la nueva esfera pública, y la omnipresencia de los medios de comunicación y la lógica del mercado. Los nuevos elementos en el estudio de los intelectuales dan pistas para redefinir al intelectual y su lugar en la sociedad, pero, a mi parecer, la tarea de identificar los múltiples papeles del intelectual contemporáneo no se ha logrado por completo.

En mi opinión, dicha carencia, incompletud o vacío en el estudio de los intelectuales, radica en *sólo* problematizar *algunos* vínculos que mantiene el intelectual con otros campos sociales. Al iluminar sólo un punto muy acotado del panorama intelectual, se dejan en la obscuridad otros temas de suma relevancia, como sería la elaboración de una nueva noción de intelectual que corresponda a la sociedad compleja y multicultural en la que vivimos, y sobre todo al nuevo espacio público. Se discuten las relaciones que establece el intelectual, su contexto, pero poco se dice de quién es actualmente el intelectual, de qué vive, cuáles sus características principales y su función en una sociedad bastante distinta a la de fines del siglo XX, momento histórico en el que más se discutió la figura del intelectual.

2. Los límites de las definiciones

Como se ha observado a lo largo de esta tesis, muchos autores se han encargado de subrayar la importancia de pensar cómo deberían de hacerse los análisis sobre los intelectuales, pero han sido pocos los que se han atrevido a avanzar en ese camino. Síntoma de esta falta de una teoría o sociología de los intelectuales es que, dentro de la amplia literatura que existe sobre los intelectuales, nos podemos encontrar con definiciones que se limitan a plantear una contraposición entre el trabajo intelectual y el manual, es decir, plantean que un intelectual es aquél que utiliza su cerebro para trabajar y subsistir en lugar de usar sus músculos. Por ejemplo, Michels nos dice que los intelectuales “son quienes se ocupan vocacionalmente de las cosas de la mente”¹⁶⁷. De igual manera, en otros autores encontramos definiciones que de tan ambiguas resultan inútiles:

¹⁶⁷ Citado en Godoy Urzúa, Hernán, “La sociología intelectual en América Latina” en Marsal, Juan F. (dir.), *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, Argentina, Instituto Torcuato di Tella, 1970, p.111.

“Los intelectuales son todos aquellos cuya actividad esencialmente no es la persecución de fines prácticos. (...) buscan su alegría en la práctica de un arte”¹⁶⁸.

Al tropezarse con definiciones de este tipo entre los libros más citados y relacionados con el estudio de los intelectuales, uno no puede evitar preguntarse: ¿Qué hay más allá de la imprecisión y ambigüedad en la definición de Coser y Michels? ¿Realmente se puede hacer un análisis sociológico de los intelectuales si se tiene como soporte una definición del objeto de estudio tan ambigua?

Otro ejemplo notable: Robert K. Merton, en el apartado “El intelectual como tipo profesional” de su libro *Teoría y Estructura Sociales*, denuncia la falta de estudios sobre el intelectual profesional, escribe sobre la necesidad de estudiar sus problemas, su situación y sus conductas, e incluso se plantea una serie de interesantes preguntas: “¿Qué papeles están llamados a desempeñar? ¿Qué conflictos y frustraciones se experimenta en sus esfuerzos para desempeñar esos papeles? ¿Qué presiones institucionales se ejercen sobre ellos? ¿Quién, por ejemplo, define sus problemas intelectuales? ¿En qué circunstancias inician ellos los problemas por investigar? ¿Cuál es el efecto de esas investigaciones sobre la política? ¿Cuáles son los efectos de la burocratización sobre las perspectivas de los intelectuales? ¿Creen que, aun cuando ellos originan problemas que han de analizarse, tienden a pensar de acuerdo con otros puntos de vista estrechamente restringidos? ¿Cuáles son los problemas característicos del mantenimiento de las líneas de comunicación entre los políticos y los intelectuales?”¹⁶⁹.

Para cualquier lector de Merton resulta angustiante que, después de exponernos preguntas tan apasionantes y complejas, pase de largo el momento de definición sin chistar y nos ofrezca la siguiente explicación:

Para nuestro propósito no necesita ser definido de manera muy precisa la palabra «intelectual».

¹⁶⁸ Coser, Lewis, *Hombre de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, FCE, 1973, p.9.

¹⁶⁹ Merton, Robert K., *Teoría y estructura sociales*, México, FCE, 1972, pp. 288-289.

Consideramos intelectuales a las personas en la medida en que se dedican a cultivar y formular conocimientos. Tienen acceso a un fondo de conocimientos que no proceden únicamente de su experiencia personal directa, y lo hacen progresar. Sus actividades pueden ser vocacionales o no: esto no es decisivo. (...) Debe advertirse que «el intelectual» designa un papel social y no la totalidad de una persona, aunque ese papel coincide con diferentes papeles profesionales, no tiene por qué confundirse con ellos. Así, normalmente incluimos entre los intelectuales a los maestros y profesores. Esto puede bastar como mera aproximación, pero de ello no sigue que todo maestro o profesor sea un intelectual. Puede serlo o no, según sea el carácter real de sus actividades. El caso límite se presenta cuando un maestro no hace más que enseñar el contenido de un libro de texto, sin más interpretaciones ni aplicaciones¹⁷⁰.

En la definición no encontramos las bases para un análisis de los intelectuales, por el contrario, se generan dudas del tipo: ¿A qué formas de “cultivo” de conocimiento se refiere Merton? ¿Cómo sabemos si un individuo hace progresar el conocimiento? ¿Cómo sé si un maestro o profesor realmente va más allá de la enseñanza del contenido de un libro? ¿Qué acaso no entre las primeras lecciones sociológicas se plantea la importancia que tiene la construcción de una clara definición y clasificación de nuestro objeto de estudio?

Ahondemos en este tema relacionado con la metodología científica. Marcel Mauss sugirió que el sentido de la definición era la de transformar una “impresión indecisa y flotante” en una noción clara, que sirviera de manera provisional para

¹⁷⁰ *Ibíd.*, pp. 289-290.

comenzar un investigación, ya que una definición que pretenda contener la sustancia misma de los hechos sólo puede venir al término de “la ciencia”, es decir, de la investigación científica. Pero, a pesar de que la definición del objeto de estudio está destinada a servir solamente para determinar qué hechos merecen ser tomados en cuenta, ésta debe realizarse con extremo cuidado ya que determinará el curso de nuestra investigación.

La definición facilita, explica Mauss, “la investigación, puesto que delimita el campo de la observación. Al mismo tiempo, da metodicidad a la verificación de las hipótesis. Gracias a ella, podemos escapar de lo arbitrario, nos obliga a considerar todos los hechos de la oración y sólo estos hechos. A partir de aquí, la crítica puede hacerse de acuerdo con reglas precisas. Para discutir una proposición, hay que ver: que la definición era incorrecta y viciada toda la secuencia del razonamiento, o que se ha descuidado determinado hecho que entraba en la definición, o bien, resumiendo, que se hace entrar en el campo de investigación a hechos que no se habían considerado. Por el contrario, cuando la nomenclatura no está delimitada, el autor pasa insensiblemente de un orden de hechos a otro, o bien, un mismo orden de hechos ostenta diferentes nombres según los autores.”¹⁷¹

De manera más sencilla y breve lo formula Duverger:

“El establecimiento de una clasificación de los fenómenos constituye una fase fundamental en toda investigación científica; resulta imposible observar los hechos cuando éstos se presentan como una masa amorfa y desordenada.”¹⁷²

Realmente no se trata de construir una complejísima y universal definición del intelectual, sencillamente se trata de satisfacer la sana curiosidad de saber, o al menos tener una idea, de qué hablamos cuando hablamos de intelectuales.

¹⁷¹ Citado en Bourdieu, Pierre, Chamboredon, J.C. y Passeron J.C., *El oficio del sociólogo*, México, Siglo XXI, 2004, p. 135. P.

¹⁷² Duverger, Maurice, *Métodos de las ciencias sociales*, España, Ariel, 1975, p. 365.

3. El intelectual en la teoría social

En primera instancia, después de una revisión detenida de textos especializados en el tópico de los intelectuales, quisiera apuntar que en mi opinión no se ha logrado establecer planteamientos básicos para una sociología o teoría de los intelectuales. Llego a esta conclusión porque a pesar de la vasta literatura sobre el tema, se es incapaz de hacerse de una idea más o menos clara *de qué hablamos cuando hablamos de intelectuales*.

Considero que el origen de que las explicaciones sean insuficientes, se encuentra en las definiciones elementales de intelectual que especifican su función dentro de la sociedad y sus principales características (nociones analizadas en el primer capítulo de este trabajo). Un ejemplo de estos planteamientos es la caracterización que hace Daniel Cosío Villegas del intelectual: “No se trata tan sólo -cosa ya de por sí muy importante- de que el intelectual sea un creador de ideas y el profesionista un vividor de ellas, sino de *la flama interna que anima el espíritu de uno y otro*.¹⁷³”

Tratar de entender y explicar sociológicamente al intelectual partiendo de una definición como la anterior, hace la tarea bastante complicada, porque es evidente que el intelectual debido a su labor de re/producir conocimiento, se aleja de la mayoría de la sociedad, pero no al grado de separarlo de toda dinámica social y juegos de poder. El intelectual cumple una función muy específica dentro de la sociedad (re/producción de bienes simbólicos), la cual lo distingue de los demás individuos, pero dicha diferencia no radica en la “superioridad de espíritu”, ni en la “flama interna” que lo dirige a buscar únicamente la verdad. No, los intelectuales son individuos como cualquier otro que han de trabajar para comer, que se emplean, se subordinan, están envueltos en los juegos de poder de su

¹⁷³ Zaid, Gabriel (comp.), *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*, México, FCE, 1985. p. 78. Las bastardillas son mías.

campo y de la sociedad. Como dice Héctor Vera¹⁷⁴: en cuanto a su vida cotidiana y a su sujeción a las pautas de conducta y relaciones de poder de la sociedad, el intelectual no es muy distinto a un carnicero o a un tratante de blancas.

Este aire de espiritualidad y superioridad con la que se reviste al intelectual, es un fenómeno que ha de ser estudiado con mayor profundidad, pues no es solamente que el intelectual -y los que los estudian- se atribuya dicha característica, no, una parte específica y concreta de la sociedad le otorga ese papel de “pensador”, de “líder de opinión”, de “consejero”. A los intelectuales se les pide que opinen, que “asuman su responsabilidad” y den respuesta y solución a los problemas que aquejan a la sociedad, y al hacerlo inserta al intelectual dentro de una función situada, a su vez, en un campo de reproducción de relaciones de poder.

Es realmente interesante cómo alrededor del conocimiento y del campo intelectual se ha construido un hábito de objetividad y espiritualidad, una imagen de “independencia”, de “rectitud”, que va más allá de la “vulgar cotidianeidad”. Por ello es que me parece que uno de los temas en los que la reflexión sobre los intelectuales debiera ahondarse es, justamente, por qué al intelectual se le considera un sujeto superior o independiente del que se espera una respuesta en beneficio de la sociedad¹⁷⁵. También habría que estudiar la forma en la que el intelectual desea ser percibido por sus pares y por la sociedad, pues no sólo la sociedad lo enaltece, a él mismo le interesa presentarse de esa manera, ya sea para conservar el prestigio que el oficio le otorga o para proteger un tipo de capital y poder que no desea depreciar o compartir. Sobre el tema, Richard Hofstadter,

¹⁷⁴ Vera, Héctor, “La clerecía del saber. Los intelectuales y la modernidad” en Guitián Galán, Mónica y Zabudovsky Kuper, Gina (coord.), *Sociología y modernidad tardía: entre la tradición y los nuevos retos*, México, Juan Pablos, UNAM, 2003, p. 112.

¹⁷⁵ Claro, no todas las sociedades enaltecen al intelectual, ya lo he mencionado en los capítulos anteriores. Me refiero a las sociedades herederas del pensamiento francés en el que la figura del intelectual todavía conserva cierto prestigio.

considera que mucha de la sensibilidad de los intelectuales a su reputación como grupo nace de la superposición de sus papeles sagrado y profano.¹⁷⁶

3.1. Autonomía y compromiso, falsos problemas

Una de las consecuencias de dicha imagen del intelectual como un “ser suprasocial”, es que el tema de la autonomía intelectual se discuta hasta al cansancio. Claro que es importante discutir o preguntarse hasta qué punto llega la labor del intelectual, o qué tan responsable es de los efectos que tengan en la sociedad sus ideas o descubrimientos, pero pienso que es primordial plantearse estas preguntas y, muchas más, tomando en cuenta que el problema de la “autonomía”, como se le ha tratado hasta ahora, es un “problema” que depende de la época, de la sociedad y hasta de la ciencia desde la que se discuta el tema. Es decir, la autonomía del intelectual es relativa, los límites se establecen según las necesidades, pretensiones o ideas de los que la discuten. Es igual que con la idea del “conocimiento objetivo y desinteresado”: una noción construida que cambia según los paradigmas de la época, las exigencias e intereses del campo intelectual y del contexto histórico. Como afirma Fernando Escalante, todo saber en su contenido “responde de manera más o menos indirecta a intereses y necesidades sociales. Es un producto histórico y eso se deja notar en todo, también en sus formas y en sus procedimientos.”¹⁷⁷

¹⁷⁶ “En su papel sagrado, como profeta, erudito o artista, el intelectual se encuentra limitado por ciertas sanciones, observadas imperfectamente, aunque respetadas, pero sin dudas efectivas: posee su privacía, quizá su anonimato, en las gritas de la moderna civilización urbana; demanda un cierto respeto por lo que parecen ser sus cualidades de negación; se beneficia, si es académico, de los principios establecidos imperfectamente, aunque imperantes, de la libertad académica; tiene a sus servicio fundaciones, bibliotecas, casas editoriales, museos, así como universidades. Su vida tiene cierta medida y gentil dignidad. Si en calidad de experto desempeña un cargo profano mezclándose en asuntos públicos, puede horrorizarse al darse cuenta de que, al convertirse en figura pública, es también vulnerable a la ética baja de la controversia que prevalece en nuestra política y a la desconsideración por la privacía que rige en nuestra sociedad.” Hofstadler, Richard, *Anti-intelectualismo en la vida norteamericana*, Tecnos, España, 1969, p. 42.

¹⁷⁷ Escalante Gonzalbo, Fernando, *Una idea de las ciencias sociales*, México, Paidós, 1999, p. 26-27.

La autonomía del intelectual es relativa por el simple hecho de que la política y lo social son omnipresentes y no existe escape alguno a la “Noosfera”, al “Cielo de la inteligencia”, a la “República de las letras o los Doctos”, al “Reino del arte y del pensamiento puros” o al “Refugio de la teoría trascendental”. No existe un intelectual, ni siquiera el personaje de James Joyce (Stephen Dedalus), que no se sienta agradecido/forzado por las instituciones, universidades y empresas que otorgan becas/salarios o por los partidos políticos/causas sociales que exigen una lealtad a su línea de pensamiento. No hay un intelectual como el que Jacoby planteaba, no existe aquella alma incorregiblemente independiente que no responde a nadie¹⁷⁸.

No existe, pues, un intelectual objetivo, privado e independiente, por el simple hecho de que al articular un mensaje, un punto de vista, una actitud, una creencia, una filosofía o una apreciación frente una audiencia, el intelectual cae en la urdimbre de lo público, lugar donde la decisión política y económica tienen lugar. Ya lo planteaba Max Weber: “*toda acción*, y también, naturalmente, según las circunstancias, la *in-acción*, implica, en cuanto a sus consecuencias, una *toma de posición* a favor de determinados valores, y, de este modo, por regla general *en contra de otros* –cosa que se desconoce hoy con particular facilidad-.”¹⁷⁹

Como bien lo dice Edward Said: “Los intelectuales son de su tiempo, caminan vigilados por la política de masas de representaciones encarnadas por la industria de la información o los medios”¹⁸⁰. Lo anterior, no descarta del todo la posibilidad de que el intelectual posea un poco de esa “visión desenmascaradora” de la que hablaba Mills, o que sea crítico. No se le resta valor al trabajo intelectual, al contrario, descubrir los borrosos límites entre el campo intelectual y los demás campos sociales ayuda a definirlo y comprenderlo con mayor precisión.

¹⁷⁸ Jacoby, Russell, *The last intellectuals: American cultura in the age of academy*, Estados Unidos, Basic Books, 1987, pp. 219-220.

¹⁷⁹ Weber, Max, “La «objetividad» cognoscitiva de la ciencia social y de la política social” en *Ensayos sobre metodología sociológica*, Argentina, Amorrortu, 2006, p. 43.

¹⁸⁰ Said, Edward W., *op. cit.*, pp.38-39.

Es importante analizar también el excesivo valor que se le da a las ideas de autonomía, independencia o postura política de los intelectuales, pues en muchas ocasiones no se valora únicamente la relevancia, innovación o veracidad de los trabajos intelectuales. En repetidas ocasiones entran en juego cuestiones ajenas a las intelectuales relacionadas más con la “probidad”, la postura política o ideológica. Lo que quiero decir es que -aún dentro del ámbito académico, intelectual o cultural- sucede que se desechan ideas, propuestas o teorías porque el autor es de “derecha” o “izquierda”, se le relaciona con tal o cual grupo político, forma parte de x universidad, estudió en Estados Unidos y no en Francia... Así hay muchas cuestiones poco intelectuales que influyen en la lectura del trabajo intelectual. Este es un tema complicado y bastante espinoso que a mi juicio sigue pendiente en el estudio de los intelectuales.

Al reconocerse la relativa autonomía del campo intelectual, al situar al intelectual dentro de lo social, el intelectual se enfrenta, entre muchísimas otras, a las siguientes preguntas: ¿Cómo hacer pública la verdad? ¿Qué verdad se enuncia? ¿Para quién y en qué lugar? ¿Qué hay detrás de los organismos que apoyan el desarrollo del conocimiento? ¿Qué intereses tienen los organismos que se encargan de la comunicación? ¿Qué tipo de compromiso ha de tener su labor con la sociedad? ¿Hasta dónde el compromiso? ¿Compromiso por qué, con qué y con quién?

Todas estas preguntas son inevitables al caer en cuenta del papel social que juega el intelectual -lo desee o no-, pues como nos dice sabiamente Mills: “Quiéralo o no, o sépalo o no, todo el que emplea su vida en el estudio de la sociedad y en publicar sus resultados ‘está’ obrando moralmente y, por lo general, políticamente también.”¹⁸¹

Afrontando las diversas implicaciones que tiene el trabajo intelectual, no queda más que plantearnos el tema del compromiso, preguntarnos hasta dónde

¹⁸¹ Mills, Wright, *La imaginación sociológica*, México, FCE, 1993, p. 95-96.

ha de llegar el intelectual y por qué. En el segundo capítulo de esta tesis se expusieron las diversas opciones y posturas que nos ofrecen aquellos que han estudiado y definido a los intelectuales. En esta revisión de la noción de compromiso intelectual, se ha podido conocer *grosso modo* las circunstancias sociales y los elementos ideológicos que sustentaron e hicieron prosperar la idea del intelectual comprometido, especialmente durante las décadas de 1960 y 1970.

Conforme se rastrea la noción de compromiso intelectual después de dichas décadas se advierte que, paralelamente a los cambios sociales y políticos, la idea del intelectual, de su función y sus características, se modifica. Poco a poco se va hablando menos de “compromiso intelectual” y se habla más de “responsabilidad intelectual”. Tanto el intelectual, como los estudios que se hacen de él, se transforman.

En dichos análisis recientes, separados de la anterior noción del intelectual comprometido, se reconoce que la función de los intelectuales como consejeros, legitimadores, movilizadores de la opinión pública, etc., viene desde los lejanos tiempos de Platón –Gramsci también lo sugeriría al hablar de los intelectuales orgánicos¹⁸²-, lo que posibilita que al intelectual ya no se le vincule únicamente con la “izquierda” y la “rebeldía”. Se concluye que el intelectual es un ser ambivalente, que está en un lado y otro de la vida política, que no siempre hay “una «armonía preestablecida» entre los intelectuales y el rol de críticos del poder hegemónico. Por el contrario, el poder siempre ha usado intelectuales (...) en el ejercicio casi directo del poder, como consejeros, ministros, difusores”¹⁸³.

El mito de la “Torre de marfil” se hace, así, pedazos. Se relaciona al intelectual con otros campos, se le observa como un personaje estratégico capaz de dar sustento ideológico a cualquier pretensión de poder y que atrae la atención

¹⁸² Para un panorama amplio de la definición de intelectual orgánico, revítese: Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967.

¹⁸³ Follari, Roberto A., *La selva académica. Los silenciados laberintos de los intelectuales en la universidad*, Argentina, Homosapiens, 2008, p.37.

de otros campos sociales. Una muestra de lo anterior es que en muchas empresas privadas abundan los intelectuales-profesionales que trabajan en *marketing* estratégico, diseño de publicaciones, estudios de mercado, manejo de personal, imagen pública, etc.

El punto que queda por aclarar es qué tipo de función, responsabilidad o compromiso tiene el intelectual contemporáneo anegado en un nuevo escenario social. Esta cuestión es difícil de responder, pues hoy el intelectual no tiene un único papel, tanto puede ser un personaje que simplemente da legitimidad al poder, como puede ser la expresión de independencia y crítica. Al decir esto, al observar que el intelectual no tiene, ni ha tenido, una valoración unívoca, se reconoce que el dilema del compromiso, como se ha planteado hasta ahora, es un dilema falso: la figura del intelectual (sus características, su función y lo que ésta implica) es demasiado ambigua y compleja como para reducirla a unas pocas fórmulas, para colocarle una etiqueta de “compromiso” o “indiferencia”.

Las alternativas del intelectual, como dice Edward Said, no son, entonces, aquiescencia total o rebelión total. O como señala Norbert Elias: no se puede afirmar en un sentido absoluto que la actitud de una persona sea distanciada o comprometida, tanto la noción de intelectual como la del compromiso varían según el momento histórico, lugar y necesidades sociales. Además, el compromiso existe, aunque el intelectual no lo sepa o lo esconda tras una postura “neutral” u “objetiva”. Lo anterior no significa que ninguna de las concepciones o teorías del intelectual se pueda considerar como válida. Aceptar que cada una tiene validez según ciertas condiciones, sirve para apreciar que todas las explicaciones del campo intelectual –al ser productos de la sociedad en la que se conciben- tienen límites y restricciones. Saber esto no las hace falsas, nos ayuda a explicar de qué manera, en qué condiciones y en qué sentido son verdaderas.

4. De qué necesitamos hablar cuando hablemos de los intelectuales

De alguna manera en el estudio de los intelectuales se ha intentado rebasar el problema del compromiso y autonomía intelectual, pero a pesar de ello, han quedado varios aspectos primordiales por analizar¹⁸⁴. A continuación me gustaría mencionar algunos temas, derivas y problemas que considero esenciales para poder comprender al intelectual contemporáneo.

Actualmente se pueden observar dos tipos dominantes de intelectuales. El primero se presenta como un sujeto cuyo pensamiento es desinteresado, neutral (actitud avalada por su alto nivel de academicismo) y distante. El otro tipo de intelectual se mueve primordialmente dentro del espacio público (sin abandonar del todo su lazo con la academia o campo cultural) opinando de muchos temas, pero realmente diciendo poco¹⁸⁵. Este último tipo de intelectual forma una parte importante del discurso de una cultura/conocimiento democrática y plural que se “nutre” de las voces de “todos”.

Las dos posturas que me permito comentar son, a su manera, un tipo de silencio. Por un lado, porque el intelectual “objetivo”, “neutral”, ligado a la especialización, se escuda en la rigidez del método científico y sus resultados, y por tanto, no se arriesga a “fantasear” con cambiar el mundo, sino que se conforma con observarlo y explicarlo¹⁸⁶. Por el otro lado, el intelectual mediático

¹⁸⁴ Por ejemplo, no se ha indagado lo suficiente en la pregunta de por qué si el intelectual es un sujeto como cualquier otro, esperamos de él una conducta impecable, sin resbalones ideológicos, completamente objetivos y correctos. Con esta pregunta no pretendo atacar a la figura del intelectual, sino a la construcción de sus definiciones e identidad. Es importante mencionar que la definición de éste también consiste en gran medida en la imagen que el propio intelectual desea crear de sí mismo.

¹⁸⁵ Aguilar Rivera en su estudio sobre la intelectualidad mexicana y estadounidense, considera que el surgimiento de un intelectual “opinólogo” se debe en buena medida a la aparición de las encuestas en los medios de comunicación masiva como “termómetros de la opinión pública”, lo que hizo que el intelectual perdiera el “privilegio” y la tarea de interpretación de la realidad. Para leer más sobre el tema, revítese: Aguilar Rivera, José Antonio, *La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*, México, CIDE-Porrúa, 1998.

¹⁸⁶ Adam Przeworski ejemplifica este fenómeno dentro de la ciencia política: “Toda la estructura de incentivos académicos en Estados Unidos desalienta la toma de grandes riesgos intelectuales y políticos. Los estudiantes de posgrado y los profesores asistentes aprenden a empaquetar sus

opina mucho y discute, pero siempre en los términos, espacios y modos que imponen los diversos grupos culturales, las empresas que manejan los bienes simbólicos o los medios de comunicación masiva que sólo se interesan en cumplir su cuota de “cultura democratizada”¹⁸⁷.

A pesar de que superan el anquilosado debate del compromiso con ideales universales, estos dos tipos de intelectual que he querido destacar, se han instalado en una especie de conservadurismo de las ideas. Con esto quiero decir que el intelectual, bajo las reglas de una sociedad democrática, ha olvidado discutir las implicaciones del conocimiento y ha optado por aceptar la idea de que el conocimiento se ha democratizado, y que al haber espacios de libertad de expresión (que no existían en los sistemas totalitarios) no hay necesidad de denunciar la censura y los usos que hace el poder de las ideas¹⁸⁸.

ambiciones intelectuales en artículos publicables por unas cuantas revistas y a evitar todo lo que pueda parecer una postura política. Este profesionalismo produce conocimiento a partir de preguntas formuladas de manera muy estrecha (...). Munck, Gerardo L. y Snyder, Richard, “El pasado, presente y futuro de la política comparada: un simposio” en la revista *Política y gobierno*, México, vol. XII, núm. 1, 2005, p. 145.

¹⁸⁷ La siguiente reflexión de Aguilar Rivera parece sintomática de este hecho: “El pasmo parece haber hecho presa de nosotros; cada vez nos convertimos más y más en azorados comentaristas de nuestro triste entorno. En algunos casos, nos dedicamos únicamente a hacer exégesis de la anécdota o a montar espectáculos de pirotecnia verbal, cuando no sucumbimos a la tentación de la diatriba, o nos enfrascamos en pleitos estériles.” Aguilar Rivera, José Antonio, *La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*, México, CIDE-Porrúa, 1998, p. 182.

¹⁸⁸ Sobre el tema del sistema democrático y el uso del poder dentro de éste, Vallespín escribe lo siguiente: “Lo que nos encontramos es que existe ya un previo disciplinamiento de los individuos y de las propias sociedades a través de la presencia de eso que llamamos Estado, que hace inútil o superfluo ese sistema de estrategias de disciplinamiento de los individuos y, por tanto, da un halo de emancipación del poder cuando el poder ya ha penetrado en todos nuestros cuerpos, cuando somos seres ya normalizados, previsibles, y solamente en este momento es cuando se nos presenta la posibilidad de legitimar democráticamente las acciones del Leviatán. Es a lo que me refería cuando decía que los principios de legitimidad democrática dan por supuesta la existencia de un orden social; no compete al Estado ya el problema del orden, o si le compete es sólo como una función más. (...) Porque el Estado ha sido ya constituido antes de ser legitimado democráticamente, a través de cualquier otro tipo de criterio de legitimidad y entonces ha conseguido ya un tipo de sociedad normalizada donde no es necesario el ejercicio de la violencia, sencillamente porque la violencia está articulada en la propia estructura de la sociedad. Vallespín, Fernando, “Poder, legitimidad y estado” en Menéndez Alzamora, Manuel (editor), *Sobre el poder*, España, Tecnos, 2007p. 42-43.

La discusión en torno al tema del periodismo -y la mercantilización del conocimiento en general- que llevé a cabo en el capítulo dos de esta tesis, sirve para apreciar, no sólo la relatividad de la autonomía intelectual, sino también para vislumbrar que debido a los desencuentros y encuentros entre intelectuales y medios de comunicación masiva se adopta el *Star System* dentro del campo intelectual y se disimula un mercado cultural democrático. En la contemporaneidad, el conocimiento (y el intelectual mismo) se ha convertido en un producto en venta, que de manera fortuita o no, contribuye a la ilusión de una sociedad democrática y plural.

Si bien es cierto que sigue existiendo una gran disonancia entre la empresa de negocio y la producción de conocimiento (y por tanto el intelectual sigue siendo una “amenaza constante para cualquier centro de poder establecido”), también está claro que, como dice Hofstadter, en la actual sociedad capitalista y democrática, “el hombre de negocios está en todas partes; llena los cofres de los partidos políticos; posee y controla la prensa influyente y las agencias de la cultura de masas; se sienta en las juntas de la Universidad de los delegados y en las juntas de las escuelas locales; moviliza y financia los inspectores de la cultura; su voz domina en los salones donde se hacen las verdaderas decisiones.”¹⁸⁹

Me parece que la figura del intelectual y su función dentro de la sociedad ha experimentado muchos cambios. Por este hecho, considero primordial estudiar a los nuevos intelectuales, no solamente bajo las claves de la industria cultural de masas y los cambios dentro del campo intelectual (especialización, profesionalización, etc.), sino también tomando en cuenta lo que ha implicado hasta ahora la instauración de gobiernos y visiones del mundo diferentes a las

¹⁸⁹ Hofstadter, Richard, *Anti-intelectualismo en la vida norteamericana*, España, Tecnos, 1969, p. 214.

anteriores, me refiero a los gobiernos “democráticos” y la ideología que yace detrás de éstos¹⁹⁰.

En conclusión, me parece que habría que evaluar el silencio de los intelectuales contemporáneos como efecto de una sociedad “democrática” y hacer una crítica al tinte conservador que contiene esta postura “desencantada”, “distanciada” u objetiva que se ha construido del intelectual, y que éste mismo ha contribuido a construir.

¹⁹⁰ Este aspecto es importante debido a que con la llegada de la democracia, el capitalismo y la “posmodernidad” se transformaron ideas y conceptos que antes se pensaban como opuestos (Revolución/Totalitarismo, Capitalismo/Socialismo, Izquierda/Derecha) y que de alguna manera le otorgaban al intelectual un punto de orientación. Sobre como en la década de 1980 en América Latina, en especial en Argentina, el concepto “Democracia” se ubica en el centro de las reflexiones de los intelectuales y ordena las discusiones político-ideológicas, revísese: Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Argentina, Homo Sapiens Ediciones, 2003.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Adorno, Theodoro. W., “Compromiso” en *Notas sobre literatura. Obra completa, 11*, España, Akal, 2003.
- Adorno, Theodoro W. y Horkheimer, Max, *La sociedad. Lecciones de sociología*, Argentina, Proteo, 1971. antinomia
- Águila, Rafael del, (coord.), *Los intelectuales y la política*, España, Editorial Pablo Iglesias, 2003.
- Alba, Víctor, *Coloquios de Coyoacán con Rufino Tamayo*, México, Calamus, 2006.
- Aron, Raymond, *El opio de los intelectuales*, Argentina, Ediciones Siglo Veinte, s.f.
- Asturias, Miguel Ángel, “Literatura, obligaciones éticas y estéticas” en Gordon, Samuel, *Palabras sin límites. Conversaciones con escritores*, México, UACM, 2005, pp. 19-20.
- Baca Olamendi, Laura (comp.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX, Tomo I*, México, FLACSO, 1997.
- -----, Laura (comp.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX, Tomo II*, México, FLACSO, 1997.
- -----, *Bobbio: Los intelectuales y el poder*, México, Océano, 2002.
- Bartra, Roger, *El oficio mexicano*, México, Grijalbo, 1993.
- Bauman, Zygmunt, *Vida de consumo*, México, FCE, 2007.
- -----, “El sueño de la pureza” en *La posmodernidad y sus descontentos*, España, Akal, 2001.
- -----, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- Benda, Julien, *La traición de los intelectuales*, Chile, Ercilla, 1941.
- Benedetti, Mario, *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, México, Nueva Imagen, 1982.

- -----, *Poesía trunca. Poesía latinoamericana revolucionaria*, España, Visor, 1979.
- -----, *Inventario*, México, Nueva Imagen, 1989.
- Bloch, Marc, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, México, FCE, 2003.
- Bobbio, Norberto, *La duda y la elección*, España, Paidós, 1998.
- Bodin, Louis, *Los intelectuales*, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1970.
- Boghissian, Paul, *El miedo al conocimiento. Contra el relativismo y el constructivismo*, España, Alianza, 2009.
- Bourdieu, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Argentina, Eudeba, 2005.
- -----, *Cosas Dichas*, España, Gedisa, 1996.
- -----, *El sentido práctico*, España, Taurus, 1991.
- -----, *Campo del poder y campo intelectual*, Folios Ediciones
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude, *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Argentina, Siglo XXI, 2006.
- Bourricaud, François, *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, México, UNAM, 1990.
- Bouveresse, Jacques, *La demande philosophique*, Francia, Éditions de l'Éclat, 1996.
- Briggs Asa y Burke, Peter, *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, México, Taurus, 2006.
- Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Ángel, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura, Tomo I*, México, ANUIES/UAM-Azcapotzalco, 1989.
- Buci-Glucksmann, Chritine, *Gramsci y el Estado*, España, Siglo XXI, 1978.
- Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el estado en el México del Siglo XX*, México, FCE, 1995.
- Camp, Roderic A., Hale, Charles A. y Zoraida Vázquez, Josefina (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, México, Colegio de México, 1991.

- Careaga, Gabriel, *Intelectuales, poder y revolución*, México, Océano, 1979.
- Castañeda, Fernando, “Los intelectuales y lo público en México” en *La crisis de la sociología académica en México*, México, UNAM-FCPyS, Porrúa, 2004.
- Chartier, Roger, *El mundo como representación*, España, Gedisa, 2005.
- -----, *Cultura escrita, literatura e historia*, México, FCE, 2000.
- Coser, Lewis, *Hombre de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, FCE, 1973.
- -----, “Apéndice: los diferentes roles de los intelectuales en Francia, Inglaterra y Estados Unidos en la actualidad” en Marsal, ... pp. 233-251.
- Cortázar, Julio, *Último round*, Italia, Siglo XXI, 1969.
- Dalton, Roque, Depestre, René *et. al.*, *El intelectual y la sociedad*, México, Siglo XXI, 1969.
- Dosse, François, *La marcha de las idas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, España, PUV, 2003.
- Durkheim, Émile, “El individualismo y los intelectuales” en *Lecciones de sociología*, Argentina, Miño y Dávila Editores, 2003.
- Echeverría, Bolívar, *Sartre, los intelectuales y la política*, México, Siglo XX, 1975.
- Elias, Norbert, *Conocimiento y poder. Entrevista*, Argentina, Las ediciones de La Piqueta, s.f.
- -----, “Compromiso y distanciamiento” en Schröter, Micheal, *Ensayos de sociología del conocimiento*, Península.
- Escalante Gonzalbo, Fernando, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, México, Colegio de México, 2007.
- -----, “Anything but the people”, *Passim*.
- Foucault, Michel, *El orden del discurso*, España, Tusquets, 1987.
- Furet, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, FCE, México, 1999.

- García Terrés, Jaime, “Sobre la libertad de prensa” en *Revista Mexicana de Literatura*, México, 5-8, mayo-agosto, 1961.
- Giddens, Anthony, *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*, España, Península, 2000.
- Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Argentina, Siglo XXI, 2003.
- González Alcantud, José Antonio y Robles Egea, Antonio (eds.), *Intelectuales y ciencias sociales en la crisis de fin de siglo*, España, Antrhopos, 2000.
- González Torres, Armando, *¡Qué se mueran los intelectuales!*, México, Joaquín Mortiz, 2005.
- Goldfarb, Jeffrey C., *Los intelectuales en la sociedad democrática*, España, Cambridge Press, 2006.
- Gordimer, Nadine, “Los escritores bajo ataque” en *Cultura Urbana*, México, número 15, 2007.
- Gouldner, Alvin W., *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, España, Alianza, 1980.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, México, Ediciones Era, 2001.
- -----, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967.
- Gubern, Román, *La caza de brujas de Hollywood*, España, Anagrama, 2002.
- -----, “El nuevo paisaje audiovisual. El eje de poder Los Ángeles-Tokio” en *El eros electrónico*, México, Taurus, 2009, pp.59-77.
- Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H.C.F. (ed.), *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Argentina, Homo Sapiens Ediciones, 2003.
- Hopenhayn, Martín, “América Latina: la visión de los cientistas sociales” en *Nueva Sociedad*, n. 139, Venezuela, 1995.
- Hopenhayn, Martín, “Los intelectuales latinoamericanos descritos por sus (im)pares” en la revista *Nexos*, octubre, 2000, pp. 101-108.

- Horkheimer, Max, *Teoría crítica*, Argentina, Amorrortu, 2003.
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodore. W., “Teoría de la pseudocultura” en *Sociología*, España, Taurus, 1979.
- Jacoby, Russell, *The last intellectuals: American culture in the age of academy*, Estados Unidos, Basic Books, 1987.
- Johnson, Paul, *Intelectuales*, España, Vergara, 2000.
- Kravetz, Marc, “L’engagement révolutionnaire: Sartre” en *Magazine littéraire, Hors-Série*, Francia, número 7, marzo-mayo, 2005.
- Kuhn, Thomas S., *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, México, FCE, 1996.
- Lahire, Bernard, *El espíritu sociológico*, Argentina, Manantial, 2006.
- ----- (dir.), *¿Para qué sirve la sociología?*, Argentina, Siglo XXI, 2006.
- Laing, Ronald D., *Los locos y los cuerdos*, México, CONACULTA, Grijalbo, 1990.
- Lasch, Christopher, *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*, España, Paidós, 1996.
- Le Goff, Jacques, *Los intelectuales en la Edad Media*, España, Gedisa, 2001.
- -----, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, España, Gedisa, 2002.
- Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Argentina, Homo Sapiens Ediciones, 2003.
- Leyva, Gustavo, Vera, Héctor y Zabłudovsky, Gina, *Norbert Elias: Legado y perspectivas*, México, UNAM, UAM-I, 2002.
- Lipset, Seymour Martin, *El hombre político. Las bases sociales de lo político*, REI, México, 1993.
- Lucas Verdú, Pablo, *Política e inteligencia*, España, Tecnos, 1965.
- Löwy, Micheal, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios (la evolución política de Lukacs 1909-1929)*, México, Siglo XXI, 1978.

- MacDonald, Malcolm H., *El intelectual en la política*, Argentina, Compañía General Fabril Editora, 1969.
- Maeztu, Ramiro de, *Los intelectuales y un epílogo para estudiantes*, España, Ediciones RIALP, 1966.
- Mannheim, Karl, *Ideología y utopía*, México, FCE, 2004.
- Maldonado, Tomás, *¿Qué es un intelectual? Aventuras y desventuras de un rol*, Argentina, Paidós, 1998.
- Marsal, Juan F., *Los intelectuales políticos*, Argentina, Nueva visión, 1971.
- -----, *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales*, Argentina, Instituto Torcuato di Tella, 1970.
- Martínez González, Víctor Hugo, “Los intelectuales policríticos: el ejercicio libre y autónomo del criterio” en *Con-ciencia Política*, Colegio de Veracruz, número 16, 2009.
- Martínez Pérez, Liliana, *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba*, México, FLACSO-Porrúa, 2006.
- Mascolo, Dionys, *Los intelectuales y la revolución: después de mayo 1968*, Argentina, Editorial Rodolfo Alonso, 1973.
- Merton, Robert K., “Segunda parte: estudios sobre la estructura social y la cultura. Apartado IX. Papel del intelectual en la burocracia pública” en *Teoría y estructura sociales*, México, FCE, 1980.
- Mills, C. Wright, *Poder, política y pueblo*, México, FCE, 1981.
- -----, *La imaginación sociológica*, México, FCE, 2003.
- Monsiváis, Carlos, “De los intelectuales en América Latina” en *América Latina Hoy*, España, número 047, diciembre, 2007, pp. 15-38.
- Mouffe, Chantal, *El Retorno de lo Político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, España. Paidós, 1999.
- Munck, Gerardo L. y Snyder, Richard, “El pasado, presente y futuro de la política comparada: un simposio” en la revista *Política y gobierno*, México, vol. XII, núm. 1, 2005.

- Ortega y Gasset, José, “Verdad y perspectiva” en *El espectador*, México, Arca de sabiduría, 2002.
- Ortega y Gasset, José y Reyes Heróles, Jesús, *Dos ensayos sobre Mirabeau. Mirabeau o el político, Mirabeau o la política*, México, FCE, 1993.
- Ory Pascal y Sirinelli, Jean-François, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, España, Publicaciones de la Universitat de València, 2007.
- Pamuk, Orhan, “Escribir en libertad” en *Cultura Urbana*, México, número 15, 2007.
- Palou, Pedro ángel, “Intelectuales y poder en México”, en *América Latina Hoy*, España, número 47, pp. 77-85.
- Pappe, Silvia, *Estridentópolis: urbanización y montaje*, México, UAM-A, 2006.
- Patella, Guiseppe, “Y los intelectuales, ¿dónde están?” en *Metapolítica*, México, Volumen 13, número 63, enero-febrero, 2009.
- Paz, Octavio, *Generaciones y semblanzas*, México, FCE, 1989,
- -----, *Hombres en su siglo*, México, Seix Barral, 1992.
- -----, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1994.
- Pereyra, Carlos, “Ideología y ciencia” en *Cuadernos políticos*, México, núm. 54-55, diciembre de 1988, Ediciones ERA, pp. 45-51.
- Petit, Michèle, *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, México, FCE, 2004.
- Picó, Josep y Pecourt, Juan, “El estudio de los intelectuales: una reflexión” en *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, España, Núm. 123, 2008.
- Picó, Josep, *Cultura y modernidad: seducciones y desengaños de la cultura moderna*, España, Alianza, 1999,
- Piglia, Ricardo, *Crítica y ficción*, España, Anagrama, 2001.

- Rodríguez Ledesma, Xavier, “Escritores y poder. La política frente al espejo de tinta” en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, México, Vol. XVI, Núm. 28, diciembre, 2008.
- -----, *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*, México, Plaza y Valdés-UNAM, 1996.
- -----, *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*, México, UPN, CONACULTA, 2001.
- -----, *El poder frente a las letras. Vicisitudes republicanas (1994-2001)*, Universidad Pedagógica Nacional, México, 2003.
- -----, *Una historia desde y para la interculturalidad*, México, UPN, 2008.
- -----, “Cultura, trabajo intelectual y política. La manipulación posible” en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, mayo-agosto, año/vol. XLVII, número 191.
- -----, “Silencios intelectuales. La crítica en tiempos de crisis” en *Metapolítica*, México, vol. 13, número 66, septiembre – octubre 2009.
- Rojas, Rafael, “Anatomía del entusiasmo: la revolución como espectáculo de las ideas” en *América Latina Hoy*, España, número 47, pp. 39-53.
- Said, Edward W., *Las representaciones del intelectual*, España, Paidós, 1996.
- Sartre, Jean-Paul, *¿Qué es la literatura?*, Argentina, Losada, 1981.
- Schmidt, Heidful, “Los intelectuales latinoamericanos: crisis, modernización y cambio” en Hengstenberg, Peter (ed.), *Sociedad civil en América Latina: representación de intereses y gobernabilidad*, Venezuela, Nueva sociedad, 1999, pp. 361-368.
- Schlesinger, Philip y Kosteki, M.J., *Los intelectuales en la sociedad de la información*, España, Anthropos, 1987.
- Shiner, Larry, *La invención del arte. Una historia cultural*, España, Paidós, 2004.

- Shils, Edward, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, México, Ediciones 3 tiempos, 1976.
- -----, *Los intelectuales en las sociedades modernas*, México, DIMELISA, 1976.
- Stonor Saunders, Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*, España, Debate, 2001.
- Suárez-Iñiguez, E., *El papel de los intelectuales*, México, FCPyS, 1989.
- -----, *Los intelectuales en México*, México, El caballito, 1980.
- Tenorio, Trillo, *De cómo ignorar*, México, FCE, 2000.
- Thompson, John B., *Ideología y cultura moderna: teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, México, UAM-X, 2006.
- Vallespín, Fernando, "Poder, legitimidad y estado" en Menéndez Alzamora, Manuel (editor), *Sobre el poder*, España, Tecnos, 2007.
- Vargas Llosa, Mario, *Literatura y política*, Ariel/ITESM, México, 2001.
- -----, "La civilización del espectáculo" en *Letras Libres*, México, Febrero, 2009, <http://www.letraslibres.com/index.php?art=13553>
- -----, "La verdad de las mentiras" en *La verdad de la mentiras*, México, Seix Barral, 1991.
- Vera, Héctor, "La clerencia del saber. Los intelectuales y la modernidad" en Guitián Galán, Mónica y Zabludovsky Kuper, Gina (coord.), *Sociología y modernidad tardía: entre la tradición y los nuevos retos*, México, Juan Pablos, UNAM, 2003.
- Vidal de la Rosa, Godofredo, *La ciencia política estadounidense. Trayectoria de un disciplina*, UAM-A-Porrúa, 2006.
- Villoro, Luis, "Ciencia, política, filosofía e ideología" en *Vuelta*, México, núm. 137, abril de 1988, pp. 18-22.
- Zaid, Gabriel (comp.), *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*, México, FCE, 1985.

- Zaid, Gabriel, “Oficio y vocación” en *Letras Libres*, México, Febrero, 2009, <http://www.letraslibres.com/index.php?art=13559>
- Znaniecki, Florian, *El papel social del intelectual*, México, FCE, 1944.

ANEXO: LOS INTELLECTUALES Y SUS DEFINICIONES

A continuación se ha colocado un cuadro analítico con cincuenta y siete definiciones de intelectual, elaboradas en su mayoría por científicos sociales. La finalidad de presentar este cuadro es mostrar un panorama general de los estudios sobre intelectuales y señalar que algunos temas de capital importancia.

De las definiciones se ha rescatado lo tocante a cuestiones primordiales para la definición del intelectual, como son: la autonomía, el compromiso, su función social, el período histórico en el que aparece, sus características principales, su relación con el espacio público y su carácter ambivalente. Como se puede observar en el cuadro analítico, la mayoría de las definiciones son imprecisas y contienen una carga normativa.

Las nociones de intelectual van desde una acepción amplísima, como la de Michels o Benda, que sólo hacen una distinción entre el trabajo manual e intelectual; pasando por una acepción como la de Bruce Briggs, que comprende solamente como intelectuales a aquellos que sean reconocidos como tales por otros intelectuales; hasta llegar a la amplísima definición de J. J. Brunner, que cuenta entre los intelectuales “a los profesores liberales incluidos los profesores de todos los niveles, a los funcionarios de los aparatos culturales (escritores, periodistas, publicistas, críticos, traductores, actores, artistas), religiosos, funcionarios superiores de los aparatos de defensa y seguridad, y otros profesionales y técnicos”.¹⁹¹

Lo que se presenta como una constante en las definiciones, y que a mí parecer son algunos de los cuestionamientos centrales sobre la identidad intelectual, son los temas del compromiso y la autonomía. Asimismo, el intelectual en una buena parte de las definiciones es entendido como un individuo capaz de re/producir bienes simbólicos, imágenes del mundo, etc. En contraste, pocos

¹⁹¹ Brunner, José Joaquín, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, México, UAM-A, ANUIES, 1989, pp. 34-35.

autores mencionan la importancia del contacto con la vida pública para que el intelectual sea considerado como tal.

En resumidas cuentas, la finalidad de este esquema es que se aprecie las tendencias que siguen los estudiosos del tema, los aspectos que se toman en cuenta para explicar al intelectual y aquellos puntos ciegos que existen en los análisis sobre los intelectuales.

Autor	Autonomía	Compromiso	Función	Período Histórico	Características Principales	Espacio público	Ambivalencia
José Ortega y Gasset			Crear y transmitir ideas				
Robert Michels					Se ocupa de las cosas de la mente		
Edward Shils	No debe caer en fanatismo ni doctrinarismo. Legitimar la autoridad y definir sus responsabilidades.	Ubicar, interpretar, explicar y tratar de controlar la ocurrencia del mal.	Formar la opinión pública. Facilitar y guiar experiencias estéticas y religiosas. Ayudar en el control de la naturaleza.	Aparece en la sociedad moderna, consecuencia del alto grado de diferenciación de roles sistémicos.	Sensibilidad y conciencia inhabitual para lo sagrado. Sentido de responsabilidad y devoción por el bienestar del país.		
Julien Benda					Poner su gozo en la práctica de un arte, una ciencia o la especulación metafísica.		
Lewis Coser		Guardián especial de ideas abstractas y normas morales: la razón, la justicia y la verdad.	Manipular símbolos en las artes, la ciencia y la religión	Surge después del siglo XVIII	No persigue fines prácticos	Necesita un auditorio al cual pueda dirigirse y que pueda otorgarle reconocimiento	
Bruce Briggs					Son quienes son reconocidos como tales por otros intelectuales		
Paul Baran	Alejados de lo político	Mentes críticas			A veces asociado por la opinión pública con caprichos antipatrióticos y desleales		
Josep Picó		Guardián de			Su medio es la	Sus declaraciones y	

		valores culturales y de la innovación. Moralista que ejerce la guía espiritual sobre lo bueno y malo		palabra y la letra escrita, sobre todo en la prensa y la revista. Líder de opinión	posiciones ocupan el espacio público frente al poder establecido
Max Horkheimer		Reducir discrepancia entre su comprensión y la de la humanidad oprimida para la cual él piensa.		Volar por encima de las clases	
Enrique Suárez Iñiguez		Modificar su realidad	Analizar la realidad histórica, social, política, económica, cultural		
Karl Mannheim	No puede ejercer una actividad política independiente. Esto no implica que su posición no le permita realizar cosas de importancia en el total proceso social	Desempeñar el papel de "Centinelas" en lo que, sin ellos, sería una noche de impenetrables tinieblas		Tener una perspectiva total	
Federico Cambell	Distancia crítica frente a cualquier forma de dominio ejercido por medios coercitivos	Antagonista al poder	Transmitir teorías, doctrinas, ideologías. Configurar los sistemas de ideas de una época o una sociedad	Productores de ideas, desde los tiempos más remotos.	
Regis Debray				Transmite lo que piensa a otros hombres, es el hombre de la comunicación	

Alvin Gouldner		Adhiere en común una cultura del discurso crítico		
Rafael del Águila	Su pensamiento es incompatible con cualquier fanatismo y dogmatismo.	Compromiso con la verdad, la justicia, la racionalidad, la autenticidad de raíces, las víctimas y con los débiles		Siempre empuja fuera de los límites
Héran Godoy Urzúa	Creadores de símbolos, mitos a través de la crítica.	Al mismo tiempo que condenan forjan metas futuras	Expresa imágenes interpretativas del hombre, de la sociedad y la cultura	
Juan F. Marsal	Entregados a un amplio conjunto de valores que trascienden los estrechos compromisos ocupacionales o profesionales.	Comprometido en la producción y distribución de ideas. Cultiva una actividad crítica hacia las ideas recibidas		Alejado de tareas inmediatas y pragmáticas. Surgen siempre que existe un ambiente institucional que favorezca su manifestación. Generaliza el saber, en forma más o menos literaria, para un público más amplio que el de su profesión
Roderic Camp		Crítico social, cuya crítica debe plantear perspectivas nuevas, cosmopolitas.		La creatividad es esencial. No debe ser sólo académico. Es una figura pública. Evalúa, analiza y representa símbolos, valores, ideas a un auditorio de manera regular.
Miguel Palacio Macedo		Profeta llamado a decir la verdad y examinar lo que existe en cada país.		Ser intelectual es una actitud.
Rosa Luz Alegría		Obligación con la sociedad		Persona representativa de su tiempo, a la que nada le resulta extraño.

Pierre-Henri Simon			Plantea, en el juicio de los hechos y en la elección de los actos, las exigencias del espíritu.	Busca las razones más profundas, evalúa los fines mismos en el orden de la verdad y de la justicia.	
Roger Chartier		Contribuye a la construcción del espacio crítico donde las personas privadas hacen uso público de su razón.	Función crítica. Productor de conocimiento controlado. Habla del presente a partir de su oficio o experiencia		Habla en los medios de comunicación sobre problemas del presente relacionados con su experiencia y conocimiento.
Marc Bloch			Generar conocimiento como un fin en sí mismo.		
Seymour M. Lipset	Ingresa a la política o asume un rol en organizaciones. A pesar esto, puede proporcionar al intelectual un nuevo sentido de identificación con la política.	Crítico activo del gobierno y de la sociedad. Agitador de ideas.	Moldear nuevas justificaciones para apuntalar el edificio del poder, o crear nuevos sistemas de legitimación y justificar un nuevo poder.	Crean, distribuyen y aplican la "cultura", es decir, el mundo simbólico	Como agitador, su oficio no es instruir a la opinión pública, sino representarla
Wendell Phillips	El agitador debe estar fuera de las organizaciones, sin ningún objeto más que la verdad	Desintegrar una pregunta y acribillarla con luz			

Norberto Bobbio	Distancia crítica. Independencia, pero no indiferencia. Responsabilidad antes que compromiso.	Fuerte voluntad de participar en las luchas políticas y sociales. Impedir que el monopolio de la fuerza se convierta en el monopolio de la verdad.	Maneja símbolos. Sus instrumentos de trabajo son ideas	No hace cosas, sino que reflexiona sobre las cosas	
Micheal Löwy			Productor directo de la esfera ideológica-cultural		
Antonio Gramsci			Organizar una clase y otorgarle homogeneidad en el campo económico, en lo social y en lo político	Los intelectuales no forman una clase, sino que cada clase tiene sus intelectuales.	
Jacques Le Goff			Escribir o enseñar o las dos cosas a la vez, un hombre que profesionalmente tiene una actividad de profesor y de sabio.	La alianza de la reflexión personal y su difusión en una enseñanza caracteriza al intelectual.	
Joseph Schumpeter			Ejerce el poder de la palabra oral o escrita.		
Friedrich Hayek				Posee un gran registro de asuntos sobre los que puede hablar y escribir fácilmente	
François Bourricaud	En la medida que se gana la vida en organizaciones		Productor y consumidor de ideologías sobre	Las funciones de mediación, de movilización, son	Está profunda y esencialmente dividido entre

	públicas o privadas, desempeña un papel sometido a presiones fuertes y divergentes.	todo políticas. Garantiza la circulación de conceptos comunes que conciernen al orden social	esencialmente asumidas por los intelectuales.	orientaciones divergentes: el Arte y la Ciencia, la Torre de Marfil y el Foro
Edward Said	Sentido crítico. Se niega a aceptar fórmulas fáciles o las confirmaciones tranquilizadoras o acomodaticias de lo que tiene que decir el poderoso o convencional.	Ofrece representaciones articuladas a su público superando todo tipo de barreras.	Con vocación para el arte de representar, ya se hablando, escribiendo, enseñando o apareciendo en televisión.	Resulta reconocible públicamente, lo que implica a la vez entrega y riesgo, audacia y vulnerabilidad.
A. Gómez Arias			Cree que sus ideas han de ser tomadas en cuenta, y tiene un fundamento cultural amplio	Maneja ideas y las difunde entre un auditorio amplio
Luis Villoro			Especialista o científico que va más allá de su propia área y presenta ideas o interpretaciones de gran alcance	Hombre de letras, versado en las humanidades y conoce diversas áreas de estudio. Aparece en los medios de comunicación.
Pierre Drieu La Rochelle		Adelantarse al acontecimiento, intentar probabilidades que son riesgos, probar los caminos de la Historia.	Tiene deberes y derechos superiores a los de los demás.	

<p>Jeffrey Goldfarb</p>	<p>Su contribución a la democracia resulta patente cuando se distancia del radicalismo e indiferencia total. Requisito para vida intelectual libre: autonomía política y económica.</p>	<p>Contribuye a la vida democrática al subvertir el consenso complaciente y otorga a los enemigos la posibilidad discursiva de convertirse en oponentes</p>	<p>Facilita las deliberaciones públicas sobre problemas que las normas del civismo han enterrado.</p>	<p>Son figuras de la ilustración, de la cultura moderna. Han formado parte constante de la escena moderna.</p>	<p>Los intelectuales son tipos especiales de extranjeros que prestan atención singular a sus facultades críticas, que actúan de forma autónoma de los centros de poder</p>	<p>Son figuras públicas. Utiliza su especialización y su capacidad para manipular símbolos para objetivos públicos más amplios.</p>
<p>C.S. Pierce</p>		<p>Búsqueda de la verdad.</p>				
<p>Victoria Camps</p>	<p>No está fuera del sistema, sino que vive en él y de él. Sirve de coartada a la democracia como garantía de apertura y pluralismo.</p>	<p>Todo es ambiguo y demasiado complejo para ser reducido a unas pocas fórmulas, para proyectar un futuro</p>	<p>No tiene valoración unívoca.</p>			
<p>Bernardo Supercaseaux</p>	<p>Crea alternativas, posibilidades de la realidad distintas a las existentes</p>		<p>Crítico. Se mueve en el terreno del inconformismo, del riesgo y de la reflexión independiente.</p>			
<p>Martin Hopenhayn</p>	<p>Rascar la herida y sangrar por ella. Discute sobre la miseria, inequidad,</p>	<p>Iluminar las brechas para que se vean.</p>				

	etc.				
Pierre Bourdieu	Al aumentar su autonomía, incrementa la eficacia de una acción política proveniente del campo cultural.		Extender la lógica de la vida intelectual, la de la argumentación y la refutación a la vida pública.		Debe participar en los debates públicos Personaje bidimensional: Autónomo pero comprometido.
Gabriel Careaga	Puede justificar y legitimar el poder, pero también ayudar a alcanzar la libertad individual y colectiva.	Cuestiona nociones recibidas y prácticas establecidas.		Habita en el mundo de las ideas	
Talcott Parsons			Desempeñar un tipo especial de papel en el sistema social.		
Gabriel Zaid				Posee cierta autoridad moral	Opina en cosas de interés público entre las élites
Richard Hofstadler	Su trabajo y vida intelectual posee una significación moral de primer orden.	Busca la justicia y el orden.	Siempre ha existido, pero a partir de la sociedad industrial se clarificó su papel.	Posee un sentido de dedicación hacia la vida de la mente que casi es un compromiso religioso.	

Carlo Marletti	Comprometido		Gracias al ejercicio de la cultura posee cierta autoridad y un influjo en las discusiones públicas
Xavier Rodríguez Ledesma			Tiene como forma de vida básica el escribir dentro de la vida literaria Participa activamente en la vida política pública
Florian Znaniecki		Reivindicar la dignidad interna del hombre afirmando su capacidad para descubrir la verdad absoluta mediante el uso de la razón.	Su obra se integra como componente dinámico en el conocimiento total del género humano.
Roland D. Laing	Está socialmente comprometido, pero el activismo no es un rasgo esencial.	Dilucidar la realidad al servicio de la verdad o el bien común del cosmos.	Dice lo que piensa acerca de cómo van las cosas, medita y lanza ideas y teorías.
Henri Barbusse		Fijar y poner en orden la verdad innumerable, mediante fórmulas, leyes u obras.	Tiene el don casi divino de llamar las cosas por sus nombres. Rectifica y dirige las creencias y los hechos.

Carlos Monsiváis	Censura a los subversivos, contribuye a la memoria histórica, dictamina, disculpa al represor.	Encabeza la protesta social, le infunde creatividad al lenguaje		Es públicamente reconocido, gozan en una medida significativa del privilegio social	Conservador o anticlerical, nacionalista o antinacionalista o liberal o marxista o anti marxista o de vanguardia o de retaguardia.
Dionys Mascolo			La búsqueda de la verdad es su fin.		Para él el pensamiento es una fuerza en el mundo para el bien de todos.
Pablo Lucas Verdú	Determinado por: profesionalización y mercantilización del saber. Inmerso en la sociedad de masas.			Hipersensible a las injusticias sociales	